



PETER LANGA

28 bitcoins

Peter Langa

Primera edición: 2022

© del texto: Peter Langa

© de esta edición: Peter Langa

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del autor.

DEDICATORIA

A mi esposa y editora

CONTENIDO

[Viernes, 5 de febrero](#)

[Domingo, 7 de febrero](#)

[Domingo, 7 de febrero](#)

[Domingo, 7 de febrero](#)

[Martes, 9 de febrero](#)

[Miércoles, 10 de febrero](#)

[Martes, 9 de febrero](#)

[Miércoles, 10 de febrero](#)

[Jueves, 11 de febrero](#)

[Jueves, 11 de febrero](#)

[Jueves, 11 de febrero](#)

[Jueves, 11 de febrero](#)

[Viernes, 12 de febrero](#)

[Viernes, 12 de febrero](#)

[Viernes, 12 de febrero](#)

[Sábado, 13 de febrero](#)

[Sábado, 13 de febrero](#)

[Sábado, 13 de febrero](#)

[Sábado, 13 de febrero](#)

[Sábado, 13 de febrero](#)

[Lunes, 15 de febrero](#)

[Lunes, 15 de febrero](#)

[Martes, 16 de febrero](#)

[Martes, 16 de febrero](#)

[Martes, 16 de febrero](#)

[Martes, 16 de febrero](#)

[Miércoles, 17 de febrero](#)

[Miércoles, 17 de febrero](#)

[Jueves, 18 de febrero](#)

[Jueves, 18 de febrero](#)

[Jueves, 18 de febrero](#)

[Viernes, 19 de febrero](#)

[Viernes, 19 de febrero](#)

[Viernes, 19 de febrero](#)

[Sábado, 20 de febrero](#)

[Sábado, 20 de febrero](#)

[Lunes, 22 de febrero](#)

[Lunes, 22 de febrero](#)

[Martes, 23 de febrero](#)

[Martes, 23 de febrero](#)

[Miércoles, 24 de febrero](#)

[Miércoles, 24 de febrero](#)

[Miércoles, 24 de febrero](#)

[Jueves, 25 de febrero](#)

[Viernes, 26 de febrero](#)

[Domingo, 28 de febrero](#)

[Lunes, 1 de marzo](#)

[Martes, 2 de marzo](#)

[Martes, 2 de marzo](#)

[Martes, 2 de marzo](#)

[Viernes, 5 de marzo](#)

[Viernes, 5 de marzo](#)

[Jueves, 11 de marzo](#)

[La parte en la que necesito tu ayuda](#)

[Otros libros de Peter](#)

Viernes, 5 de febrero
Fermín

↳Echevarría inspira como si fuera la primera vez. Como si acabara de salir del vientre materno. El aire es fresco y huele extraordinariamente bien. El olor dulzón le recuerda al de la colonia con la que su madre le humedecía el pelo antes de ir a clase con los curas. Al cabo de unos segundos, que a él le parecen eternos, expira y observa los enormes cerdos de pelaje negro correr excitados por el interior del establo. Gruñen como locos. Parecen hambrientos, voraces.

Fermín Echevarría es vasco, nacido en Bilbao, tiene sesenta y siete años y vive en Vizcaya, en una selecta urbanización en Laukiz junto con otros mil doscientos treinta y siete hombres, mujeres y niños. Todos vascos, todos ricos, muy ricos. En estos momentos, la única diferencia entre ellos y Fermín es que el corazón del segundo apenas late, porque, a pesar de lo inquietante de la situación, él está extrañamente tranquilo. También está desnudo, tendido sobre el lado derecho, y en su orondo cuerpo no queda ni rastro de vello. A Antonia, su mujer, le habría gustado. Cuando estaba bien, siempre se quejaba de que él tenía demasiado pelo, especialmente en verano, que viste con polos de manga corta que dejan los antebrazos al aire. Lo que seguro habría desagradado a Antonia es verlo en esa posición tan indecorosa. Porque alguien ha tirado a Fermín sobre el fango. Allí está él, atado de pies y manos, tumbado frente a la puerta cerrada del establo en cuyo interior se agitan los verracos que parecen tan muertos de hambre.

Llueve a cántaros, y alrededor de Fermín está todo oscuro. La granja en la que se encuentra parece abandonada, una vieja construcción de madera en medio de la nada. Escondida en la hondonada de un denso valle, está rodeada de majestuosas hayas que se agitan por efecto del viento y oculta por agrestes montañas que asisten impertérritas a lo que está sucediendo. Y también a lo que va a suceder. Porque, de repente, se enciende una tenue luz amarillenta. Lo hace en el exterior de una cabaña a unas decenas de metros de distancia de donde se encuentra Fermín, que mira hacia allí; que sigue extrañamente relajado; que siente cómo el agua de la lluvia se desliza inexorable sobre su rostro, pero no le importa. Uno de los cerdos está comiéndose lo que parecen los restos de una rata podrida, pero a Fermín tampoco le importa. Para él, lo que está sucediendo es como ver una película. Llega incluso a sonreír. Piensa que todo está bien. Que cuando esto termine, visitará a la Bárbara. Después, regresará a casa, con Antonia, con su mujer, a la que le dirá que ha ido a jugar al mus con los amigos. La misma mentira de siempre, la que lleva contando los últimos cuarenta años, la que viene acompañada de una confesión con el bueno del párroco. E hipocresía, toneladas de hipocresía.

De repente, una figura emerge de la luz que alumbra la cabaña, una sombra que se acerca hasta Fermín con andares decididos. Este tarda un rato hasta que cree reconocerla. Sin embargo, no puede pensar con claridad, porque los pensamientos en su cerebro son como una bruma, como una bruma que se dispersa en medio de la nada.

La sombra sigue andando y se detiene frente a lo que parece una cámara montada sobre un trípode. Lleva las manos cubiertas con unos guantes de látex. *¿Me está grabando?*, piensa Fermín, que sigue sin ser capaz de entender lo que está pasando.

La sombra observa la cámara durante un rato y, finalmente, camina hacia donde se encuentra él. Se detiene a su lado. Sujeta algo con la mano, un pote de cristal cerrado con una tapa de aluminio. En su interior, una sustancia de color granate y aspecto pringoso. Apoya una de las botas que calza sobre el costado de Fermín y lo empuja suavemente hacia el otro lado. Este se da

la vuelta y queda tumbado panza arriba sobre el sucio barro, desnudo, con las vergüenzas al aire, como decían los de su generación de las actrices que veían en los cines de Perpiñán.

Mientras, la lluvia sigue mojando el rostro sonrojado de Fermín. Apenas puede ver, pero se da cuenta de que la sombra lo está mirando fijamente. Sus ojos muestran una turbadora mezcla de odio, ira y satisfacción. Fermín le devuelve la mirada. Todavía no siente miedo, aunque lo tendrá dentro de unos segundos.

De repente, la sombra agarra el bote, lo abre, le da la vuelta y deja caer todo el contenido sobre el pene flácido de Fermín. Eso tampoco le habría gustado a Antonia. Ella, siempre tan recatada y temerosa de Dios. No como él, que siempre ha vivido de acuerdo con los postulados de su padre, en paz descansa: Dios perdona lo inexcusable, y, si no lo hace, al demonio se le compra con dinero.

La sombra desata a Fermín y se guarda las cuerdas en el bolsillo de una gabardina. Luego camina hacia el establo y se detiene frente a la puerta. *Dios mío, lo va a hacer*, piensa Fermín. Eso sí le preocupa. El chirrido de los goznes de la puerta al abrirse sí le preocupa. Y los gruñidos de los cerdos corriendo alborotados hacia él también. Más que gruñidos, parecen los rugidos de un león hambriento. Cuando el primer verraco le clava los dientes en la entrepierna, el efecto de las drogas se desvanece y, por fin, Fermín siente miedo. Cuando el segundo le arranca los genitales, ese miedo se ha convertido ya en terror, un terror atroz que lo hace aullar de dolor. Las hayas parecen observarlo todo impasibles mientras la sombra se deleita con los atroces chillidos de Fermín.

Domingo, 7 de febrero
Heiko

observa al animal, que le devuelve la mirada con actitud soberana. Es delgado como la raspa del pescado pero altivo como un príncipe, y de pelo anaranjado, como Garfield. A Heiko le gustan los gatos. Tiene seis en casa: Lunes, Martes, Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado. Esos son sus nombres, como los días de la semana. Le falta Domingo, todavía no ha encontrado ningún gato digno de llamarse así. Ninguno de los seis gatos tiene pelo, son todos de la raza esfinge. A diferencia de Heiko, que lo tiene rizado, castaño y corto. También tiene los ojos verdes y la mandíbula recia. Alto, metro ochenta y seis, y fibrado. Andrógino, no se sabe muy bien si es un hombre o una mujer.

Es de noche y Heiko ha llegado a la entrada del narcopiso. Aquí es donde su red de contactos en los bajos fondos le ha indicado que se encuentra aquel al que anda buscando. Dos puntos de acceso frente a él: una puerta de madera desconchada y una ventana que da al rellano y cuya persiana está cubierta de mugre. En el interior se oye reguetón a todo volumen: «Yaaaa, yaaa, yaaaa, yaaaaaaa, yaaa, yaaaaa, yaa, ya, ya. Tú déjame en passs, de mi mente no te vasss». Toda una experiencia musical, reflejo incuestionable de los gustos atrofiados de la sociedad actual. Nada que ver con *Enter Sandman*, de los Metallica. O *Paranoid*, de los Black Sabbath. El gran Ozzy. A Heiko le habría gustado ser adolescente en los ochenta, pero tuvo que conformarse con serlo durante la primera década de los dos mil.

Además de la música, también se oye la voz de dos hombres y una mujer. Discuten entre ellos. «Joder, le dije que no se metiera tanto» (mujer). «No pasa nada, este cabrón aguanta. Déjale que se meta lo que quiera. Para eso tiene pasta, que es un niño de papá» (hombre uno). «No me jodas, tío, si la palma aquí, nos vamos a *tomarporculo* todos» (hombre dos).

Heiko se imagina de quién están hablando: la razón de que él esté hoy aquí. Cierra los ojos y trata de imaginarse el interior del narcopiso. Sin tener en cuenta las voces, sospecha un comedor mugriento, las paredes repletas de pintadas contra la policía, jeringuillas usadas con restos de sangre en su interior, vasos de plástico con papel de aluminio y varios colchones hediondos tirados sobre el suelo. Teniendo en cuenta las voces, sitúa a la mujer sentada en un sofá a la derecha de la puerta, al hombre uno frente a ella y al hombre dos en el fondo del comedor. El chico al que él busca, de nombre Joseba, estará seguramente tirado sobre uno de los sucios colchones que cubren el suelo. Y, a tenor de la discusión, drogado hasta las cejas. ¿Armas? Los traficantes de alto nivel, pistolas y fusiles de asalto. Con esos hay que tener cuidado. Los de baja estofa, como estos, navajas y machetes. Heiko no tiene miedo a que lo rajen —no sería la primera vez—, pero sí a que le contagien cualquier enfermedad, como el sida o la hepatitis. No le apetece nada pasarse los próximos años metiéndose Ziagen o Interferón, aunque sean legales, o precisamente por eso.

Tiene poco tiempo. No tardará en llegar algún yonqui en busca de su dosis, y eso puede suponer un grave contratiempo. Golpea varias veces la puerta con los nudillos. Nadie responde. El volumen de la música hace que no lo oigan. Vuelve a golpear, esta vez con más fuerza.

—¿Quién coño es? —pregunta el hombre uno—. ¡Pasa, pringado!, que esto no es una iglesia, aquí no damos la bendición, ¡vendemos perico!

Heiko empuja suavemente la puerta con la mano. En el interior del piso, la mujer está sentada en bragas sobre un sofá de escay, a la derecha. Con ojeras que parecen soles, le faltan varios

dientes y tiene las plantas de los pies sucias y negras. El hombre uno está de pie frente a la mujer, a la izquierda de la puerta. El típico camello de barrio. Camiseta blanca de tirantes repleta de lamparones. Sin un ápice de grasa, pelo largo, liso y lacio. Carne de talego, peligroso, una cicatriz en la mejilla y cara de mala leche. El hombre dos permanece en el centro del comedor, justo delante de Heiko. Robusto tirando a fofo. Barriga cervecera. Más chorizo que camello. Joseba yace en una esquina de la habitación, tirado sobre un sucio colchón repleto de manchas, desnudo de cintura para arriba y completamente colocado. ¿Armas? Dos navajas de mariposa, afiladas, encima de una mesita de cristal en el centro del comedor, junto a los vasos con restos de basuco.

—Caballeros —saluda Heiko—. Señorita —añade moviendo la cabeza.

—¡Menudo guaperas! —exclama la mujer dirigiéndole una mirada libidinosa—. Pasa, cariño. ¿Quieres una mamada? A ti te la haría gratis.

Heiko ha visto lagartos del desierto más atractivos que ella.

—Sole, ¿quieres callarte de una puta vez? —dice el hombre uno—. No me asustes a los clientes. Tú se la mamarias gratis hasta a un puto leproso.

—¿Puedo pasar? —pregunta Heiko.

—Claro, tío, pasa —responde el hombre dos, que parece intuir que el visitante tiene dinero—. Si quieres caballo, has venido al sitio adecuado. El mejor de todo Bilbao —añade señalando los restos de mercancía sobre la mesita del comedor.

Heiko entra en el piso. A la fiesta se suma también el gato, que ahora se restriega contra la pernera de su pantalón. Heiko cierra la puerta tras él y aparta suavemente al gato con el zapato, bota Chelsea de suave piel marrón de la marca Versace, combinada con un elegante traje ajustado de color negro. El objetivo: ser merecedor del dinero que le va a entregar el padre de Joseba por sacar a su hijo del estercolero, por hacer que vuelva al redil, a Getxo, uno de esos municipios encantadores donde padres ricos crían hijos caprichosos e irresponsables que terminan revolcándose en la mierda. Como su hermano. La única diferencia es que nadie salvó a Mikel.

—Gracias, pero creo que paso del caballo —replica Heiko mostrando una media sonrisa.

Que empiece la fiesta.

—Entonces, ¿qué coño quieres? —pregunta el hombre uno.

Heiko señala con la cabeza a Joseba. Diecinueve años. Estudiante de Arquitectura en la Escuela Técnica Superior. Buen chaval, pero con debilidad por las drogas, los travestis y la mala vida. El cuarto hijo de un empresario del sector de la alimentación con una fortuna estimada en seiscientos seis millones de euros. Los padres ricos no suelen denunciar a la policía las desapariciones de sus hijos descarriados. De hecho, algunos de ellos contactan con Heiko para que los ayude a recuperarlos. Hace seis semanas, el padre de Joseba envió un correo a la cuenta de Tor Mail de Heiko, la que solo conocen las familias más pudientes del País Vasco cuyos hijos pueden sucumbir a las tentaciones de la mala vida. «Ayúdeme a recuperar a mi hijo», le suplicaba en el correo electrónico. Luego, todo por teléfono, decenas de llamadas entre el Rockphone de Heiko y el, posiblemente, iPhone de última generación del padre de Joseba. Hasta hoy, hasta llegar al narcopiso, con la mujer, los dos hombres, Joseba y el gato.

—Lo quiero a él —insiste Heiko sin dejar de sonreír.

El hombre uno se acerca a coger una de las navajas. Como buen camello, intuye los problemas. El hombre dos se aleja de las armas. Como buen chorizo, rehúye los problemas. La mujer se pone cómoda, despatarrada sobre el sofá, como si se preparara para ver el último

combate de la UFC. El gato da un salto y se tumba ronroneando sobre el brazo del sofá.

—¿Qué coño quieres decir con que lo quieres a él? —pregunta el hombre uno, que se acerca hasta Heiko mientras agita en el aire las hojas desplegadas de la navaja.

—¿Que me lo voy a llevar conmigo? —replica este en tono sarcástico.

—Eso será si yo quiero, cabrón. El *hijoputa* este consume trescientos pavos de caballo al día.

El hombre uno cada vez está más cerca de Heiko. Huele a rancio y a colonia barata.

—No te preocupes, te voy a dar cinco mil euros por llevármelo —le ofrece Heiko.

—¿Cinco mil pavos? No quiero tu puto dinero, colega. El chaval no se va. Quiero que siga consumiendo aquí. Y cuando se quede sin dinero en la tarjeta, me pagará en especias —afirma el hombre uno, a escasa distancia del rostro de Heiko.

Benditas tarjetas, que permiten adivinar donde se encuentran sus propietarios, piensa Heiko.

—Yo también me lo follaré —dice la mujer, acariciándose bruscamente por encima de las sucias bragas de algodón.

Heiko valora las opciones que tiene. El hombre dos no parece querer pelea. De la mujer no termina de fiarse, pero el problema es claramente el hombre uno.

—Te diré lo que vas a hacer —propone este—. Los cinco mil pavos me los vas a dar ahora mismo, y luego te vas a pirar cagando hostias. ¿Me has oído, cara bonita? —añade pasándole el filo de la navaja por la mejilla.

Heiko no se inmuta. Sin embargo, el gato sí parece hacerlo por él. De hecho, maúlla con tanta fuerza que parece el rugido de un león.

—¡Coño, Sole! ¡Saca al puto gato de aquí! ¡Me pone de los nervios! —grita el hombre uno, y le lanza una patada al animal. Este da un bufido y escapa antes de recibir el golpe, situándose detrás de Heiko.

Eso sí que no, piensa este antes de lanzar el codo de derecha a izquierda para estrellarlo contra la nariz del hombre uno. Es el resultado de diez años de entrenamiento en *kickboxing*. Además, es cinturón negro de *krav maga*, una aventura con un oficial de la armada israelí durante un viaje a Jerusalén. Se oye un chasquido y la sangre sale disparada de la nariz del hombre uno, manchando el traje negro de Heiko.

—¡Cabrón! ¡Me has roto la nariz! —exclama el hombre uno mientras se sujeta la susodicha con ambas manos.

Heiko le da una patada frontal tan fuerte que hace que salga despedido contra la pared llena de pintadas y caiga de bruces contra el suelo. De repente, la mujer se pone de pie sobre el sofá y se lanza sobre Heiko al grito de «¡cabronazo!». Antes de que pueda darse cuenta, se cuelga con las piernas de su espalda y le clava las uñas en las mejillas tratando de arrancarle la piel. Dolor por los arañazos. Enfado por haber sido tan estúpido como para creer que la mujer no iba a atacarlo. Decisión para darse la vuelta, impulsarse con las piernas y dejarse caer con la mujer a su espalda sobre la desvencijada mesita de cristal del centro del comedor. Ruido de cristales al romperse y luego nada. Heiko se libera de las piernas de la mujer y se pone de pie sacudiéndose el traje. Luego se queda mirando al hombre dos.

—¿Todo bien? —le pregunta.

—Claro, tío, claro —contesta este—. Por mí, puedes llevarte al chaval. Y al gato también, si quieres.

Cuando Heiko se dispone a agarrar a Joseba, observa cómo el felino se acerca hasta el hombre uno y le restriega el trasero por la cara. *Creo que por fin te he encontrado, Domingo*, piensa Heiko antes de abandonar el mugriento narcopiso.

Domingo, 7 de febrero
Berta

observa impasible al muerto. *Pobre hombre*, piensa. *Le han arrancado la cara de cuajo*. Hace un esfuerzo por contener una arcada. Ayer fue una noche dura en el Psychodromo. Música de los ochenta, partidas de billar, cervezas y chupitos. Sobre todo, muchas cervezas y muchos chupitos. Terminó jugándose algo más que las consumiciones. Esta mañana se ha levantado con el premio gordo durmiendo a su lado: un hombre separado de unos cuarenta años, atractivo, aunque con un principio de barriga que delataba su edad, un tipo cariñoso al que, nada más despertarse, Berta ha invitado a irse de casa y perder su número de teléfono. Como suele hacer siempre.

Han sido los cerdos, se dice. Seis verracos inmensos de pelaje negro descansan muertos sobre el fango, rodeados de un charco de sangre color rojo oscuro. Los capullos de la Ertzaintza, que han llegado antes que ellos, les han pegado varios tiros. Seguramente se han acojonado. Ni siquiera se han preguntado si los cerdos podrían formar parte de la escena del crimen. Porque no es normal que un puerco le arranque las pelotas a nadie, ni mucho menos que se coma su cara. Por mucha hambre que tenga, eso no es normal. Aunque, gracias a los dos novatos de la Ertzaintza, ahora será más difícil adivinar qué es lo que ha podido pasar.

—Esto da *yuyu*, jefa —dice un hombre joven vestido con vaqueros desgastados y camiseta blanca—. Y, encima, no deja de llover por la puñetera gota fría...

Quien se está quejando es Ibón Aramburu, el mismo que ha mandado a casa a los novatos y ahora se ha acercado hasta ella. Detective de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Ocho apellidos vascos. Joven, veintinueve años, treinta años más joven que ella. Un cuerpo de aúpa resultado de estar varios años en el Cuerpo de Operaciones Especiales de la Policía Nacional. Lo dejó porque quiere vivir en San Sebastián. Le gusta lo físico, no lo digital. De hecho, practica el *surf* y adora las olas de la playa de la Concha, Ondarreta o la Zurriola, la que está de moda ahora. Por encima de todo, es un compañero de fiar.

—Pues sí —contesta Berta sin dejar de mirar el cadáver—. ¿Quién lo ha encontrado?

—El dueño de la granja. Hacía varios días que no se sentía bien y estaba recuperándose en casa de su hijo. Al parecer, hoy se ha sentido mejor y ha venido a ver a los animales. Cuando ha llegado a la granja, se ha encontrado con el muerto.

—¿Le han tomado declaración?

—Sí, lo han llevado a comisaría para tomársela, aunque la verdad es que el hombre estaba histérico. Me da la sensación de que le ha afectado más la muerte de los cerdos que la de la víctima. ¿A qué huele? —pregunta de repente cambiando de tema—. Es como... empalagoso.

—No lo sé, parece colonia. ¿Cómo se llamaba el muerto?

—Fermín Echevarría. Un ciudadano ejemplar de Vizcaya.

—¿Casado? ¿Hijos?

—Casado con una mujer llamada Antonia —responde Ibón—. Tienen un hijo, Carlos Echevarría. Actualmente es el director general de Diagnostic Machines, la empresa que creó el padre. Fabrican máquinas para el diagnóstico de cáncer.

—Encima, rico. Gonzalo nos va a meter presión por las orejas para resolver el caso. ¿Sabemos algo más sobre lo que pasó antes de que alguien decidiera traer a Fermín Echevarría de visita a esta granja?

—Al parecer, el hijo denunció la desaparición el jueves. El hombre salió de la oficina a las

ocho de la tarde, como cada día, pero esa noche no regresó a casa.

—¿Y la Científica? ¿Qué dice la Científica? —inquire Berta, que, todavía con resaca, arde en deseos de beber agua.

—No lo sé, todavía no he hablado con ellos, aunque ahí tienes a López.

Un hombre se acerca hasta ellos. Isidoro López González. Forense. De Valladolid. Sesenta y seis años. Robusto tirando a rollizo. No le gusta vivir en el País Vasco. De hecho, siempre habla de lo que hará cuando se jubile en Peñafiel, un pueblo de Valladolid. Practica el levantamiento de chacolí en vaso y adora todo tipo de vino. Esa es la razón de que tenga una nariz colorada y repleta de venitas azules. Por encima de todo, es un forense competente.

—López —saluda ella.

—Sanders —le devuelve él el saludo.

López viste calzas, guantes y traje protector. Ellos dos, lo mismo, excepto el traje protector.

—Y bien, ¿qué tenemos? —inquire ella.

El forense es de la vieja escuela. En lugar de una tableta, sujeta con la mano bolígrafo y libreta donde anota los resultados de la investigación. La abre y lee:

—El muerto se llama Fermín Echevarría. Varón, sesenta y siete años, ciento ochenta y dos centímetros de altura.

—Dime algo que no sepa... —espetea ella.

—La víctima ha sido encontrada en posición de decúbito supino, con las ropas removidas y empapadas en sangre en su parte declive. Hora posible del fallecimiento, el pasado viernes a las dieciocho horas, aproximadamente.

La vida es una caja de sorpresas. Un miércoles vives rodeado de riquezas, el jueves desapareces, el viernes te matan y el domingo te descubre la policía hecho trizas, piensa Berta antes de preguntar:

—¿Motivo del fallecimiento?

—Ausencia de cuero cabelludo casi completa con exposición completa de plano galeal. Lesiones punzocortantes en tronco y extremidades inferiores. Amputación completa de testículos y pene. Hallazgos compatibles con hemorragia importante y *shock* asociado. A falta de realizar la autopsia, no veo hallazgos indicativos de otras causas de muerte.

—En cristiano, López.

—¿En serio me lo preguntas? —replica él con sorna.

Ella asiente.

—Todo apunta a que a este hombre se lo han comido vivo esos cerdos —afirma López señalando a los animales muertos.

—Dios, la gente se ha vuelto loca.

—Pues me temo que todavía es peor —anuncia Ibón—. Hay un vídeo en YouTube. Está en el canal de un tal Hamlet. Según Chloe, el canal se creó hace cuatro días. Solo tiene ese vídeo. En unas horas ha alcanzado más de cuatro millones de visualizaciones. La Central ha ordenado ya a la empresa que borre el canal junto con todo el contenido.

—¿Qué se ve en el vídeo? —pregunta Berta.

—El asesinato.

—¿Y el asesino?

—No se le ve. En su lugar, aparece un muñeco vestido de príncipe con el rostro cubierto por una máscara de teatro.

—¿Y los cerdos? ¿Nos pueden decir algo? —inquire la inspectora.

—Sin duda —contesta López—. Antes de que llegue el juez de guardia a hacer el levantamiento del cadáver, recogeremos moldes dentales, sangre y muestras de las heces de los animales. Si se han comido a la víctima, todo eso nos lo confirmará.

Domingo, 7 de febrero
Heiko

observa satisfecho la imagen de su rostro reflejada en el espejo. Definitivamente, el maquillaje le ha permitido disimular los arañosos. Sobre el suelo, la americana con restos de sangre y de cristales de la mugrienta mesita del comedor del narcopiso. *Demasiado tiempo haciendo esto*, piensa sin dejar de mirar el cristal. Nueve años, en realidad. La primera vez fue por casualidad: su hermano Mikel había desaparecido hacía unos meses, y él era el único que seguía buscándolo desesperado en los bajos fondos bilbaínos —la policía creía que Mikel se había marchado voluntariamente—. Allí Heiko descubriría una realidad muy diferente a la que estaba acostumbrado a vivir. Frente a mansiones y sirvientes, se encontró con camellos extremadamente violentos, chulos que maltrataban a prostitutas que lo habían perdido todo y drogadictos cuya dignidad se había visto reemplazada por la irreprimible necesidad de meterse una dosis.

Ese día se encontraba en un mugriento bar siguiendo la pista de un peligroso camello del que le habían dicho que podría saber algo sobre su hermano. Allí se encontró a Álvaro Alberdi, hijo único de un famoso restaurador vasco. Heiko había oído hablar de Álvaro a sus amigos, se referían al muchacho como «un bala perdida enganchado al juego *online* y la cocaína», algo que supuso que, en algún momento, también habrían dicho de Mikel, especialmente lo último. Se decía de Álvaro que se había fugado de casa hacía varias semanas. Y allí estaba, en el mismo bar peligroso que Heiko, metido hasta las cejas y prácticamente inconsciente, sentado en un taburete y con la cabeza apoyada sobre la grasienta barra del bar. Una mujer revolvía en su cartera y cogía el dinero y las tarjetas bancarias mientras dejaba caer al suelo aquello que no le parecía útil. A su lado, un hombre joven con los ojos achinados y barba blanca de varios días se fumaba un porro esperando a que ella terminara. Entonces ocurrió: Heiko perdió la cabeza. Como si toda la rabia acumulada durante el tiempo que había estado buscando sin éxito a Mikel terminara por estallar. Como si fuera su hermano al que estuvieran robándole el dinero. Se acercó decidido hasta una mesa de billar cuyo tapete verde estaba repleto de lamparones, agarró un taco con fuerza y se dirigió hacia la pareja. El resto es historia. El hombre terminó tumbado inconsciente sobre el suelo, con la cabeza rota. La mujer prefirió no meterse en líos y abandonó el bar, entregando antes las pertenencias de Álvaro a Heiko. Este trataba de contener la sangre que brotaba de una fea herida en el brazo producida por la navaja del hombre. Luego salieron del bar a duras penas y se dirigieron al piso de Heiko en el coche de este. Una vez allí, llamó al padre de Álvaro, que le ofreció «cualquier cosa que necesitara» por haber recuperado a su hijo. A él, que en esos momentos no necesitaba nada más que encontrar a su hermano, se le ocurrió pedirle veintiocho bitcoins, la edad que tendría su hermano en ese momento. Era una forma de decirse a sí mismo que algún día lo salvaría a él también. Con el tiempo, lo que empezó valiendo apenas trescientos euros se convirtió en un millón y en el modo de vida de Heiko.

Termina de mirarse en el espejo, sale del cuarto de baño y se acerca hasta la mesa del comedor. Hecha a mano, en forma de elipse, es de madera de tonos blancos y caoba con adornos de bronce y está iluminada por una preciosa lámpara de cristal que parece una araña. Se encuentra en uno de los pisos francos que tiene repartidos por todo el País Vasco, lugares secretos donde esconde aquello que no quiere que nadie encuentre. A veces, él mismo.

Este es un *loft* antiguo, de techos altos y ciento cuarenta metros cuadrados de espacio. Situado en el centro de Bilbao, se llega hasta él callejeando entre las *zazpikaleak*.

Heiko se termina el café de civeta. Luego agarra el Rockphone del bolsillo, un móvil satelital capaz de encriptar información de extremo a extremo y con certificación militar, imposible de rastrear. Es el teléfono preferido de los narcos y de otros que, como él, viven al filo de la ley. Adicionalmente, el móvil tiene instalado un programa informático que Heiko encargó a un equipo de ex Navy Seals expertos en ciberseguridad, un algoritmo que cambia aleatoriamente el identificador de salida del número de teléfono cada cinco segundos. Así pues, nadie sabe el número de teléfono de Heiko, y tampoco nadie puede rastrear las llamadas que este haga.

Teclea el número de teléfono del padre de Joseba. Domingo está bebiendo leche de un pequeño cazo de metal tan tranquilo, como si todo esto no fuera con él, como si llevaran juntos años. De repente, se oye un tono y luego la voz de un hombre:

—¿Diga?

—Soy yo —contesta Heiko.

—¡Por fin! ¡Ya era hora! —exclama el hombre—. Me he vuelto loco todo este tiempo sin saber dónde llamarte.

—Tu hijo está a salvo —replica Heiko sin hacer caso de la observación del padre de Joseba.

—¿Qué? ¿De verdad? ¿Está bien?

—Sí.

Sollozos del hombre al otro lado de la línea. Todos los padres, sean empresarios u obreros, ricos o pobres, valientes o pusilánimes, aman a sus hijos y, si les pasa algo a estos, sienten dolor. Un dolor agudo, punzante, inaguantable, como si una espada ardiente les atravesará el corazón. Al menos, todos los padres buenos, no como el suyo. El hombre termina de sollozar al otro lado del teléfono y dice:

—Gracias, muchas gracias.

—Ingrésame el dinero donde te dije. Veintiocho bitcoins. Cuando lo hagas, te enviaré un correo indicándote dónde te espera tu hijo. No está muy presentable, así que no tardes demasiado en recogerlo.

Domingo ya se ha terminado la leche y ronronea tumbado sobre el suelo de mármol blanco con vetas grisáceas.

—Sí, sí, haré todo lo que me dices —contesta el padre—, aunque no puedo soportar la idea de no saber quién me ha ayudado. Por favor, si necesitas cualquier cosa, cualquiera, no tienes más que pedírmelo.

—Solo una.

—¿Cuál?

—Olvídate de que me has conocido.

Martes, 9 de febrero
Berta

piensa que, aunque han pasado solo cuarenta y ocho horas desde el asesinato de Echevarría, a ella le parece que ha pasado un siglo. La víctima ocupa *post mortem* la portada de todos los periódicos del País Vasco. Y de España. Y, a tenor del tremendo jaleo que hay en comisaría, de todo el jodido mundo mundial.

La inspectora se encuentra a solas en su despacho, una pequeña sala ocupada por una sencilla mesa de madera, una silla incómoda y un viejo ordenador. Apenas pasa tiempo aquí, en verano se asa de calor y en invierno suele hacer un frío del demonio, como hoy, que hace una temperatura de cuatro grados centígrados y, encima, llueve a cántaros.

López continúa hablando con ella por teléfono, explicándole los descubrimientos que ha hecho durante la autopsia. El forense utiliza un tono de voz profesional. Sin duda, después de tantos años ejerciendo, hay pocas cosas que puedan impresionarle. Ella lo oye a duras penas, pues la comisaría está llena de agentes que se preparan para salir a patrullar. Las órdenes de Gonzalo durante la reunión de primera hora han sido muy claras: analizar cualquier pista que pueda conducir a la detención de quién haya matado a Echevarría.

—¿Has encontrado algo relevante? —inquire Berta.

—Sí, algunas cosas —contesta el forense.

—Cuéntame —le pide la inspectora.

—En primer lugar, el análisis toxicológico ha dado positivo en escopolamina —afirma López.

—Me lo imaginaba —repone Berta, que conoce bien esa sustancia porque hace un año atendió a una mujer a la que habían violado tras ingerirla en un bar de carretera. Se trata de una droga a la que también llaman burundanga o suero de la verdad. Los delincuentes la suelen mezclar con la bebida de las víctimas, lo que hace que estas pierdan la capacidad de control y se vuelvan completamente sumisas. Además, cuando se pasan los efectos de la droga, no suelen recordar nada de lo sucedido, lo que la convierte en la sustancia perfecta para cometer determinados delitos como secuestros y violaciones—. ¿Y el olor? ¿Sabes qué era ese olor tan empalagoso? —pregunta la inspectora.

—Colonia de niño. Creo que el asesino baño, depiló y perfumó a Echevarría antes de matarlo —responde López.

—¿Para qué? —replica ella.

—No lo sé, soy forense, quizás deberías hablar con un perfilador.

Berta frunce el ceño. A pesar de que la perfilación criminal está de moda, ella cree que los perfiladores no son más que pijos universitarios que no se han pateado de verdad las calles. En cualquier caso, está segura de que no superan a los detectives de a pie en la deducción de las características de un asesino a partir del análisis de sus crímenes.

—Está bien, como sé que no vas a hacerlo —continúa el forense, que la conoce desde hace demasiados años—, te diría que, teniendo en cuenta que también untó las partes nobles de ese hombre con mermelada, supongo que estaba practicando algún tipo de ritual.

Maldita sea, ¿qué clase de loco le hace eso a alguien antes de acabar con su vida? ¿A qué tipo de asesino nos enfrentamos?, se pregunta inquieta Berta.

—Es posible —sugiere luego—. En cualquier caso, debió de tratarse de una muerte horrible.

—Pues me temo que todavía fue peor.

—¿A qué te refieres?

—Verás, el contraste entre las heridas y los moldes dentales, así como los restos en heces, han confirmado que los cerdos se comieron a Echevarría —explica el forense—. Sin embargo, en condiciones normales, unos animales de granja no se comen a una persona viva.

—¿Y por qué lo hicieron en este caso? —pregunta Berta.

—Creo que el asesino quería causar el mayor daño posible a la víctima y, por esta razón, mezcló cocaína de altísima pureza con la comida de los cerdos.

Miércoles, 10 de febrero
Heiko

odia a su padre. De hecho, lo odia con la misma intensidad con la que lo amó en el pasado, porque ya se sabe que el amor y el odio son insolubles y que el uno sin el otro no pueden existir, como la luz y la oscuridad, o la vida y la muerte. Amar u odiar a alguien depende únicamente del devenir del tiempo y de las propias circunstancias de la vida.

—¿Qué te ha pasado en la cara? Parece que te haya atacado una leona.

Quien pregunta es Idoia, veinticinco años, la hermana pequeña de Heiko. Bonita pero insegura. Inteligente pero temerosa. Licenciada en Periodismo, aunque no ejerce. En su lugar, es una escritora independiente de éxito que escribe novela romántica con pseudónimo y la publica en Amazon.

—Pues casi —responde Heiko mostrando una sonrisa—. Ha sido mi nuevo gato —miente luego.

—¿Nuevo? —inquire la hermana.

—Sí. Se llama Domingo —explica Heiko.

—Vaya, ¡por fin lo has encontrado! ¡Enhorabuena! ¿Quién es el agraciado? —pregunta Idoia.

—Un gato callejero esmirriado —responde él—. De color naranja —añade como si fuera un detalle de gran importancia.

—¿Y qué hizo para merecer el honor de llamarse Domingo?

—Se sentó en el lugar adecuado —replica Heiko—. Por cierto, este tiene pelo —añade sonriendo.

Idoia frunce el ceño simulando estar enfadada. No en vano, tiene una alergia severa a los gatos. La última vez que se encontró con uno, cuando todavía salía diariamente de casa, tuvo que ser hospitalizada por una reacción alérgica grave.

—Por cierto, ¿cómo va tu nueva novela? —pregunta Heiko cambiando de tema mientras se acomoda en la silla de madera tallada y tapizada a mano.

El lugar: piso majestuoso situado en el paseo de Miraconcha, que corona la playa de la Concha en San Sebastián. La atmósfera recuerda a la de una espaciosa capilla funeraria. Da la sensación de que pueden verse las ondas de sonido rebotar aburridas entre las paredes deslucidas, paredes que están forradas de papel pintado que simula las hojas caducas de los árboles que se desprenden en otoño. El tablero de la mesa donde están comiendo se encuentra cubierto por un lustroso mantel de lino beis con encaje. A su alrededor, un grupo de muebles empotrados guardan valiosos jarrones, figuras de mármol y relojes de agujas.

La comida: un delicioso bacalao al pilpil. La bebida: un gustoso Vega Sicilia de 2017. Ambos son servidos por jóvenes criadas de piel blanquinosa, vestidas con cofia y delantal del mismo color. Ninguna parece tener nombre, únicamente un «señorita» austero e impersonal. Discretas y eficientes, nunca son las mismas. Su padre no suele mantener a las criadas más de seis meses porque afirma que se vuelven perezosas, que se acomodan y que comienzan a mostrar demasiadas confianzas con la familia. Todo ello ante el desespero de la madre, que cada vez que su marido las despidе tiene que formar a las nuevas. A pesar de todo, ella acepta la forma de proceder del padre. ¿Por convicción?, ¿por respeto?, ¿porque es él quien posee el dinero? Heiko, a pesar de todos los años que llevan juntos, no lo sabe.

—Acabo de publicarla —contesta Idoia—. La verdad es que va bastante bien, aunque la

editorial me dice que, si la promocionara, vendería muchos más ejemplares.

—Tienen razón, deberías hacerlo —afirma Heiko.

Pero no lo hará. Y no solo porque no tiene necesidad —sin hacer publicidad, ya vende cientos de miles de libros—, sino porque a Idoia le da pánico salir a la calle. Desde la desaparición de Mikel, sufre de agorafobia. Solo sale de casa si es absolutamente imprescindible. La mayor parte del tiempo lo pasa en casa de sus padres, leyendo, escribiendo y viendo series, que son la razón de su éxito porque, según ella, «le permiten escribir con el lenguaje de Hollywood».

—Por lo menos, ella tiene un trabajo —espeta de repente el padre antes de dar un sorbo al vino.

Sus ataques son siempre así, tan hirientes como supuestamente cargados de razón, como solo pueden ser los de aquellos que saben que han hecho algo tan importante por ti como darte la vida. Porque, a pesar de todo, para Heiko la historia de la familia Arizkun Aguirre, su historia, empieza el día en que nació su padre hace sesenta y ocho años. Ignacio Arizkun Barrenengoa, Iñigo, nació en Vizcaya. Lo hizo en el seno de una familia religiosa y nacionalista propietaria de Orkestra, una empresa fabricante de electrodomésticos. Iñigo siempre ha sido un trabajador incansable, miembro del Opus Dei, de carácter estricto y árido como el desierto. En 1977 conoció a la madre de Heiko, Gaia Aguirre Haristegui, una preciosa mujer que era hija de un magnate de la comunicación de los años sesenta, un hombre que se arruinó con la llegada de la democracia a España. Gaia e Iñigo se casaron a los pocos meses de conocerse. Las revistas del corazón de la época llegaron a insinuar que ella estaba embarazada y que esa era la razón de una boda tan precipitada. Gaia es ahora una mujer de sesenta y seis años que todavía conserva gran parte de su belleza, de mente más abierta que su marido, elegante y comprometida socialmente. Al poco tiempo de casarse, pero no tanto como pensaban los medios, tuvieron a su primer hijo, Mikel, que ahora tendría treinta y ocho años. Estudiante aplicado de Administración de Empresas en la Universidad de Navarra, nunca terminó la carrera, aunque estaba destinado a suceder al padre de no ser porque Mikel era homosexual. Y porque había salido del armario, algo inusual en aquella época. Algo que su padre no aceptaba. Al Dios del Opus parece que no le gustan los maricones. Recriminaciones, discusiones, peleas con el progenitor, demasiada presión para alguien tan sensible, presión que convirtió a Mikel en un adicto a la heroína. También a la cocaína y al *speed*. Y a la mala vida que llevó hasta evaporarse como un *johatsu* japonés. Porque la Navidad de hace diez años, el mismo día que nació Jesucristo, Mikel desapareció, algo que se refleja en todas las novelas de Idoia, que destilan el dolor de una pérdida no superada. Porque ella está segura de que su hermano mayor está muerto. De que alguien lo mató, en realidad. ¿Por qué? Para robarle, según ella. Un joven culto y rico adicto al caballo; la crónica de una muerte anunciada. Sin embargo, a diferencia de su hermana, Heiko piensa que Mikel sigue vivo. Que desapareció porque no podía darle a su padre lo que este esperaba. Y, desde entonces, Heiko dedica su vida a buscarlo. Bueno, a eso y a salvar almas, una forma de redimirse por no haber podido salvar a Mikel. Y, desde entonces también, Heiko pasó a llamarse Heiko Aguirre Arizkun. Se cambió el orden de los apellidos para mandar un mensaje inequívoco a su padre: él no iba a olvidar nunca a su hermano mayor. Todo lo contrario, iba a buscarlo hasta que lo encontrara, vivo o muerto.

—Venga, Iñigo, no empecemos, que ya sabes que las discusiones no son buenas para tu corazón —lo reprime la madre.

El padre de Heiko sufrió un infarto hace siete años. Desde aquello, lleva implantado un *stent* que mejora el funcionamiento de su dañado corazón.

—No te preocupes, mamá —replica Heiko—, me encanta tener que repetir cada vez que os vengo a ver que mi trabajo como gestor de inversiones me va de maravilla.

Una mentira como la copa de un pino. Pero ¿qué va a decir?, ¿que es un «salvaalmas»? De alguna manera tiene que justificar su lujoso tren de vida, y ya hace tiempo que se le ocurrió la idea de decir que era gestor de inversiones. En realidad, él mismo gestiona todo el patrimonio que ha generado a lo largo de estos años, por lo que podría decirse que la afirmación es cierta.

—La gente honrada tiene trabajos sencillos —afirma el padre—. O eres gerente, o eres trabajador. Así de simple. Eso de gestor de inversiones todavía no sé muy bien cómo clasificarlo.

—Está bien, está bien... —contemporiza la madre—. ¿Sabéis que mañana arrancamos la convocatoria de becas de la Fundación Orkestra? ¡Es la número cuarenta!

Su padre la mira enfurruñado por el cambio de tercio, pero finalmente decide seguir comiendo y abandonar la discusión.

—Ah, ¿sí? Eso es magnífico, mamá —afirma Heiko.

—Yo también lo creo, hijo. La verdad es que cuarenta años son muchos años ayudando a todos esos críos.

Gaia es la presidenta de la fundación que lleva el nombre de la empresa del padre, una organización sin ánimo de lucro que ayuda a los hijos de familias necesitadas a acceder a una mejor educación financiándoles becas en las mejores escuelas del País Vasco, entre otras cosas.

—Bueno, ahora solo falta que los ricachones que formáis la Fundación repartáis parte de vuestra riqueza con todas esas familias tan necesitadas —ironiza Idoia, a la que no suele gustarle el exclusivo ambiente en el que se mueve la madre.

—Hija, no seas quisquillosa —replica Gaia—. Deberías saber que es mejor enseñar a la gente a pescar que darles peces.

Esa es la actitud que más adora Heiko de su madre: su capacidad para simplificar las cosas. Porque, para ella, las cosas no son ni blancas ni negras, ni buenas ni malas: son, simplemente, como deben ser. Así pues, aunque para ella la marcha de Mikel fue «un designio del Señor» —así lo repitió hasta la saciedad como una suerte de terapia—, Heiko intuye que el recuerdo de su hermano está muy presente en ella. Y, además, está seguro de que ese maldito día el corazón de la mujer se rompió en mil pedazos.

—Claro, claro —sentencia Idoia, que no parece estar de acuerdo con la madre.

—Señorita, ¿puede subir el volumen de la televisión, por favor? —las interrumpe el padre dirigiéndose a una de las criadas.

—Claro, señor —contesta ella complaciente.

Debe tratarse de algo excepcional, piensa Heiko, que nunca en todos estos años ha visto que su padre haga algo así. De repente, se oye la voz del locutor de televisión, profunda, grave, aparentemente afectada: «La policía informa que ayer por la noche se encontró el cadáver de Fermín Echevarría, dueño de la conocida empresa de tecnología sanitaria Diagnostic Machines».

—¡Dios mío! —exclama el padre con rostro serio.

«En palabras de Gonzalo Egea —continúa el presentador—, inspector jefe de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, el empresario ha sido asesinado, devorado por unos cerdos en una granja situada en una zona apartada de la sierra de Azkorri. Su asesino, a quien en las redes sociales llaman Hamlet porque colgó el vídeo del asesinato en un canal de YouTube con ese nombre...».

—Pobre Fermín —se lamenta el padre.

—¿Lo conocíais? —pregunta Heiko, sorprendido por la reacción de Iñigo, dado que no suele

ser muy dado a mostrar sus sentimientos.

—Tu padre sí —contesta la madre—. Creo recordar que su familia le prestó el dinero con el que inició su negocio. ¿No es así, querido?

—Sí —contesta el padre en tono serio—. La primera máquina de diagnóstico que fabricó su empresa la fabricó con dinero de mi familia. No entiendo quién ha podido hacerle algo así.

Sin embargo, Heiko sí lo comprende. Ya hace demasiado tiempo que nada puede sorprenderle. Sabe que forma parte de una sociedad desequilibrada en la que todo es posible, en la que la realidad siempre supera a la ficción. Si no fuera así, su hermano no habría desaparecido, no habría hijos de familias ricas a los que salvar y un empresario nunca habría sido ofrecido como comida a una jauría de cerdos.

Martes, 9 de febrero
Berta

se encuentra en una sala desangelada de la comisaría, el lugar desde el que están coordinando la investigación. Frente a ella, un espejo desconchado, el rotafolio y fotos de la víctima fijadas en un panel de corcho colgado en la pared. También una vieja mesa de despacho y tres sillas desvencijadas, que, si el Ministerio del Interior no puede comprar chalecos antibalas, menos va a poder comprar mobiliario nuevo.

La inspectora observa las notas escritas a mano en el rotafolio. Constituyen un resumen de lo que creen saber hasta ahora:

Fermín Echevarría, varón, sesenta y siete años, 182 centímetros de altura. Empresario vasco, rico, dueño de Diagnostic Machines.

03/02 El asesino crea un canal de YouTube con el nombre de Hamlet. Allí colgará el vídeo de la muerte de Echevarría. Cuatro millones de personas lo van a ver hasta que la policía ordene su eliminación.

04/02 El hijo de Fermín Echevarría, Carlos Echevarría, denuncia su desaparición. La víctima salió ese día de la oficina a las ocho de la tarde, pero no regresó a casa.

05/02 Echevarría es asesinado. Sobre las 18:00 horas. Causa de la muerte: a Echevarría se lo comieron los cerdos mientras estaba vivo. Los animales iban hasta arriba de speed. Hamlet había mezclado la comida de los animales con esa droga. Respecto a la víctima, antes de matarla, el asesino la drogó con escopolamina y la ató de pies y manos. No han encontrado las cuerdas. Tampoco saben nada de la marca de la colonia ni de la mermelada. Sin restos de huellas, pisadas o restos de ADN. La abundante lluvia y el propio asesino habían borrado cualquier rastro de la escena del crimen.

07/02 El granjero encuentra el cadáver. Le han tomado declaración y, de momento, lo han dejado libre. Ni siquiera se considera sospechoso.

No tenemos nada, piensa Berta mirándose en el espejo. Lo que ve es la imagen de una mujer madura, de pelo corto negro azabache e intensos ojos verdes que destacan sobre un bello rostro que a veces desaparece oculto por unas facciones demasiado duras. *Te estás haciendo mayor*, reflexiona deslizándose suavemente la mano por el rostro, sintiendo el peso de las arrugas, que no son más que el reflejo de un pasado tormentoso.

—Pe-da-zo de ti-tu-la-res.

Ibón Aramburu ha entrado en la sala de coordinación e interrumpido los pensamientos de la inspectora, que se da la vuelta. El detective lleva en la mano varios ejemplares de periódico.

—«El patriarca de los Echevarría muere devorado por una jauría de cerdos hambrientos» — lee Ibón.

—Es un no parar. En el matinal de Telecinco llevan horas hablando de ello —replica Berta.

—¿Y Gonzalo?

Gonzalo Egea es el inspector jefe de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Berta trabaja con él desde que se incorporó a la policía. De hecho, el primer caso y el más importante de la carrera de la inspectora lo resolvió gracias a él, un caso que le pasó una factura demasiado cara que todavía hoy perdura. Gonzalo vive en San Sebastián, pero es de Madrid, con zeta, del Madrid más castizo, el del chotis, la zarzuela y la verbena de la Paloma. Tiene sesenta y cuatro años, solo cinco más que ella, pero a veces la reprende como si fuera su padre. Es un hombre

fornido —o gordo, según se mire— y está completamente calvo. Dotado de una inconfundible nariz chata —al parecer, hizo sus pinitos en el cuadrilátero cuando era joven—, sus ojos saltones de color oscuro recuerdan a los de un calamar. Cuando te habla, lo hace con un tono directo y rudo que no deja lugar a la interpretación. Sin embargo, cuando es necesario, también sabe ser diplomático y desplazarse por los suelos de palacio tan bien como por los del cuartel. Por encima de todo, es un jefe exigente, aunque también comprometido con su equipo, al que no duda en defender cuando hace falta.

—¿No lo oyes? —replica Berta.

Ibón entrecierra los ojos y simula escuchar atentamente. Los gritos de Gonzalo llegan indefectiblemente hasta el despacho.

«¡Me da igual! —está chillando—. No voy a deshacerme de ninguno de mis agentes para que formen parte de esa estúpida unidad especial ni de ninguna otra. Por Dios, ¡si me falta gente para cerrar los casos que tenemos pendientes!».

—¿Qué le pasa? —inquiére Ibón.

—Al parecer —le explica Berta—, los jefazos han decidido montar una nueva unidad para la prevención del crimen organizado, una pijería que ni ellos mismos saben lo que es y a la que Gonzalo no tiene ninguna intención de aportar ningún recurso.

Se oye una puerta abrirse. Luego, un portazo. Luego, el andar apresurado de un hombre caminando hacia el despacho donde se encuentran ellos. Tres, dos, uno, fuego:

—¿Todavía estáis aquí? Hay un asesino ahí fuera que espera que lo capturéis.

—Buenos días, Gonzalo —saluda Berta con ironía.

—Buenos días —responde el inspector jefe, que está tan agobiado que no parece darse cuenta del tono de ella—. ¿Qué habéis averiguado?

Berta relee una a una las notas escritas en el rotafolio. Luego explica que pretenden analizar el rastro que haya podido dejar el asesino en YouTube y entrevistar a la familia de la víctima.

—Esto pinta fatal —sentencia Gonzalo—. ¿Habéis buscado en las imágenes de las cámaras de vigilancia?

—Sí —afirma Berta—. Ninguna cámara en la granja o alrededores. Está en medio de ninguna parte. En la empresa, las cámaras filmaron a la víctima abandonando la empresa a las ocho de la tarde del jueves. Al parecer, era lo que hacía cada día a esa hora.

—¿Y el granjero que encontró el cuerpo? ¿Podríamos considerarlo sospechoso? —inquiére Gonzalo.

El inspector jefe es listo: poder insinuar a los medios que ya se cuenta con un sospechoso es una buena forma de dormir la noticia. Y si la duermes el tiempo suficiente, muere, porque las noticias duran hoy lo mismo que la solemne promesa de un borracho.

—Le tomaron declaración como testigo. Tiene una coartada muy sólida —contesta ella—. El hombre es viudo, y estuvo en casa de su hijo desde el miércoles hasta el domingo que fue a la granja a comprobar cómo estaban los animales y se encontró con el pastel. Lo ha verificado todo Ibón.

Este asiente. Gonzalo chasquea la lengua con fastidio.

—Estamos jodidos —se queja—. El hijo de Fermín Echevarría es amigo personal del comisario general. Fue el propio comisario quien le tuvo que comunicar la muerte de su padre. A pesar de ser una familia religiosa, el hijo ha dejado muy claro cuáles son los deseos de la familia con respecto al asesino. Y os puedo asegurar que no es poner la otra mejilla.

—No te preocupes, Gonzalo —dice Berta—. Sabemos lo que tenemos que hacer.

—Está bien —repone este—. Una cosa más —añade en tono serio.

—¿Cuál? —inquire Berta.

—El único que habla con los medios soy yo. Ni se os ocurra abrir la boca si os preguntan. Son como buitres en busca de carroña, están deseando montar un espectáculo sobre la muerte de ese pobre hombre.

Miércoles, 10 de febrero
Berta

observa atentamente las imágenes del vídeo subido por Hamlet. Cada uno de los fotogramas duele como si te arrancaran el pelo o te azotaran las plantas de los pies. La inspectora no puede dejar de pensar en lo que debió de sufrir ese pobre hombre. Además, hay otro tema que le preocupa enormemente. Después de ver el vídeo varias veces, intuye que puede tratarse de una especie de trofeo y que, posiblemente, no es algo que un asesino haría si solo pensara matar a una persona.

—Tenemos que cazar al cabrón que ha hecho esto —anuncia en voz alta.

Se encuentran en la sala de coordinación. Ibón asiente con la cabeza, apretando la mandíbula. Chloe parpadea con fuerza. Berta cree ver cómo las lágrimas luchan por aflorar en los ojos de la detective. Lleva trabajando con ella más de cinco años, desde que la mujer escapó de Corea del Norte. Allí formaba parte del equipo dedicado a hackear redes informáticas para obtener dinero para el régimen de Kim Jong-un. Unas semanas después de llegar a San Sebastián, de la mano de un empresario vasco con negocios en China que la ayudó a escapar cuando la encontró deambulando perdida por la frontera del noreste de ese país, la embajada ofreció sus servicios a la Central. Cuando Gonzalo se lo comentó a Berta, esta no lo dudó un instante y la reclamó para su equipo. El nombre coreano de la mujer es Cho-Hee, que significa algo así como «hermosa alegría». Sin embargo, ella decidió simplificarlo haciéndose llamar Chloe.

Berta vuelve a mirar a la detective coreana. A pesar de que a lo largo de estos años han trabajado en casos muy duros, nunca la ha visto así. Aunque es cierto que es una mujer fuerte —algo que no parece reflejar su aspecto de discreta coreana angelical—, lo que muestra el vídeo parece ser demasiado incluso para ella.

La inspectora pulsa de nuevo el botón de *Play*. El vídeo ha sido grabado sin sonido. Es la cuarta vez que lo ven. En la anterior, Berta ha creído encontrar algo y quiere estar segura de que no se le escapa nada.

Comienzan a aparecer las primeras imágenes. Está lloviendo y es de noche. El objetivo de la cámara enfoca a un hombre mayor que está tumbado desnudo sobre el barro. A su alrededor, una vieja granja. También árboles que se mecen por efecto del viento —Ibón afirma que son hayas—. El hombre está tumbado de lado, mostrando las nalgas y con la barriga deslizándose caprichosamente sobre el fango. Chloe ha analizado la distancia y el encuadre de la grabación y cree que el asesino colocó la cámara sobre un trípode, no demasiado lejos de la víctima. Parecía querer asegurarse de que obtendría una grabación de calidad. Sin embargo, tampoco han encontrado huellas del trípode sobre el barro.

—Lo que no me explico —dice Chloe— es por qué el asesino se arriesgó a encontrarse con el granjero mientras mataba a la víctima. Podría haber escogido un lugar abandonado para perpetrar el crimen.

—Quizás supiera que no había nadie en la granja —dice Ibón.

—¿Insinúas que sabía que el granjero estaba con el hijo? Puede ser, pero creo que más bien le daba igual —responde Chloe—. No creo que a alguien capaz de hacer lo que hizo le supusiera un problema matar al granjero si aparecía por allí.

—Yo también me decantaría por esa opción —sentencia Berta, que vuelve a mirar el vídeo.

Echevarría tiene las manos y los pies atados. De repente, se ve cómo abre los ojos. Tiene las

pupilas extremadamente dilatadas. Inspira con fuerza, expira y mira hacia la puerta del establo. Berta sabe que detrás de esa puerta desvencijada de madera se ocultan los cerdos. El hombre tiene la mirada perdida. Claramente está drogado.

La abundante lluvia continúa mojando el cuerpo depilado de Echevarría, cuyo rostro muestra una sonrisa perturbadora. Entonces, el hombre hace un gesto extraño con los ojos, casi imperceptible, pero es el gesto que ha hecho que Berta quiera volver a ver las imágenes. Esa mirada, esa expresión en los ojos. ¿A qué le recuerda? La inspectora retiene en su memoria la posición del vídeo. Minuto cinco y ocho segundos.

El asesino se encuentra frente a Echevarría. Sin embargo, lo que aparece en el vídeo es un muñeco vestido de príncipe que cubre su rostro con una macabra máscara de teatro.

—¿Cómo demonios ha logrado sustituir su cara por esa máscara? —pregunta Ibón.

—No es difícil —responde Chloe—. ¿No habéis oído hablar de los *deep fakes*?

Berta e Ibón niegan con la cabeza.

—Son vídeos falsos que se realizan mediante una técnica específica de inteligencia artificial llamada GAN —les explica Chloe—. Uno de esos vídeos fue el de Mark Zuckerberg afirmando que Facebook pretendía controlar el futuro mediante datos robados a los usuarios. El vídeo real era el del CEO de Facebook explicando las interferencias rusas sobre el proceso electoral americano. Apenas veintiún segundos de ese vídeo sirvieron para crear ese inquietante *deep fake*.

—Estamos apañados... —sentencia Berta.

El asesino le ha dado la vuelta a Echevarría con el pie, lo ha desatado y ha derramado la mermelada sobre sus genitales. La víctima se encuentra en la posición de decúbito supino en la que encontró la muerte. Mantiene la misma sonrisa estúpida en el rostro. Lo que viene es historia. Un festival *gore* de gruñidos, mordiscos, carne desgarrada y sangre. Chloe baja la cabeza. Ibón resopla. Berta detiene finalmente el vídeo.

—No lo sé —dice luego—, creo que hay algo que se nos escapa, pero no logró averiguar qué es. Chloe, ¿dices que no hay ninguna pista en el archivo que nos pueda ayudar a identificar al asesino?

—Así es, jefa. He analizado todos los metadatos del vídeo, y nada. También la geolocalización y los fotogramas donde pudiera aparecer el asesino. No hay nada. Quien hizo esto sabía lo que se hacía.

—Maldita sea —repite Ibón.

Berta recuerda la imagen del minuto cinco y ocho segundos y se le enciende una luz: Izadi Sánchez, una niña de diez años que fue asesinada por Gabriel Uribe, un compañero de la escuela amigo de la familia. Se trataba de un chico aparentemente aplicado, seis años mayor que ella y que le daba clases de Matemáticas. Gabriel secuestró a Izadi el día de Halloween en un parque en el que jugaba delante de su casa. El chico iba disfrazado con una máscara de conejo asesino. Después de secuestrarla, la llevó a un almacén abandonado a las afueras de San Sebastián y la torturó durante horas. Antes de matarla, se quitó la máscara y le hizo una foto con una Polaroid. Luego llamó a Emergencias y anunció que había matado a una persona y dónde lo había hecho. Cuando llegó Berta al lugar del crimen, se encontró con el cadáver de Izadi y el de Gabriel. El asesino se había cortado las venas con el mismo cuchillo con el que había degollado a la niña. Sobre el suelo, la sangre manchaba la máscara de conejo. Sobre dicha máscara, se encontraba la inquietante fotografía. El rostro de Izadi tenía la misma expresión que el de Echevarría: las cejas extrañamente levantadas, los ojos muy abiertos. Era la mirada de alguien que había reconocido a su asesino antes de que lo matara.

—¡Sabía que había algo! —exclama la inspectora.

—¿Cómo? —inquire Ibón.

—¡Él lo conocía! ¡Echevarría conocía al asesino!

Jueves, 11 de febrero
Heiko

se encuentra en el amplio chalet de quinientos metros cuadrados con tres habitaciones enormes y cuatro cuartos de baño de tamaño similar. Situado en el barrio de Aiete, cerca del palacio del mismo nombre, se trata de un edificio neoclásico construido por los duques de Bailén en un lugar de paso de los peregrinos del Camino de Santiago. Allí veranearon durante años reyes y reinas, tan monegascos como Domingo, que en solo tres días se ha convertido en el líder de la manada de gatos esfinge. Desde el mismo día que llegó, come antes que los demás, pasa el primero por la puerta y fastidia a propios y extraños. De vez en cuando, también se dedica a cazar pájaros y dejar sus cadáveres tirados sobre el suelo del comedor, como si fueran una especie de ofrenda para su dueño.

Heiko termina el entrenamiento de *kickboxing*: cinco series de quinientas abdominales; tres series de cien flexiones, alternando manos y puños; centenares de *low kicks*, *high kicks*, *elbows* y *knees*; centenares también de *jabs*, directos, crochés y *uppercuts*. De fondo, la música de Five Fingers Death Punch en un poderoso equipo de sonido Bang & Olufsen. Frente a él, una espectacular vista de la bahía de la Concha. Agarra la toalla y se seca el rostro humedecido. Luego la vuelve a dejar sobre una bicicleta estática.

—Alexa, apaga la música —ordena.

Boots and blood deja de sonar en los altavoces. Antes de ir a la ducha, decide acercarse hasta el ordenador. En la pantalla, se muestra el detalle de su monedero, que está enlazado a diferentes mezcladores de criptomonedas para ocultar su identidad. Centenares de bitcoins atestiguan la buena salud del negocio.

—¿Quiere el desayuno, señor?

Quien pregunta es Celeste, el ama de llaves, una mujer regordeta y afable, de pelo liso castaño recogido en una sencilla cola. Tiene unos sesenta años —él nunca ha logrado saber su edad exacta—. De plena confianza de Heiko, lleva con él desde que se presentó un día en casa ofreciéndole sus servicios y él aceptó porque le pareció una mujer honesta y cumplidora.

—Sí, por favor —responde Heiko.

Celeste coloca el plato con el desayuno sobre la mesa, al lado del ordenador. Heiko sonríe satisfecho: huevos revueltos, tostadas con mantequilla y un bol de leche con avena. También una taza bien cargada de café de civeta, el mejor café del mundo, el único vicio de Heiko.

—¿Hoy comerá o cenará en casa? —pregunta el ama de llaves.

—Cenar no. Tengo una cita.

—¿Quiere que le prepare la ropa?

—Sí. Me pondré el traje gris *heritage* de raya diplomática. Camisa negra y mocasines de piel también negros.

—Caramba, ¿presupongo que llegará tarde?

—No, no lo creo. La cita es con Jon.

—Ah, perfecto —replica ella.

Luego se da la vuelta y se aleja, discreta como una liebre. Domingo la observa tirado sobre el suelo. Heiko se sienta a la mesa, dispuesto a desayunar. De repente, se oye el timbre de un teléfono móvil, que resuena en toda la casa. Se trata de un sonido metálico que nunca antes ha oído. Extrañado, coloca la mano en el bolsillo, agarra el iPhone y observa la pantalla. Como se

imaginaba, no lo llaman a ese número. El sonido procede de otro móvil y Heiko prefiere pensar que no es el que se imagina porque, de ser así, algo raro está pasando; algo que no puede augurar nada bueno.

—Qué raro —dice.

El teléfono continúa sonando en su habitación. Heiko se levanta y se dirige hacia allí, hacia el mismo sitio donde se encuentra la caja fuerte donde se esconde el Rockphone, el teléfono al que nadie puede llamarlo. Sin embargo, cuanto más cerca está Heiko de la habitación, más seguro está de que lo que se oye es el timbre del Rockphone.

Cruza decidido la puerta de la habitación. Camina hasta el armario principal, un mueble singular, exclusivo, hecho a mano por un equipo de artesanos portugueses. Abre la puerta del armario. En su interior se encuentra la caja fuerte. Heiko coloca el dedo sobre el sensor biométrico y se abre la puerta de la caja fuerte. Dentro está vibrando y sonando el Rockphone. Lo agarra y contesta la llamada:

—Diga.

—Hola, Heiko —saluda una voz metálica, distorsionada, la voz de alguien que no quiere que lo reconozcan. De alguien que vive al filo de la ley, como él.

—¿Quién eres? —pregunta Heiko.

Lunes y Martes están durmiendo sobre la cama de matrimonio, hechos un ovillo. Al oír las palabras de él, abren los ojos y se desperezan.

—Un amigo —contesta el extraño.

—Me precio de conocer bien a mis amigos, y me parece que tú no figuras entre ellos. ¿Cómo sabes mi número de teléfono?

—Oh, no ha sido tan difícil —contesta el extraño—. Como puedes ver, utilizo el mismo sistema de ocultación de identidad que tú.

Heiko mira el identificador de llamada entrante en la pantalla del móvil. Imposible de rastrear: cambia cada décima de segundo.

—¿Qué quieres?

—Jugar —responde el extraño en tono misterioso.

El corazón de Heiko le golpea el pecho como un martillo mientras se agita nervioso sosteniendo el Rockphone con la mano. La afirmación del hombre hace que trague saliva con dificultades antes de responder:

—Verás, *amigo*, tengo trabajo que hacer y no me apetece nada perder el tiempo con alguien a quien ni siquiera conozco —le espeta Heiko.

—Qué mal me sabe que pienses que estás perdiendo el tiempo hablando conmigo —replica el desconocido—. Te puedo asegurar que el juego que quiero proponerte te va a resultar muy interesante.

Hay algo en el tono de voz del hombre que hace que Heiko decida seguirle la corriente. *Además, necesito saber cómo ha conseguido el maldito número de teléfono*, piensa antes de decir:

—Está bien, dispara. Pero antes dime quién eres.

—Por supuesto, aunque seguro que, a estas alturas, ya habrás oído hablar de mí. De hecho, esta semana he abierto todos los telediarios...

—¿A qué te refieres?

—¿No has oído la noticia? ¿El empresario al que se han merendado unos cerdos?

Heiko no contesta. Sabe perfectamente de lo que está hablando el tipo. El pobre desgraciado

al que conocía su padre, el que fue devorado en una granja perdida en la montaña. Un asesinato atroz que solo puede haber sido obra de un demente, supuestamente la persona que está hablando con él por teléfono.

—No sabes lo bien que se lo han pasado los animalitos.

El hombre sigue jugando con él como Domingo juega con un canario antes de zampárselo.

—Estás loco —sentencia Heiko.

—Probablemente..., porque, a decir verdad, he disfrutado con ello. Y a lo largo de las próximas semanas voy a seguir haciéndolo. Y, mientras lo hago, te llamaré para jugar.

—¿Jugar? ¿A qué?

—A seguir y encontrar —explica el hombre—. A eso te dedicas, ¿no? A encontrar gente.

—Sí, pero suelo hacerlo por dinero.

—No te preocupes. Yo te daré algo mejor.

—¿A qué te refieres?

—Cada vez que te llame será para darte una pista.

—¿Qué tipo de pista?

—El nombre de alguien: de alguien que puede llevarte hasta tu hermano Mikel —responde el extraño antes de colgar.

Jueves, 11 de febrero
Berta

piensa que no parece que estén hablando con la esposa de alguien que ha muerto asesinado de una forma tan cruel. Han llegado a la casa de los Echevarría hace veinte minutos. Han tenido que esquivar a los periodistas y cámaras de televisión, que esperaban ansiosos cualquier novedad. Finalmente, tras declinar hacer cualquier declaración —Gonzalo fue rotundamente claro al respecto y Berta odia hablar con los medios—, han llamado a la casa. Los ha recibido una joven y atenta criada que los ha acompañado hasta un amplio despacho situado en la planta superior de la casa. La chica caminaba tan deprisa que Ibón y Berta apenas han podido fijarse en los diferentes salones y habitaciones que iban dejando atrás. Una vez que han arribado al despacho, se han sentado en unas modernas sillas de respaldo alto y reposabrazos acolchados. Por su aspecto, debían ser caras, aunque a Berta le recordaban a una cáscara de huevo y le parecía que ofrecían la misma comodidad que esta. Entonces, alguien ha abierto la puerta sin llamar. La mujer que está sentada ahora frente a ellos. Antonia, así se llama la esposa de Fermín Echevarría. Aparenta unos sesenta años, no más. Va vestida impecablemente y maquillada con colores muy vivos. Viste traje de chaqueta de color rojo, camisa blanca y un rosario que termina en una excesiva cruz de madera colgándole del cuello.

La mujer mantiene la espalda recta, apoyada contra el respaldo de una majestuosa silla que se esconde detrás de una mesa de despacho con tablero lacado de color mate. Decenas de libros de Derecho y Economía ocupan una estantería a su espalda, pulcros y perfectamente ordenados.

—Disculpen que las sillas no sean demasiado cómodas —dice la mujer—. Este es el despacho de mi hijo Carlos, y ya saben cómo son los chicos de hoy en día, prefieren la modernidad a la comodidad —añade con una sonrisa.

—No se preocupe, señora Echevarría —contesta Berta—. Por cierto, ¿su hijo está en casa? Nos gustaría hablar también con él.

Después de descubrir que es muy probable que la víctima conociera a su asesino, Berta quiere interrogar a todas las personas que conforman el círculo más íntimo de Echevarría. Además, uno no puede perder la oportunidad de conocer a un amigo del comisario general.

—No, se ha ido a la oficina. Pobre, no saben todo el papeleo que ha tenido que arreglar después de la muerte de mi querido Fermín.

Berta se da cuenta de que la mujer ha utilizado la palabra «muerte», no «asesinato», para referirse a lo que le sucedió a su marido.

—Pero, en fin, no cabe preocuparse. Ya saben lo que afirmaba san Francisco de Asís —añade Antonia.

Berta alza las cejas en un claro gesto interrogativo.

—¿No lo sabe? ¡Terrible muerte, pero cuán apetecible es también la vida en el otro mundo, a la que Dios nos llama!

Berta no sabe si el santo se refería a lo apetecible que debe ser que te arranquen las pelotas unos cerdos drogados.

—Bonita frase —repite en cualquier caso la inspectora, que no sabe muy bien qué pensar—. ¿Le importa que le hagamos unas preguntas?

—Por supuesto que no. Estoy encantada de que hayan venido. Hacía tanto tiempo que no venía nadie a verme.

Ibón mira a Berta con aspecto sorprendido. Cuando ella se dispone a iniciar el interrogatorio, Antonia la interrumpe:

—¡Pero qué tonta soy! No les he ofrecido café. ¿Quieren ustedes un café antes de empezar? Su compañero tiene aspecto de estar cansado —inquieta sin dejar de sonreír.

—No, gracias, no queremos molestar —contesta la inspectora.

—Quite, quite, no es molestia. Hablaré con la criada y les traerá dos cafés bien cargados.

—Muchas gracias —contesta Ibón, que sí parece interesado en el ofrecimiento de la mujer.

Esperan un rato a que Antonia llame a la criada para traerles el café, pero no sucede nada. Ella sigue sonriendo, aunque su mirada parece perdida. Entonces Berta decide no esperar más y comenzar el interrogatorio.

—Ibón, cuando quieras —le pide a su compañero.

Como siempre que van los dos, ella prefiere observar mientras su compañero pregunta. Han sido muchas las ocasiones en las que el lenguaje no gestual la ha ayudado a atrapar a un delincuente.

—¿Cuándo vio usted a su marido por última vez? —pregunta Ibón.

—Hace unos días.

—¿Dónde?

—No sé, no lo recuerdo muy bien. ¿Por qué? ¿Le ha pasado algo a Fermín?

Esta vez, Ibón alza exageradamente las cejas y mira a su compañera.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunta esta.

En ese instante, se abre la puerta del despacho y aparece un tipo maduro de unos cuarenta y cinco años. Cincuenta, como mucho. Alguien que Berta no cree que se deje caer nunca por el Psychodromo, aunque ya le gustaría a ella.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —pregunta el desconocido, que se acerca hasta Antonia y le aprieta el hombro cariñosamente con la mano.

§§§

—Demencia de cuerpos de Lewy —anuncia el hombre—. Mi madre padece esa enfermedad y, a veces, sufre estados de confusión mental como el que ha tenido hoy con ustedes.

Después de abrir la puerta, Carlos, el hijo de Antonia y Fermín, ha llamado a la enfermera para que se llevaran a su madre a la habitación. Luego ha ocupado su lugar en la silla y se ha sentado frente a ellos con aspecto cansado, aunque también decidido y seguro de sí mismo.

—A veces hace este tipo de cosas —continúa Carlos—. No es la primera vez, y me temo que no será la última.

—Lo siento mucho —dice Berta—, parece una mujer encantadora.

—Y lo es, aunque desafortunadamente sus facultades mentales están muy mermadas.

—Creía que la demencia afectaba a personas de mayor edad —observa Ibón.

—Antes de que mi madre se viera afectada por esta cruel enfermedad, yo también lo creía. Sin embargo, ella empezó a tener síntomas con algo menos de cincuenta años. El médico nos dijo que el detonante fue el estrés fruto de la crisis financiera de dos mil ocho.

—Lo recuerdo —repite Berta—, fueron años muy duros.

Berta recuerda perfectamente ese periodo. Lo que empezó con la crisis de las hipotecas

subprime terminó con miles de empresas quebrando y millones de personas perdiéndolo todo. Una mala época para España, y para el mundo en general.

—Así es, y nuestra familia sufrió mucho durante ese tiempo. Pero, en fin, eso ya pasó —sentencia el hombre—. Me alegro de que hayan venido. Desde que tuve que identificar el cadáver de mi desafortunado padre, no puedo dejar de pensar en atrapar al malnacido que lo asesinó. ¿Han averiguado algo? —pregunta con rostro serio.

La inspectora recuerda las palabras de Gonzalo. *Efectivamente, este hombre no parece alguien dispuesto a poner la otra mejilla*, piensa.

—Estamos en ello —contesta Berta—. Esa es la razón de que estemos aquí. Queremos hacerle algunas preguntas.

—Adelante, lo que necesiten.

—¿Notó algo extraño en el comportamiento de su padre los días anteriores a su desaparición? —pregunta la inspectora.

El hombre se mantiene en silencio hasta que responde negando con la cabeza:

—No.

—¿Sabe si había algo que le preocupaba?

—Nada diferente a lo de siempre, que el negocio funcionara y su familia estuviera bien.

—¿Había conocido a alguien nuevo?

—Tampoco, los amigos de mi padre eran los de siempre, sus compañeros de mus.

—Entiendo. Disculpe que le haga esta pregunta, pero ¿dónde estaba el día que desapareció su padre? —inquire Berta.

—Ese día estuve en Madrid, tenía una reunión con nuestros auditores —responde Carlos.

—Entiendo... —replica la inspectora, pensando en que más tarde deberán comprobar esa coartada—. Sin embargo, usted fue el que denunció la desaparición. ¿Por qué pensó que había pasado algo?

—Mi padre es..., era... —corrige el hijo en tono apesadumbrado— un hombre muy trabajador y que seguía escrupulosamente una rutina. Cada día trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde. Luego iba a jugar al mus con los amigos, pero no llegaba nunca a casa más tarde de las once de la noche. Excepto el pasado jueves, que simplemente no llegó.

—¿Intentó contactar con él ese mismo día? —inquire Ibón.

—Sí, cuando llegué a casa por la noche, lo llamé desde mi móvil en repetidas ocasiones. Sin embargo, su teléfono estaba desconectado.

Berta asiente. Tampoco ellos han podido analizar el registro de llamadas de Echevarría. Durante la autopsia, el móvil de la víctima apareció destrozado en el estómago de uno de los cerdos.

—Después de varios intentos, logré contactar con los guardias de seguridad de la empresa. Ellos me confirmaron que habían visto salir a mi padre a la misma hora de siempre.

Ibón asiente frente a las palabras del hijo de Echevarría. Mientras, cada gesto del hombre es escudriñado con atención por Berta.

—Así pues, pasadas las once de la noche decidí denunciar su desaparición porque intuía que había pasado algo.

—¿Qué opina su madre de todo lo que ha sucedido? —pregunta Ibón.

—Ya lo han visto. Desafortunadamente, no acaba de entenderlo.

—¿Sabe de alguien que pudiera querer hacer daño a su padre? —insinúa Berta.

—Sí. Hay alguien —responde el hombre de forma contundente.

Las tres palabras resuenan en el despacho como el golpe del mazo de un juez cuando acaba de dictar sentencia. Berta echa el cuerpo hacia delante, quiere estar segura de que no va a perderse nada de lo que les cuente el hombre.

—Explíquese —le pide luego.

—Verán, hace dos años tuvimos un problema con un diagnóstico. Como saben, en nuestra empresa fabricamos máquinas de inmunohistoquímica que permiten diagnosticar cáncer. Pues bien, una de esas máquinas falló y tuvimos lo que se llama un falso negativo.

—¿Un falso negativo? —repite Ibón.

—Así es —contesta el hombre—. El paciente tenía cáncer, pero la máquina dio como resultado que no lo tenía, aunque en estos casos no se puede saber si el fallo es realmente de la máquina o del patólogo que ejecuta la prueba.

—¿Usted qué cree? —le pregunta Berta.

—Creo que fue la máquina —responde él taxativo.

Es un buen tipo, piensa la inspectora. Otro le habría echado la culpa al médico.

—¿Quién era el enfermo?

—Eso fue lo peor —dice el hombre—. Era un chaval de dieciséis años. Murió de leucemia a los tres meses del diagnóstico. Ningún médico le dio tratamiento porque, teóricamente, estaba sano. El padre de ese chico nos acusó de su muerte. Desde entonces nos acosaba, y muy especialmente a mi padre.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Fernando Martínez.

—¿Lo denunciaron a la policía?

—Sí, pero no hicieron nada. Y ahora mi padre está muerto.

Berta comprende el malestar del hombre, pero trata de mantener la cabeza fría. Necesitan saber más sobre ese tal Martínez antes de convertirlo en el principal sospechoso.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vieron? —pregunta.

—Ayer, en el entierro de mi padre —contesta Carlos Echevarría—. Aunque era un acto privado, logró acceder para acosarnos.

§§§

—¿Qué opinas? —le pregunta Berta a Ibón una vez que han salido de la casa.

Se encuentran en una calle tranquila del municipio de Laukiz, un pequeño núcleo rural a escasos quince kilómetros al norte de Bilbao, un lugar exclusivo donde únicamente pueden vivir profesionales liberales pudientes y empresarios todavía más ricos. La casa de Echevarría se encuentra en el centro de una preciosa urbanización conformada por majestuosas viviendas unifamiliares. Berta e Ibón se dirigen caminando hacia el coche, un viejo Citroën Xsara Picasso que desentona con la elegancia del lugar y que se encuentra aparcado a una decena de metros frente a la casa.

—No sé, jefa —contesta el detective—, tengo la sensación de que dice la verdad.

—Yo también —repone ella.

—Parece que realmente apreciaba a su padre, y el día de la desaparición de este afirma que se

encontraba en Madrid.

—Así es. Por cierto, encárgate de verificar su coartada —le pide Berta, que siente como si alguien la estuviera vigilando—. También habla con los compañeros de mus de Echevarría, a ver qué nos cuentan.

—Lo haré. Dicho esto, tengo la sensación de que tú no lo tienes tan claro —dice Ibón.

—No sé, la historia del hijo al que no le diagnosticaron el cáncer me parece demasiado forzada —sugiere ella.

—Sin embargo, de ser verdad, ese tal Fernando Martínez podría ser el asesino.

—Podría —afirma ella moviendo la cabeza.

—¿Qué propones que hagamos?

—Iremos a visitar a los guardias de seguridad de Diagnostic Machines. Tenemos que ver las grabaciones de las cámaras de vigilancia del día que desapareció Echevarría. Por otro lado, pídele a Chloe que esté preparada para acompañarnos. Quiero que se lleve a comisaría el ordenador de Echevarría y que lo analice a fondo para ver si encuentra algo.

Ibón asiente y Berta termina dándose la vuelta. De pie, situado frente a una de las ventanas del piso superior de la casa que acaban de visitar, se encuentra Carlos Echevarría, que los observa atentamente mientras se alejan.

Jueves, 11 de febrero
Heiko

disfruta de un succulento trozo de *sashimi* de atún toro. De fondo suenan los acordes inconfundibles de la música tradicional japonesa. Cenando frente a él, Jon Goytisolo. Cuarenta años, de pelo liso engominado, peinado con impecable raya al lado. Alto, delgado y seguro de sí mismo, luce un bigote fino al estilo años veinte. Heiko lo encuentra atractivo, aunque nunca ha intentado seducirlo porque intuye que no le gustan los hombres —además de que él no suele mezclar los negocios con el placer—. Y como su abogado y abogado de la fundación que preside su madre, Jon forma parte indiscutible de los negocios de Heiko. Quinientos euros la hora, cobra. Cuatro mil euros la jornada. *Y encima voy y le pago la cena*, piensa mientras el hombre le dice:

—O sea, que ese tipo dice que es Hamlet y que te va a llamar para darte pistas sobre el paradero de tu hermano.

—Así es —asiente Heiko—. Según me dijo, me dará el nombre de alguien que podría llevarme hasta Mikel.

Se acerca un camarero oriental con una selección de *nigiri*, *sushi*, una ración de maíz asado con mantequilla de *shiso* y una de pez limón con aguacate. El intenso olor a pescado crudo alcanza a Heiko, que aspira satisfecho. Con cuidado, el camarero lo coloca todo en el centro de la mesa y se marcha discretamente.

—Me parece muy extraño. Lo que no me encaja, además, es que ese tipo pudiera llamarte al Rockphone. ¡Dios, qué calor hace aquí! —exclama de repente, y se afloja el nudo de la corbata.

Es invierno y, como es habitual en el restaurante japonés en el que suelen cenar, la calefacción está demasiado alta. El abogado se arremanga la camisa y muestra un curioso tatuaje que le cruza el recio antebrazo, una enigmática frase escrita en letras góticas: «En esta vida o en la otra». El hecho de que llevara un tatuaje en una zona tan visible de su cuerpo fue una de las razones por las que Heiko lo contrató. Se conocieron un caluroso día de verano de hace cinco años, cuando él decidió buscar un abogado que lo ayudara a gestionar su creciente patrimonio. El negocio iba demasiado bien y ya no podía seguir gestionando el dinero como había hecho hasta entonces. Fue Celeste quien le proporcionó el contacto. Al parecer, había sido el abogado de un empresario para el que la mujer había trabajado durante varios años. Heiko y Jon se encontraron por primera vez en la terraza de un restaurante de moda en el centro de Madrid. Cuando el hombre se quitó la chaqueta y Heiko vio el tatuaje, tuvo la certeza de que se iban a entender. Un abogado de clientes ricos con un tatuaje en el brazo es una *rara avis*. Lo mismo que alguien que se dedica a salvar almas descarriadas a cambio de dinero.

—Siempre me habías dicho que ese móvil era ilocalizable —añade después de arremangarse.

Como buen abogado, Jon conoce una gran parte de lo que Heiko hace, no todo, pero sí una gran parte.

—Y lo era.

—¿Hablaste con el equipo de exmilitares que te vendió el teléfono?

—Sí, y me dijeron que es imposible que nadie lo haya hackeado. Que seguramente alguien llamó a ese número por casualidad.

—¿Los crees?

—No, esa afirmación me parece una estupidez —sentencia Heiko—. En cualquier caso, han actualizado el *software* del teléfono para que no vuelva a suceder.

—Entonces, ¿crees que ese tipo que te llamó es el asesino de Fermín Echevarría?

—No lo sé, podría ser, aunque también podría ser que alguien esté jugando conmigo. Alguno de los camellos que he jodido a lo largo de todos estos años. Traficantes con suficiente dinero para contratar a los *hackers* adecuados.

—¿Vas a ir a la policía? —pregunta Jon—. Es posible que todo esto sea un juego, pero, si no lo es, ese tipo puede ser peligroso.

A Heiko no le gusta la policía. Y no es solo porque a lo que se dedica ahora es ilegal, sino porque cree que fracasaron estrepitosamente durante la búsqueda de su hermano. De hecho, el fracaso de la policía fue la razón principal de que Heiko empezara a buscar a su hermano por sí mismo. Cuando denunciaron su desaparición, los investigadores se empeñaron en hablar de una fuga voluntaria, a pesar de que ellos se hartaron de decir que un comportamiento así no era propio de Mikel. Cuando decidieron empezar a investigar, ya era demasiado tarde. Fueron incapaces de encontrar ninguna pista válida y terminaron pidiendo ayuda a una famosa asociación de búsqueda de desaparecidos. Desde ese momento, recibieron centenares de llamadas reportando pistas falsas, y cada una de ellas era como una pesada losa que hundía cada vez más a la familia.

—De momento, no creo que sea necesario —contesta él.

Jueves, 11 de febrero
Berta

cierra de golpe la puerta del Citroën y se dirige hacia la imponente entrada de la sede de Diagnostic Machines en el moderno parque tecnológico de Vizcaya. La acompañan Ibón y Chloe. La parte frontal del edificio de oficinas está recubierta por mosaicos de mármol de color gris oscuro. Las paredes laterales están formadas por piezas de cristal reflectante de diferentes tamaños que impiden ver el interior.

—Bonito edificio —opina Chloe.

Caminan todos juntos. Parecen los hermanos Dalton: Chloe, la pequeña, Ibón, el alto, y Berta, la mediana. Todos ellos portando el arma en la funda sobaquera. Cuando se acercan a la puerta corredera, esta se abre automáticamente y acceden al interior. Delante de ellos, un recepcionista de aspecto relajado situado detrás de un moderno mostrador y un guardia de seguridad que atiende un puesto de control.

—Buenos días —saluda Berta al recepcionista—, inspectora Berta Sanders, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Queremos hablar con el responsable de seguridad de la empresa —añade mostrando la placa.

—Buenos días. Sí, ya me avisaron en dirección de que vendrían hoy —contesta el hombre con un cierto aire preocupado.

La Central se ha puesto en contacto previamente con el hijo de Fermín Echevarría para cerrar la visita de Berta y su equipo a la sede de Diagnostic Machines. A pesar de que el hijo pensaba que esa visita no era necesaria y que lo que debían hacer era detener a Fernando Martínez sin más dilación, Berta había decidido venir para poder disponer de la información de las cámaras de vigilancia y el ordenador de Echevarría.

—Entonces, supongo que también le habrán dicho que nos llevaremos el ordenador del difunto señor Echevarría.

—Así es. Pueden recogerlo en personal.

—Ella se encargará del ordenador —dice Berta señalando con la cabeza a Chloe—. Él y yo, del responsable de seguridad —añade haciendo un gesto similar mirando a Ibón.

—Está bien —responde diligente el recepcionista.

Agarra el teléfono y hace una llamada. El grupo trata de hacer ver que no oye las palabras del chico. Sin embargo, parece que está hablando con alguien de personal para que venga a recoger a Chloe. El recepcionista termina y se levanta. Se dirige a paso rápido hacia el guardia de seguridad. El recepcionista habla con el guardia de seguridad. Este asiente y se acercan juntos hasta el grupo.

—Si les parece bien, Juan los acompañará hasta el centro de control. Allí podrán revisar las grabaciones.

—Perfecto —responde Ibón.

—Y si usted espera aquí —añade el recepcionista mirando a Chloe—, vendrá alguien de personal para acompañarla a recoger el ordenador del... —parece como si el hombre dudara sobre qué término emplear— difunto señor Echevarría —dice finalmente.

—Perfecto —repite Chloe.

—¿Vamos? —pregunta el guardia de seguridad mostrando una sonrisa afable.

Se encuentran los tres —el guardia de seguridad, Berta e Ibón— en una sala repleta de modernos monitores de televisión colgados de la pared. Frente a ellos, una mesa corrida con varios ordenadores que controlan toda la infraestructura. En las pantallas de la pared se ven imágenes en color de la entrada principal, la posterior y la escalera que une las diferentes plantas del edificio.

El guardia es un tipo llano que, nada más llegar a la sala, les ha comenzado a explicar su teoría sobre «lo que le debió suceder, casi seguro, al señor Echevarría». Según el tipo, el empresario había sufrido algún percance fruto de la edad y se había desmayado en el establo. Una vez en el suelo, los cerdos hicieron lo que suelen hacer con la comida: comérsela. Al parecer, era algo que ya había ocurrido con una granjera de la localidad rusa de Malopurginsky. Berta no hace ningún esfuerzo por hacerle ver al hombre la importancia de preguntarse qué podía hacer un empresario como Echevarría en una granja abandonada en la sierra dando de comer a unos cerdos por la noche.

—¿Podemos ver las imágenes del señor Echevarría del día que desapareció? —pregunta Ibón para tratar de detener las descabelladas cavilaciones del guardia de seguridad.

—¡Por supuesto! —replica este—. De hecho, lo tenía todo preparado porque ya me habían advertido que vendrían.

Berta no puede más que sonreír ante la actitud del hombre. Este se sienta frente a un ordenador delante de ellos. Ejecuta el programa informático de control, selecciona un archivo de vídeo con la fecha del día de la desaparición de Echevarría y lo abre. Luego arrastra el control de reproducción hasta una franja de tiempo específica y lo suelta. *Es cierto que lo tenía preparado*, piensa Berta. En una de las pantallas se ve a Fermín Echevarría cruzando el control de seguridad de la recepción. Va vestido con la ropa que indicó su hijo a la policía el día que denunció la desaparición del empresario: traje liso de color gris oscuro, camisa blanca clásica de algodón y corbata roja. En el vídeo, Echevarría saluda con una sonrisa al guardia de seguridad, luego parece bromear con el recepcionista y finalmente abandona aparentemente tranquilo el edificio. Son menos de sesenta segundos, pero trasladan claramente la sensación de que Echevarría no estaba inquieto ni temía por su vida. *Lo que sea que le sucedió es algo que él no se esperaba*, piensa Berta.

—Veo que estaba usted de servicio aquel día —dice Ibón.

—Así es —contesta el guardia.

—¿Vio usted algo anormal?

—No, no vi nada. El señor Echevarría solía entrar cada día a las ocho de la mañana y salir a las ocho de la tarde. La verdad es que era un hombre muy agradable que solía bromear siempre con los empleados.

Berta recuerda las palabras del hijo del empresario acerca de que su padre seguía «escrupulosamente una rutina». Ese día la cumplió, excepto por lo de ir a jugar al mus con los amigos. Ibón los había entrevistado y todos coincidían en lo mismo: ese día no hubo partida con él porque ese día Echevarría no se presentó.

—¿Vio alguna cosa antes del día de la desaparición que le resultara extraña? —inquire Berta.

De repente, el vigilante se pone tenso. Pasan unos segundos hasta que se levanta y se da la vuelta. Ha dejado de sonreír y se frota las manos, mirándolos aparentemente nervioso. La inspectora se da cuenta de que parece que el hombre sabe algo, pero no está seguro de querer contarlo.

—Verá —dice Ibón, que también parece haberse percatado de la extraña reacción del hombre —, creo que sus dotes analíticas son extraordinarias. No tenga miedo de contarnos cualquiera de sus teorías. De la misma forma que tendremos en cuenta el posible desmayo de la víctima en el establo, investigaremos cualquier cosa que nos diga.

El guardia de seguridad sigue frotándose las manos hasta que, finalmente, se decide a hablar:

—¡Qué diablos! Sí que hay algo que quería contarles. Aunque no estoy seguro de que sea políticamente correcto.

—Adelante, no se preocupe —lo invita Berta a hablar.

—Algunos días, una mujer venía a buscar al señor Echevarría a la salida del trabajo. Era una chica joven, de unos veinte años y de muy buen ver. Ya saben —dice haciendo un gesto con las manos delante de los pechos.

—Está claro —contesta Ibón—. ¿Sabe quién era esa mujer?

—No, pero me dio la sensación de que —baja la voz— eran algo más que amigos.

Esto se pone interesante. Empresario rico, mayor, casado, pero enredado con una jovencita tetuda que no tiene reparos en venirlo a buscar al trabajo. Como se enteren los medios, la familia Echevarría se va a convertir en carne para la picadora. Quizás esa es la razón de que el hijo haya puesto un sospechoso sobre la mesa con tanta rapidez, reflexiona la inspectora antes de preguntar:

—¿Tiene alguna imagen de esa mujer?

—No, y eso es lo más curioso —repite el guardia—. Las cámaras tienen un punto ciego en la parte exterior del edificio, y el señor Echevarría lo sabía. Y allí es donde lo esperaba esa mujer. Esa es la razón de que piense que el señor Echevarría y ella tenían algo que ocultar.

Mierda, piensa Berta. Tenemos una sospechosa de la que solo sabemos que tiene las tetas grandes y que es joven y bonita. Eso nos deja una lista de solo varios miles de mujeres.

Viernes, 12 de febrero
Berta

golpea la vieja puerta desconchada con los nudillos. Un halcón peregrino sobrevuela la anticuada casa de piedra, que tiene un aspecto deprimente, como si allí viviera un enfermo del síndrome de Diógenes. Huele fatal, con la basura amontonándose a la entrada del jardín, una parcela de tierra descuidada y repleta de malas hierbas. Un fiero *american pit bull terrier* se agita y ladra a unos metros de ellos, atado a una gruesa cadena de acero oxidado. Berta e Ibón se mantienen alejados del peligroso animal, aunque tratando de no perderlo de vista.

Como han pasado unos segundos y nadie contesta, la inspectora vuelve a aporrear la madera.

—A lo mejor no está —sugiere Ibón.

—No lo creo —replica ella.

Sin dinero. Sin trabajo. Sin ocupación conocida más allá de llorar la muerte de un hijo. Eso y amenazar al desafortunado patriarca de la familia Echevarría. Berta ha estado investigando al sospechoso y cree conocerlo todo sobre él, aunque cabe decir que el hombre no existe en la red, parece que eliminó todos sus datos a conciencia tras la muerte de su hijo.

—Por lo que sabemos de ese tipo, no tiene ningún lugar adonde ir —añade mirando a través de la sucia ventana de cristal que se encuentra junto a la puerta.

De repente, se enciende la luz mortecina de un fluorescente y se oyen los pasos de alguien acercándose despaciosamente hasta ellos. Instintivamente, la inspectora coloca la mano debajo de la chaqueta y la apoya sobre la culata de la pistola. Ibón hace lo propio. El perro sigue ladrando, escupiendo restos de saliva.

—¡León, cállate de una vez! —ordena una voz de hombre al tiempo que entreabre la puerta —. ¿Quién es? —pregunta a continuación.

Berta observa a través de la rendija de la puerta cómo el tipo agarra con la mano un cuchillo de cocina de gran tamaño. Ella mantiene la mano sobre la culata del arma, aunque decide no extraerla de la funda para no empeorar las cosas.

—Buenos días, señor Martínez. Soy la inspectora Berta Sanders, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Este es mi compañero, el detective Ibón Aramburu.

—¿Qué quieren? —inquire el hombre en tono agresivo.

El perro ha obedecido las órdenes de su amo y ha dejado de ladrar, aunque los mira fijamente y mantiene la cola tesa como el palo de una escoba.

—Solo queremos hacerle algunas preguntas —responde esta vez Ibón sin dejar de mirar el cuchillo—. ¿Podemos pasar, por favor?

El hombre parece valorar las opciones que tiene, porque tarda un buen rato en contestar. Finalmente, abre la puerta, se da la vuelta y se dirige hacia lo que parece ser el salón. Berta suelta el arma y, junto a Ibón, sigue al hombre. El interior de la casa es todavía peor que el exterior. Abundantes restos de comida descompuesta, ropa sucia y cacharros de todo tipo se encuentran tirados sobre el suelo. El olor a podrido es insoportable y Berta se esfuerza por no vomitar. Salvo por la luz del fluorescente, está todo prácticamente a oscuras. Una vez que arriban al salón, el hombre deposita con cuidado el cuchillo sobre el tablero de una mesa desvencijada de comedor, junto a un antiguo ordenador de sobremesa. Luego se vuelve a girar y se los queda mirando con los brazos cruzados. Tipo achaparrado. Cincuenta y cuatro años según los datos que obran en la comisaría. Pelo escaso y gruesa papada adornando su rostro. Barba de varios días. Viste pantalón

gris arrugado y una camisa blanca repleta de manchas. Al parecer, hasta la muerte de su hijo, Fernando Martínez había sido un ejecutivo de éxito en una multinacional tecnológica. Sin embargo, después de que el cáncer hiciera su trabajo, el hombre perdió la cabeza. Vendió su vivienda en el centro de Bilbao y se mudó al lugar en que se encuentran ahora, un pueblo abandonado en la frontera con Castilla y León, cerca del valle de Mena, un sitio del que prácticamente nadie recuerda su nombre, en el que vive solo y en el que el vecino más cercano está a varios kilómetros de distancia.

—Díganme —espeta el hombre en tono seco.

—Señor Martínez, ¿nos puede decir dónde estaba la tarde del pasado jueves? —pregunta Ibón.

El detective va directamente al grano, seguramente porque es incapaz de aguantar por más tiempo el olor tan nauseabundo que inunda la casa.

—¿Por qué? —repone Martínez—. ¿Por qué debería decirles nada?

—Verá, estamos investigando la muerte de Fermín Echevarría —le explica Ibón—. Su hijo nos ha contado que, al parecer, usted hace tiempo que acosaba a la familia.

—Es cierto. Los he estado acosando porque son unos malnacidos —se sincera Martínez.

Berta alza las cejas en un claro gesto interrogativo.

—Fabrican aparatos de diagnóstico médico que matan —añade el hombre.

—¿A qué se refiere? —pregunta ella, que, aunque lo sabe, quiere conocer también la versión de Martínez sobre lo que le sucedió a su hijo.

—A que una de sus malditas máquinas diagnosticó que mi hijo Javier no tenía cáncer cuando la metástasis ya había afectado a más de la mitad de su cuerpo.

—Le entiendo perfectamente, y debo decirle que siento mucho la pérdida de su hijo —afirma Berta con sinceridad—. Verá, sé que no hay forma de paliar el dolor que debe sentir, pero creo que amenazar de muerte a una familia no es la mejor manera de pasar página.

—Los únicos que han matado a alguien en esta historia son los Echevarría —sentencia el hombre, que sigue de pie frente a ellos—. Su irresponsabilidad mató a mi hijo y a mi esposa.

Berta también conoce ese último dato. Dos semanas después de la muerte de Javier Martínez, incapaz de superar esa pérdida, su madre se arrojó a la vía del tren. La locomotora partió el cuerpo de la mujer en dos mitades y envió una de ellas a varias decenas de metros de distancia.

—Yo no he matado a Fermín Echevarría, aunque, a decir verdad, me alegro de que alguien lo haya hecho —se sincera el hombre—. Ya ven, como mucho, soy culpable de desear la muerte de ese hombre, no de matarlo —dice Martínez, que muestra una sonrisa inquietante en el rostro gordezuelo.

Alegrarse por la muerte de alguien no es delito. De hecho, regocijarse por el mal ajeno es deporte nacional. De momento, no tenemos nada, piensa Berta. No obstante, todo en este hombre le hace parecer sospechoso. Observa el suelo de parqué desgastado, cubierto de porquería. De repente, hay algo que llama su atención: varios trozos de cuerda descansan sobre el sucio suelo en un extremo del salón, como si alguien hubiera estado practicando para aprender a hacer nudos.

—Está bien, está bien —repone Berta—. En cualquier caso, solo necesitamos que nos explique dónde estaba la tarde del pasado jueves y nos iremos.

El hombre se queda un rato en silencio, mirándolos fijamente. Berta siente cómo un escalofrío recorre su espalda, como si todo el dolor de Martínez estuviera concentrado en esa inquietante mirada.

—Estuve toda la tarde aquí —contesta finalmente él.

Berta recuerda el extraño ritual al que fue sometido Echevarría. No le parece que Martínez pueda ser un asesino tan sofisticado. Sin embargo, vuelve a mirar los restos de cuerda. Además, está el ordenador y que él trabajara en una empresa tecnológica. *Desde ese PC pudo cargar el vídeo del asesinato en YouTube*, piensa mirando el viejo ordenador sobre la mesa. El vídeo donde se aprecia que la víctima conocía a su asesino, como Echevarría conocía a este hombre.

Mira a Ibón y luego vuelve a mirar las cuerdas. El detective comprende enseguida lo que ella está tratando de decirle.

—¿Tiene algún testigo que pueda corroborar sus palabras? —pregunta Ibón.

—Sí —responde Martínez con aplomo.

—¿Quién? —inquire Berta.

—Dios —sentencia él mostrando una inquietante sonrisa.

Viernes, 12 de febrero
Alicia

Ortega camina por la calle Loiola de San Sebastián. La misma ruta de cada día a las nueve treinta de la mañana, y con el mismo acompañante: Vivaldi, un pequeño pomerania de pelo blanco y ojos saltones que vive con la distinguida mujer desde hace ya seis años. El animal, que no va atado a una correa, tiene andares tan solemnes como los de ella. De vez en cuando, ladra a algún transeúnte despistado, como si quisiera demostrar que es él quien manda, aunque hoy se va a demostrar que eso no es así.

El perro y su dueña se dirigen parsimoniosamente hacia la avenida de la Libertad. Caminan por aceras espaciosas, rodeados por modernos edificios, viviendas regias y tiendas exclusivas que componen la milla de oro de San Sebastián. Mientras tanto, el extraño los observa atentamente. Lo hace ocultándose tras los frondosos ficus situados frente a la majestuosa torre en forma de aguja que corona la catedral del Buen Pastor. Tan pronto como Alicia cruza la calle Arrasate, el extraño hace un gesto con la cabeza a otra persona que se encuentra dentro de un coche, un Volkswagen ID.3 de color gris metalizado aparcado en una zona de carga y descarga de la plaza del Buen Pastor. Sea lo que sea lo que le ha dicho el extraño, la otra persona parece haberlo entendido. ¿Por qué? Porque asiente, enciende el vehículo y se aleja por la calle Buenos Aires.

Al cabo de unos segundos, el extraño comienza a andar detrás de Alicia y Vivaldi. Mientras lo hace, no puede dejar de pensar en la mujer. El sonido aflautado de su voz susurrándole al oído en tono tranquilizador. El aroma de su perfume envolviéndolo como los brazos afectuosos de una madre. La suavidad de sus manos delicadas acariciándole cariñosamente las mejillas. Tan indigna como Ate, la diosa del engaño que fue desterrada del Olimpo por orden de Zeus.

La mujer va vestida con un traje de chaqueta en *tweed*, camisa color beis y un discreto rosario de cinco décadas adornando su cuello. Es mayor, pero bajo las arrugas que cubren su rostro todavía se aprecian los hermosos rasgos de una bella mujer. El paso del tiempo todavía no ha podido arrebatárselos. Él sí lo hará.

De repente, Alicia Ortega se detiene junto al escaparate de una joyería. El perro no se da cuenta y sigue andando. Ella parece dudar sobre si entrar o no en el establecimiento. Finalmente, decide no hacerlo y llama al perro. Este se detiene. La mujer saca una golosina del bolso y se la ofrece. El animal, sin dudarle un instante, se acerca corriendo hasta ella y devora al alimento sin dejar de mover la cola. *Buen perro*, piensa el extraño.

Pasados unos minutos, Alicia prosigue decidida su camino. A unos metros de ella, el extraño la sigue sin perderla de vista. No intenta ocultar su apariencia. No en vano, aunque hay cámaras de seguridad en algunos lugares de la calle, las ha inhabilitado previamente utilizando un sistema portátil de inhibición instalado en el teléfono móvil. Hay poca gente en la calle: un hombre grueso y calvo que pasea apoyándose en un ajado bastón de madera; una chica joven que camina felizmente agarrada de la mano de otra mujer. *El destino mezcla las cartas, y nosotros las jugamos*, piensa el extraño sin dejar de seguir a Alicia.

Ella llega hasta la esquina de la calle San Marcial y gira a la izquierda. El extraño aprieta el paso para que la mujer no se aleje demasiado. Se sitúa a menos de dos metros de ella. Necesita estar cerca para hacer lo que quiere hacer. Coloca la mano en el bolsillo del interior de la chaqueta para asegurarse de que la jeringuilla se encuentra allí. Con la otra víctima, todo fue

mucho más fácil. El empresario tenía varias capas, como si fuera una *matrioshka* rusa. La exterior era la de un hombre felizmente casado y comprometido con la Iglesia católica. Sin embargo, a medida que te asomabas al interior del personaje, vislumbrabas una realidad completamente diferente. Era la realidad de alguien a quien le gustaba ocultar su verdadera personalidad entre las sombras de exclusivos cuartos oscuros, lugares donde los ricos compartían sus cuerpos con jovencitos que malvendían su cuerpo por dinero. De hecho, fue fácil encontrarlo en uno de esos lugares, rodeado de otros cuerpos desnudos, acompañado por el olor empalagoso a cuero, sudor y sexo. Allí lo drogó para llevárselo a la granja. Unas gotas de escopolamina en la bebida y listo. Nadie se preocupa por nadie en un cuarto oscuro, lo único importante es satisfacer los deseos más inconfesables.

Sin embargo, Alicia es una persona completamente diferente del empresario, una mujer desconfiada, sin familia ni amigos. Por esta razón, el extraño se ha visto obligado a poner en marcha un plan más arriesgado para poder secuestrarla.

Observa el Volkswagen ID.3 detenido en la calle San Marcial esquina con la calle Urbietta. Tiene los cristales tintados, el motor apagado y las luces de emergencia encendidas. También una falsa tarjeta de discapacitado colocada sobre la parte frontal del salpicadero, visible a través del parabrisas del coche. Nada hará sospechar a nadie lo que está a punto de ocurrir. Ni siquiera a Alicia Ortega, por muy desconfiada que esta sea.

La mujer se dirige inevitablemente hacia el coche, con Vivaldi caminando a su lado. De repente, el conductor del vehículo se gira y abre la puerta trasera. Pasan unos segundos hasta que Vivaldi echa a correr hacia allí. El olor a comida es irresistible. Alicia se ve obligada a ir detrás de su perro, que ya ha entrado en el coche. Sin embargo, cuando llega hasta la puerta se detiene, como si sospechara algo. Es entonces cuando el extraño se sitúa detrás de ella y le clava la jeringuilla en el hombro mientras aprieta el émbolo. Alicia da un grito asustada, pero la escopolamina tarda apenas unos segundos en surtir efecto. Cuando la mujer está a punto de caer desmayada al suelo, el extraño la agarra por debajo de los brazos y la coloca rápidamente sobre el asiento posterior del coche. A continuación, cierra la puerta. El perro sigue entretenido comiendo las mismas golosinas que le ofrece habitualmente su dueña. Hay decenas de ellas desperdigadas sobre el suelo de la parte posterior del coche.

El extraño observa inquieto a su alrededor. Nadie parece haberse dado cuenta de lo que ha sucedido. Los pocos transeúntes que hay caminan distraídos, mirando al vacío o a la pantalla del teléfono móvil. Rápidamente, da la vuelta al coche y abre la puerta del copiloto. Entonces se da cuenta de que un hombre de unos cincuenta años, situado a unos diez metros del vehículo, lo está mirando. *Maldita sea*, piensa el extraño antes de abrir la puerta. Dispuesto a todo, se acerca rápidamente hasta el hombre. Sin embargo, cuando se encuentra cerca de él, se da cuenta de algo y se detiene. Luego se da la vuelta, se dirige hacia el vehículo y accede a su interior:

—¿Qué haces? —pregunta el acompañante—. Nos puede haber visto.

—No te preocupes —responde el extraño—. Arranca, el acuario nos espera.

Viernes, 12 de febrero
Berta

se sitúa detrás de Chloe, que se encuentra sentada frente al moderno ordenador de Fermín Echevarría. Están en la sala principal de trabajo del Grupo de Delitos Telemáticos, con quienes la coreana suele colaborar, un lugar de la comisaría que está poblado de ordenadores, teléfonos móviles y todo tipo de dispositivos electrónicos que constituyen pruebas de los diferentes delitos que están siendo investigados.

—¿Qué estás haciendo ahora? —le pregunta la inspectora.

Llevan más de una hora intentando encontrar cualquier pista que pueda conducirlos hasta la mujer de la que les habló el guardia de seguridad en la sede de Diagnostic Machines. De momento, no han encontrado nada. Sin embargo, parece que la coreana no ha tirado la toalla, porque está escribiendo a velocidad de vértigo sobre el teclado blanco de letras negras.

—Estoy viendo una cosa —responde ella sin dejar de teclear.

Berta conoce a la detective y sabe que es mejor no molestarla cuando está concentrada. Los ojos de la mujer, normalmente dulces y serenos, brillan por efecto de la excitación. *Sea lo que sea lo que está buscando, parece que es algo importante*, piensa la inspectora.

—Es extraño... —insinúa Chloe pasados unos segundos.

En el exterior está lloviendo a mares. De fondo se oye el tema *Be your side*, de la cantante Sade. La música combina extraordinariamente bien con el ruido de las gotas de agua repiqueteando contra el suelo de la calle. Parece como si la lluvia hubiera formado siempre parte de la canción, un complemento a la relajante combinación de guitarra y batería.

—¿El qué? —pregunta Berta.

—Echevarría tenía instalado un buscador que bloquea los rastreadores.

—¿Qué quieres decir? —inquieta la inspectora, que no ha comprendido demasiado bien lo que trata de explicarle la detective.

—Que no tiene instalado un navegador de internet como tenemos los demás. Tiene uno especial que cuenta con un motor de búsqueda que no se puede rastrear.

—Pues no me parece que Echevarría fuera un experto en informática.

—Es posible, jefa. Aunque, ya sabes, la necesidad agudiza el ingenio.

—¿A qué te refieres?

—A que, si quería ocultar sus búsquedas en internet, es probable que encontrara la forma de hacerlo.

La detective selecciona la opción *Historial* en el navegador y la pulsa. Donde debería aparecer una lista con todos los sitios web que había visitado Echevarría en las últimas semanas, aparece únicamente una lista vacía.

—¿Lo ves? —le pregunta Chloe a la inspectora.

—¿Se puede recuperar la información?

—Claro que sí —contesta Chloe—. Este navegador es seguro, pero no tanto como Tor.

Berta no contesta. Lo único que sabe de Tor es que era un superhéroe que se lo pasaba bomba jugando con un supuesto martillo mágico. El sonido de la canción de Sade se ha ido difuminando hasta enlazar con un nuevo tema de la famosa cantante: *No ordinary love*. Algo así debería ser lo que se llevaban entre manos esa misteriosa mujer y Echevarría. Porque, ¿acaso era el empresario un hombre felizmente casado? Posiblemente lo fue, en el pasado. Pero, con apenas cincuenta

años, Antonia se había alejado de su esposo y había caído en brazos de la demencia de Lewy y, por lo tanto, no es descabellado pensar que él pudiera haberse buscado una amante, una mujer joven que le pudiera dar todo lo que Antonia ya no podía. Injusto y cruel, pero así es la vida. Sin embargo, la verdadera cuestión ahora no es si ese comportamiento es o no justo. *En realidad, la verdadera cuestión es saber si esa amante ha tenido algo que ver con la muerte del empresario*, se dice la inspectora.

—Al fin y al cabo, el historial es un archivo del sistema operativo —añade Chloe.

La detective teclea un comando en el ordenador y aparece una ventana de fondo negro y letras blancas. Coloca el ratón en el interior de esta y escribe una combinación de palabras en inglés. Cuando termina, levanta la mano derecha exageradamente y la deja caer para pulsar con el dedo índice sobre la tecla *Enter*.

—Aficionadillos... —sentencia luego en tono sarcástico.

De repente, aparece en pantalla una línea tras otra con información sobre los dominios de internet visitados por Echevarría en ese ordenador.

—¿Podemos verlos uno a uno? —pregunta Berta.

—Sí, déjame exportarlo a un fichero y lo vemos todo en un editor de texto.

Chloe vuelve a teclear con rapidez y, como si se tratara de magia, aparece en pantalla la información que le ha pedido Berta. Ella empieza a leer el nombre de los dominios de internet y pregunta:

—¿Qué es eso de «imap.gmail.com»?

—Es el nombre del dominio de correo electrónico. Parece que Echevarría se conectaba mayoritariamente al correo —responde Chloe.

—Entiendo.

—No obstante, espera —le pide la detective—. Todavía hay más registros —añade luego mientras desplaza con el ratón la información contenida en la ventana.

Decenas de dominios de internet aparecen uno tras otro, aunque la mayoría están repetidos. Alternan entre correo electrónico, noticias y prensa económica. Entonces Berta ve algo que llama poderosamente su atención.

—¡Para! —ordena.

Chloe deja de mover el ratón. Se hace el silencio durante unos segundos hasta que la inspectora pregunta en voz alta:

—¿Sugardaddie? ¿Qué demonios es eso?

Sábado, 13 de febrero

Berta

se encuentra de pie frente a Gonzalo, a solas en el despacho de este. Se trata de una sala espaciosa, pero con una decoración algo anticuada, muy del estilo del inspector jefe, al que le gusta vestir pantalones de pinzas clásicos de color gris, jerséis con cuello de pico e impoluta camisa blanca. Sobre la mesa del despacho, una fotografía de Amparo, la afable esposa de Gonzalo, acompañada por sus dos hijos: Mateo, un ingeniero de telecomunicación, y Juan Pedro, un abogado experto en relaciones internacionales. Berta ha comido en más de una ocasión con toda la familia en la casa que el inspector jefe heredó de sus padres en un pueblo tranquilo en los alrededores de Madrid. Sin embargo, esta vez el ambiente en el interior de la sala es tenso. Gonzalo quiere detener a Martínez como sospechoso del asesinato de Echevarría. Para eso la ha hecho venir al despacho. Quiere hacerlo ya, aun a riesgo de equivocarse. Que la familia sea una de las más pudientes del panorama nacional y el hijo de la víctima sea amigo personal del comisario general es motivo más que suficiente para acelerar la detención. *Todo el mundo aprieta y hay que repartir carnaza*, piensa Berta. No obstante, a pesar de todo, el inspector jefe la conoce bien y sabe que, si ella tiene dudas, es conveniente escucharla.

—Está claro que es un sospechoso, pero no tengo tan claro que Martínez asesinara a Echevarría —está diciendo la inspectora.

—En mi opinión, tiene motivos para haberlo hecho —afirma el inspector jefe—. De hecho, esos mismos motivos le han hecho acosar a la víctima estos últimos meses. Además, está la cuerda —añade Gonzalo—, los restos de cuerda que viste en la casa. Podría tratarse perfectamente de la que usaron para atar a Echevarría.

—Podría —contesta Berta—, pero ya sabes que no hemos encontrado ni rastro de la cuerda. El asesino no dejó ninguna prueba en la escena del crimen.

—En cualquier caso, son demasiadas coincidencias.

Llevo demasiado tiempo cazando criminales como para creer en las coincidencias, piensa Berta antes de decir:

—Aun así, creo que no debemos precipitarnos. Podríamos mantenerlo bajo vigilancia unos días hasta ver qué encontramos.

Gonzalo se revuelve en la silla del despacho en la que se encuentra sentado. Ella continúa de pie. Pasan unos segundos hasta que el inspector jefe le pregunta en tono sincero:

—¿Por qué crees que Martínez no es el asesino?

—Porque me parece un tipo demasiado simple.

—¿Qué quieres decir?

—Toda la parafernalia que desplegó el asesino de Echevarría no encaja con el comportamiento de un sospechoso como Martínez, alguien que no tiene problemas en reconocer delante de la policía que se alegra de la muerte de su posible víctima. Creo que, si él hubiera matado a Echevarría, lo habría hecho con sus propias manos. No habría montado todo este circo.

—Quizás hacer todo ese ritual le hizo recordar a su hijo cuando era pequeño —insinúa el inspector jefe—. No sé, por lo que me explicaste que hizo durante vuestra visita, hablando de Dios y todo eso, me parece que ese hombre está como una chota.

—Joder, Gonzalo. Martínez perdió a su hijo de veinte años. Yo no sé quién tuvo la culpa, pero creo que eso puede destrozar a cualquiera. Claramente tiene problemas, pero de ahí a que

sea un asesino... —sentencia ella.

—Berta, no podemos quedarnos quietos —afirma el inspector jefe con condescendencia—. El comisario quiere que nos movamos, y tenemos que hacerlo.

La inspectora se queda en silencio. Duda si decir o no aquello en lo que lleva rato pensando. Finalmente, se decide a hacerlo:

—Hay otra línea de investigación posible —dice.

—¿De qué demonios me estás hablando? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque todavía no estoy segura de que sea una alternativa real.

Gonzalo hace un gesto con la cabeza a la inspectora para que esta continúe. Berta le habla sobre Sugardaddie, un lugar donde hombres mayores con dinero apadrinan a mujeres jóvenes a cambio de favores sexuales, una web a la que Echevarría se conectaba asiduamente. También le explica el último descubrimiento de Chloe: Echevarría apadrinaba a una chica joven en esa web, una estudiante universitaria llamada Bárbara cuyo aspecto coincide con la descripción que les hizo el guardia de seguridad de la mujer que visitaba a Echevarría. Por lo tanto, afirma Berta, Echevarría podría tener una joven amante a la que conoció en Sugardaddie y con la que, posiblemente, se veía con cierta asiduidad.

—¿Habéis hablado con esa chica? ¿Tiene coartada? —inquire el inspector jefe.

—Sí, Ibón la ha localizado y ha hablado con ella. Estudia Enfermería en la Universidad de San Sebastián. Afirma que la tarde que desapareció Echevarría estaba asistiendo a una clase. Lo hemos comprobado y su profesor confirma esa hipótesis.

—Entonces, me temo que lo que tenemos no es una línea de investigación alternativa, lo que tenemos es únicamente un problema de narices —afirma el inspector jefe.

—¿Pero qué coño dices, Gonzalo? El hecho de que Echevarría no fuera lo que aparentaba debería ser un hecho a investigar.

—No estoy tan seguro —afirma el inspector jefe—. De lo que sí estoy seguro es de que, si los medios se enteran de que Echevarría le era infiel a su esposa con una jovencita, van a destrozarse esa pobre familia. Joder, Berta, ¿se supone que el hombre era un tipo recto!

La inspectora alza los hombros y hace un gesto como queriendo indicar que ella no tiene la culpa.

—Está bien. Entonces, ¿qué se supone que debemos hacer? —pregunta ella finalmente.

Gonzalo se queda un rato pensativo hasta que dice:

—Para mí la existencia de esa estudiante universitaria no cambia nada. El principal sospechoso que tenemos ahora es Martínez. Tiene el móvil necesario para haber cometido el delito y no tiene coartada, más allá de ese rollo de que Dios estuvo con él la tarde de la desaparición de Echevarría. Por lo tanto, prepara a tu equipo para hacer la detención. Mientras tanto, yo te conseguiré la orden de arresto.

Nos van a crujir, piensa Berta. Si la cagamos, nos van a crujir.

Sábado, 13 de febrero
Alicia

Ortega tiene mucho frío. Tarda un rato en darse cuenta de que se debe a que la parte inferior de su cuerpo está sumergida dentro del agua. En el interior de un tanque de agua que conecta con otro que parece mucho más grande, en realidad. También está desorientada y apenas logra mantenerse despierta.

Al cabo de un rato, la mujer abre los ojos y observa a su alrededor. Sigue notando el cerebro como los días en que toma una dosis adicional de benzodiazepinas. Apenas es capaz de darse cuenta de lo que está sucediendo. Le han colocado un chaleco salvavidas de color naranja y, por efecto de este, mantiene los brazos en cruz. La parte inferior de su cuerpo, desde las axilas hasta la punta de los pies, se encuentra en el interior del agua. Para más inri, está vestida, y la ropa mojada la hace sentir especialmente incómoda.

Trata de mover las piernas para asegurarse de que se encuentra bien. Hace lo propio con las manos, las abre y las cierra varias veces. Tiene la piel de los dedos arrugada como una manzana vieja. *No parece que esté herida*, piensa aliviada. En realidad, no siente ningún tipo de dolor, más allá del que le pueda provocar el frío si no sale inmediatamente del agua.

¿Dónde estoy?, se pregunta. Entonces los ve, decenas de peces pequeños envuelven sus piernas. Se da cuenta de que hay un agujero que conecta el tanque de agua en el que ella se encuentra con una gigantesca pecera. *Estoy en un acuario*, se dice. Lo sabe porque lo vio una vez en un documental de National Geographic. En él, una corvina que había sido capturada en alta mar era liberada en un tanque de agua como en el que ella se encuentra para que pasara la cuarentena. Una vez superado ese periodo de tiempo, el animal estaba listo para acceder a la pecera de más de un millón de litros de agua que constituía realmente el acuario.

Alicia se percata de que alguien ha abierto la compuerta que conecta el pequeño tanque de agua con la pecera. Al otro lado de esta, se adivina un pez de gran tamaño que se mueve lentamente, en círculos, como si estuviera analizándola. Tiene la piel grisácea e inquietantes rayas negras que le cubren los costados. Al cabo de unos segundos, Alicia vuelve a perder el conocimiento.

La despierta el ruido de alguien acercándose. El hombre —por la forma de moverse, Alicia cree que se trata de un hombre— camina lentamente hacia donde se encuentra ella. Lo acompaña un animal pequeño de pelo blanco que camina junto a él y al que lleva atado con una correa. Ella reconoce a Vivaldi, su perro de raza pomerania. También cree reconocer al hombre, pero su mente está tan confusa que no puede asegurarlo.

—¿Qué tal, Alicia? ¿Cómo estás? —le pregunta este mostrando una escalofriante sonrisa en el rostro tras detenerse frente al tanque de agua.

Ella lo observa, pero le cuesta enfocar. Sus ojos apenas son capaces de apreciar un rostro desfigurado y borroso. Al ver a su dueña, Vivaldi ladra y agita la cola ajeno a todo lo que está sucediendo.

—¿Quién eres? Sácame de aquí o llamaré a la policía —se queja la mujer, que trata, sin éxito, de recuperar la conciencia.

—Querida, no creo que estés en condiciones de amenazarme —responde el hombre.

—Te ordeno que me saques de aquí —susurra ella arrastrando las palabras.

—Alicia, Alicia... Ahora entiendo por qué no te has casado ni tienes hijos. Tienes demasiado

carácter. ¿Sabes?, ni voy a liberarte a ti, ni voy a liberar a tu perro. De hecho, Vivaldi es un actor clave en la función que está a punto de empezar.

El tono que utiliza el hombre eriza el vello de la nuca de Alicia. Le hace sentir tanto miedo que le entran ganas de vomitar. Además, está la cámara, que lo está grabando todo. *Esto es una completa locura*, piensa la mujer mientras el extraño saca algo del bolsillo de la chaqueta. Se trata de una bonita pluma estilográfica de color negro brillante con franjas plateadas.

—¿Qué es eso? —pregunta ella, incapaz de comprender lo que está pasando.

El hombre responde a Alicia quitándole el capuchón a la pluma. En lugar de aparecer el cuerpo de la estilográfica, lo hace el filo de una navaja afilada.

—Por favor, no le hagas daño —suplica Alicia—. Por favor...

El extraño no le hace caso. Agarra al perro del pescuezo y lo alza hasta colocarlo a la altura de sus hombros. Este se mantiene completamente quieto, con la mirada baja, sin apenas respirar. Ahora sí parece plenamente consciente del peligro. El hombre acerca inmutable la navaja hasta la garganta del animal y le da un tajo profundo. Vivaldi agita violentamente los ojos, y la sangre empieza a brotar con fuerza manchando de rojo su impecable pelaje.

—Eres un asesino —dice la mujer antes de ponerse a llorar—. Un asesino —repite mientras las lágrimas se deslizan por sus mejillas.

El hombre no se inmuta y coloca al perro agonizante sobre el tanque de agua, que se tiñe inexorablemente de rojo. Alicia tiene tanto frío que apenas siente las extremidades.

—Dios mío, ayúdame —implora la mujer en susurros.

—No creo que tu Dios pueda ayudarte ahora —le espeta él.

Alicia mira al otro lado y se encuentra nuevamente con el pez de gran tamaño que sigue dando vueltas sigilosamente en el interior de la pecera. Debe medir unos tres metros, tiene unos turbadores ojos negros, el morro chato y la cabeza como si se la hubieran aplastado. Entonces la mujer se da cuenta de que lo que se había estado temiendo podría ser cierto. *No quiero morir así*, piensa desesperada.

Cuando se oyen los últimos estertores de Vivaldi, el hombre lo deja caer sobre el agua. El perro todavía es capaz de chapotear desesperado mientras se ahoga. Alicia trata de acercarse hasta él para salvarlo, pero le resulta imposible moverse. La sangre de Vivaldi llega hasta las aberturas nasales del enorme pez que se encuentran situadas a cada lado de su escalofriante hocico. Y, una vez allí, alcanza las células sensoriales que le indican que cerca de él hay restos de sangre. De inmediato, la imponente aleta dorsal del animal se dirige decidida hacia Alicia. Los peces más pequeños desaparecen, ocultándose del indudable peligro. Ella todavía tiene tiempo de ver los inquietantes dientes afilados y puntiagudos del espantoso tiburón tigre arrancándole las piernas.

Sábado, 13 de febrero

Berta

baja del coche junto a Ibón, y ambos se acercan hasta la puerta desconchada de la casa. Hace un frío atroz y el cielo está completamente encapotado. En contra de la opinión de Gonzalo, la inspectora ha optado por poner en marcha un operativo sencillo. No está dispuesta a movilizar demasiados recursos sin tener claro si Martínez es o no el asesino. Aun así, al final ha tenido que aceptar que los acompañarán dos miembros de la Ertzaintza propuestos por Gonzalo. Según él, los jefes reclaman mayor colaboración entre el Cuerpo Nacional de Policía y los cuerpos autonómicos. Berta mira a uno de los agentes de la Ertzaintza, un tipo bajito y grueso como Oliver Hardy con la cara llena de marcas resultado del acné juvenil. *Maldita política, espero que esta vez no se acojone y se carguen las pruebas como hicieron con los cerdos*, piensa molesta.

—Esperad —ordena el *ertzaina*—. Si os parece, ya practicamos nosotros la detención.

Berta se detiene inmediatamente y se da la vuelta. A su lado, Ibón hace lo propio tratando de disimular una sonrisa. No en vano, conoce lo suficiente a la inspectora e intuye cuál va a ser su respuesta.

—¿Perdona? —repite esta, alzando las cejas exageradamente.

—Que ya detenemos nosotros al sospechoso —repone el agente de la Ertzaintza en un tono condescendiente—. Se supone que para eso nos ha mandado venir vuestro inspector jefe, ¿no? Porque vosotros, los es-pa-ño-li-tos, no tenéis experiencia en este tipo de operativos.

El otro *ertzaina* —alto y delgado como Stan Laurel— le ríe sin disimulo la gracia a su amigo.

—Va a ser que no —sentencia la inspectora—. La investigación la lideramos los *españolitos*, así que será mejor que vosotros protejáis la puerta trasera para evitar que el sospechoso pueda escapar.

El *ertzaina* bajito se la queda mirando fijamente. Evidentemente, no se esperaba una respuesta así, y menos de una mujer. Al cabo de unos segundos, levanta los hombros, sonríe y contesta:

—Como quieras, cariño. Cuando la cosa se complique, nos llamáis.

Berta duda si sacar el arma y pegarle un tiro al hombre ahí mismo o seguir su camino.

—Déjalo correr, jefa. Es un gilipollas —sentencia Ibón, que parece haber leído los pensamientos de la mujer.

Finalmente, ella decide ignorar el comentario del tipo bajito, se gira y se dirige hacia la casa. Ibón la acompaña, echando antes una mirada furibunda al *ertzaina* delgado. Berta sabe que el detective está harto de consignas nacionalistas en contra de otros vascos como él. Los dos policías no hacen caso de la orden de la inspectora y se dirigen inalterables hacia el vehículo en el que han venido, un Toyota Land Cruiser casi nuevo. El *american pit bull terrier* lo observa todo sin dejar de gruñir y ladrar. Está furioso, como si intuyera lo que va a suceder. Restos de baba viscosa se deslizan desde la gigantesca boca del animal hasta el suelo mientras trata de romper la cadena de acero oxidado que lo sujeta al tronco de un viejo árbol.

—Joder con el bicho —dice Ibón, que agarra el arma reglamentaria con la mano, una Heckler and Koch USP Compact de 9 milímetros.

Berta hace lo propio, el arma en la derecha y la orden de arresto emitida por el juez en la izquierda. Todavía piensa que es muy probable que se equivoquen deteniendo hoy a Martínez, aunque sea solo para interrogarlo. Sin embargo, las órdenes de Gonzalo han sido tajantes. El

inspector jefe prefiere asumir el riesgo de equivocarse a aguantar por más tiempo la presión del comisario general. Por supuesto, nada que decir sobre el hecho de que Echevarría no fuera quien aparentaba ser.

Antes de llegar a la puerta, empieza a llover con fuerza.

—Lo que faltaba —se queja Berta.

Luego golpea la madera con los nudillos. Nadie contesta. El olor a basura es tan nauseabundo como la última vez que vinieron. Quizás peor, porque la porquería siempre huele peor con la humedad.

—Quizás no está —sugiere Ibón.

La inspectora golpea de nuevo la puerta. Lo hace con suavidad, como si, inconscientemente, quisiera retrasar el momento del arresto. De repente, se oye un ruido, como un chirrido quejumbroso. Enseguida se oyen los pasos de alguien corriendo y el sonido de la puerta de un coche abriéndose y cerrándose a gran velocidad; finalmente, el ruido del motor del vehículo al ser encendido y el de las ruedas derrapando sobre el fango; todo ello acompañado por los ladridos del perro, que no cesa en su empeño por romper la cadena que lo sujeta al árbol.

—¡Se escapa! —grita Berta—. ¡Vamos!

Echan a correr hacia el Citroën, que está en bastante peor estado que el coche de los *ertzainas*. Gruesas gotas de agua nacen de las frondosas nubes de inquietantes formas y caen por efecto de la inevitable gravedad. Cuando chocan con Berta, esta se siente extrañamente viva. Antes de abrir la puerta del vehículo, la inspectora hace un gesto con la cabeza a los otros dos policías. Luego señala el coche de Martínez, un Jeep Cherokee que escapa montaña arriba hacia la carretera que lleva a Bilbao. El *ertzaina* alto parece tardar un rato en darse cuenta de lo que ella pretende decirle. Finalmente, mueve la cabeza de un lado a otro como si quisiera indicarle que lo que ha ocurrido es culpa de ella.

Berta e Ibón suben al Citroën, ella por el lado de la conductora y él por el del copiloto. La inspectora guarda el arma en la funda que tiene en el costado izquierdo y tira la orden de arresto sobre el asiento de atrás. Agarra la sirena giratoria, la enciende y la coloca sobre el techo del vehículo. El ulular de la sirena contrasta con el de la lluvia que cae incesante sobre la carrocería desgastada del coche.

—No veo nada —se queja Berta mientras se limpia con la mano el agua que empapa su rostro.

Enciende el vehículo y se coloca el cinturón de seguridad. Pone primera y aprieta a fondo el pedal del gas. Pasan tan cerca del *pitbull* que casi pueden sentir el aliento del animal sobre la nuca.

—Abróchate el cinturón. Esto va a ser movidito —anuncia Berta, que ya se ha situado a menos de diez metros del sospechoso. Detrás de ellos, a escasa distancia, los sigue el Toyota de los *ertzainas*.

Ibón le hace caso de inmediato. Agarra la radio con presteza y dice:

—Aquí 603 a Central. Código 10-31. Perseguimos a un sospechoso de asesinato. Vamos por la carretera... ¿Qué carretera es esta?

—La BI-636, la que lleva del valle de Mena a Bilbao. El último pueblo que hemos cruzado es Valmaseda, creo —responde Berta, que todavía recuerda las instrucciones del navegador que los ha llevado hasta aquí.

—Carretera BI-636, dirección a Bilbao desde el valle de Mena. A la altura de Valmaseda —repite Ibón—. Creemos que el hombre, varón de unos cincuenta años, va armado y es peligroso.

De hecho, creemos que podría tratarse de Hamlet. ¡Envíen refuerzos lo antes posible!

—Recibido —contesta la Central—. Mandamos coches de inmediato.

Debido a la intensidad de la lluvia, y a que circulan a más de ciento veinte kilómetros por hora, a Berta le cuesta mantener el vehículo en el interior del carril.

—Este tipo está loco —dice ella—. O va a prisión por lo de Echevarría o por intentar hacer que nos matemos.

Detrás del Citroën, a apenas dos metros de distancia, circula el vehículo de la Ertzaintza a una velocidad similar.

—Me imagino que, llegado el caso, los colegas afirmarán que no los dejamos intervenir y que eso propició que el sospechoso escapara por la puerta de atrás —se queja Ibón.

—Ahora mismo me importa un bledo lo que digan —replica Berta, que agarra con fuerza el volante mientras toma una curva cerrada a la derecha.

La fuerza centrífuga hace que su cuerpo se desplace hacia el lado contrario mientras ella se esfuerza por mantenerse recta. Un vehículo familiar se acerca en dirección contraria, y la inspectora puede ver la expresión asustada que muestra el conductor al darse cuenta de la velocidad a la que ellos circulan. Al hombre lo acompañan una mujer y un niño pequeño que se los queda mirando con los ojos abiertos como platos. Berta vuelve a colocar rápidamente la vista sobre la carretera. Mira por el espejo retrovisor para ver dónde está el Toyota. Enseguida se da cuenta de que los *ertzainas* están acelerando con la evidente intención de adelantarlos.

—¿Qué diablos están haciendo? —pregunta Ibón, que también ha visto lo que quieren hacer los policías.

—Supongo que lo que han querido hacer desde el principio: practicar ellos la detención para llevarse las medallas.

Los *ertzainas* parecen dispuestos a darles la razón, porque los adelantan en medio de la curva invadiendo sin contemplaciones el carril contrario. Circulan unos metros a máxima velocidad y, cuando regresan al carril derecho, lo hacen situándose tan cerca del Citroën de Berta que esta se ve obligada a frenar.

—¡Cuidado! —grita la mujer al tiempo que sujeta firmemente el volante para evitar que el coche derrape.

Se oye el crepitar de la radio mientras un trueno retumba a lo lejos y la inquietante luz de un relámpago ilumina la calzada. El Toyota se encuentra cada vez más cerca del Jeep de Martínez. La parte delantera del coche de la policía está demasiado cerca del amplio maletero del coche del sospechoso.

—No deberían conducir tan cerca de él —susurra Berta.

Sin embargo, los *ertzainas* no parecen hacer caso de la recomendación de la inspectora. Continúan acelerando y cada vez se encuentran más cerca del coche de Martínez.

—¡Aquí Central, aquí Central!

Ni Berta ni Ibón prestan atención a las palabras que se oyen a través de la emisora de radio. Están demasiado concentrados en lo que está sucediendo.

—Avisa a esos idiotas de la Ertzaintza —ordena Berta—. No sé si ese hombre es el asesino, pero lo que sí sé es que no tiene nada que perder.

—¡Repito, coche 603, aquí Central! —insiste el agente, que parece tener algo urgente que decirles.

La inspectora intuye que la Central quiere advertirlos sobre algo importante. Sin embargo, antes de que pueda responderles, ocurre lo que ella se temía. El Jeep del sospechoso reduce la

velocidad al máximo, como si no le importara chocar con el otro coche. *Y no le importa, piensa Berta, de hecho, es lo que quiere. Ha perdido a su mujer y a su hijo, y el hombre que él cree que los mató también ha muerto. Lo único que le queda ahora es reunirse con sus seres queridos allá arriba.*

Los dos *ertzainas* no tienen tiempo de reaccionar y el Toyota impacta violentamente sobre la parte trasera del Jeep. Lo hace circulando a más de ciento cuarenta kilómetros por hora.

—¡Maldita sea! —grita Ibón asustado.

En ese momento, el tiempo parece detenerse mientras suceden varias cosas. En primer lugar, el amplio maletero del Jeep engulle irremediablemente la parte delantera del Toyota. El parabrisas del segundo se rompe en mil pedazos y decenas de cristales afilados de diferentes tamaños salen despedidos con fuerza hacia el interior del vehículo. Uno de ellos se clava en la garganta del *ertzaina* más bajito, atravesándola de un lado a otro. La sangre brota a borbotones de la herida y el hombre morirá desangrado en escasos segundos.

En paralelo, la cabeza de su compañero ha impactado brutalmente contra el salpicadero. Sin embargo, no ha sentido el golpe porque, al darse cuenta de que iban a chocar, el hombre ha inspirado profundamente. Eso ha producido que, con el impacto, le hayan estallado los pulmones y haya muerto en el acto.

Paradojas de la vida, Martínez ha sobrevivido y deberá seguir sufriendo por la terrible pérdida de su mujer y su hijo.

Mientras todo lo anterior sucedía, Berta ha dado un volantazo a la izquierda para evitar chocar con los otros dos vehículos. Aunque el Citroën se ha salido de la carretera, ha continuado circulando sobre la extensión de terreno que ocupa los laterales de la calzada. Pasados unos segundos, el coche se ha detenido por efecto del fango acumulado sobre el suelo tras varios días de intensas lluvias. La inspectora mira al frente agarrando el volante con ambas manos.

—Coche 603, repito, coche 603. Aquí Central.

—Hemos visto la Virgen —dice Ibón suspirando aliviado.

—Ya sabes, mala hierba nunca muere —replica Berta, que a duras penas puede hablar—. Contesta a Central y pide una ambulancia echando hostias —ordena luego.

—Central, aquí coche 603. ¿Qué ocurre? —obedece Ibón.

—Detengan la operación —ordena el agente—. Repito, detengan la operación. Hamlet ha asesinado a otra víctima. Ha sido una mujer y ha sido en el acuario de San Sebastián.

Sábado, 13 de febrero
Heiko

se encuentra de pie en una de las amplias terrazas de la casa, sosteniendo una taza de café con la mano. Desde donde está puede apreciar la belleza de la imponente bahía con forma de concha situada en la majestuosa ciudad de San Sebastián. También la isla de Santa Clara, bañada por las aguas del bravío mar Cantábrico. A pesar de que el cielo está encapotado, Heiko distingue la frondosa vegetación en la parte superior del islote formado por escarpados acantilados.

De repente, suena el teléfono. *¿Cómo demonios ha vuelto a adivinar mi número?*, piensa observando el identificador de llamada en la pantalla del Rockphone. Los números cambian demasiado rápido, incluido el prefijo de país. Por un momento, le recuerdan a los símbolos de una máquina tragaperras. *Aunque el premio en este caso no será dinero*, se dice Heiko.

—Diga —contesta en tono serio.

—¿Cómo estás, querido amigo? —inquire la voz metálica de la última vez.

—Ya te dije el otro día que no éramos amigos.

—No te preocupes, Heiko. Lo seremos, después de todo lo que vamos a compartir, te aseguro que nos convertiremos en grandes amigos —afirma el extraño con sorna.

—¿Qué quieres? —replica Heiko después de apurar el café de un trago y dejar la taza sobre una moderna mesa de *chill out* en la terraza.

Miércoles se restriega entre sus piernas mientras Domingo lo controla todo desde una esquina de la terraza.

—Cumplir con lo que te dije —afirma Hamlet.

Heiko recuerda perfectamente lo que le dijo el asesino. Es curioso, pero le ha costado utilizar ese término. Hasta hoy, no lo había hecho. Ni siquiera en sus pensamientos. Como si todo esto fuera únicamente una broma macabra que él pudiera ignorar. Como si el hecho de no usar esa palabra le permitiera creer que lo que está sucediendo no es real. Sin embargo, lo es, es real. El asesino lo ha llamado. Y la pregunta sigue siendo: ¿por qué? ¿Por qué tiene interés ese hombre en que él encuentre a su hermano desaparecido hace más de diez años?

En cualquier caso, antes de seguir hablando, Heiko quiere comprobar algo. Entra en casa, agarra el mando de la televisión de encima de la mesa y la enciende con el sonido apagado. Selecciona un canal de noticias nacionales. Aparecen en pantalla dos tertulianos, dos tipos con aspecto de saberlo todo pero que, en el fondo, no saben nada. A tenor del texto que ocupa la parte baja de la pantalla, están discutiendo sobre el nuevo dato de la inflación en España. De vez en cuando, el presentador, un tipo regordete, de pelo escaso y ojos de listillo, los interrumpe para aportar algún nuevo dato al debate. *No parece que haya habido un nuevo asesinato*, se dice Heiko antes de contestar:

—Está bien. Dame la pista para encontrar a mi hermano.

—¿No quieres saber cómo ha sido esta vez?

—No —repite él.

—Bueno, lo entiendo. En cualquier caso, debes saber que he colgado el vídeo en la *deep web* para que esta vez la policía no pueda borrarlo. Supongo que tú sabrás encontrarlo.

—Dame la pista —insiste Heiko, tratando de obviar las perturbadoras palabras del extraño.

Demasiados años esperando que cambiaran las cosas, que sucediera algo que pudiera llevarme hasta mi hermano. Y hoy parece que ha llegado el día. Aunque sea a costa de la vida

de otra persona, piensa Heiko, que mantiene el cuerpo en tensión a la espera de lo que tenga que decirle el asesino.

—Jamal —contesta finalmente este.

—¿Jamal? —repite Heiko.

—Jamal Bouchar. Es el camello que le vendía la droga a tu hermano antes de que este desapareciera.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ese no es el juego, Heiko. Recuerda, yo solo te doy las pistas, eres tú el que debes seguirlas para encontrar a tu hermano —sentencia el extraño antes de colgar el teléfono.

La luz de un relámpago ilumina la terraza, parecido a una ese gigantesca que conecta el cielo con el mar. Heiko cuelga el Rockphone. Observa nuevamente la pantalla de televisión, donde un tertuliano está hablando ahora sobre la huelga de transportistas. *Quizás todavía no han descubierto a la víctima*, piensa. Apaga el televisor y se acerca hasta el ordenador. Abre el navegador y accede a YouTube. Introduce lo siguiente en la barra de búsqueda de la aplicación: «Hamlet asesinato». Aparece una lista de vídeos, pero, a juzgar por los nombres, ninguno parece ser el del asesinato. *O es mentira, o la policía lo sabe y ha ordenado que lo borren*, se dice. Entonces decide efectuar la misma búsqueda en la red que ha mencionado el asesino, la *deep web*, millones de páginas web que no existen para los buscadores de uso público, el lugar en el que los internautas pueden pasar desapercibidos mientras navegan entre páginas donde comprar drogas, armas o ver pornografía extrema. Y dentro de esa red profunda hay direcciones todavía más profundas y desconocidas, que son aquellas en las que navega Heiko cuando tiene que encontrar gente peligrosa. Introduce una de esas direcciones en el navegador. *Si en algún sitio puede estar el vídeo es aquí*, reflexiona antes de escribir en el buscador la misma expresión que ha utilizado antes: «Hamlet asesinato». Enseguida aparecen varios enlaces con el vídeo. Accede al primero de ellos a través del navegador y lo que ve lo deja sin palabras. Son solo dos minutos veintitrés segundos, solo ciento cuarenta y tres segundos, pero le hielan la sangre. La mujer asombrosamente entera, la sangre del perro degollado cayendo al agua y, finalmente, el tiburón arrancándole las piernas a la víctima. Todo ello sin sonido, y con el rostro del asesino sustituido por una macabra máscara de teatro.

Celeste observa a Heiko desde la cocina. A pesar de lo que él siente, que es una rabia inmensa por lo que ese malnacido le ha hecho a esa mujer, hace un gesto a la ama de llaves para indicarle que todo está bien. No quiere que nadie pueda siquiera sospechar lo que está sucediendo. Porque lo que está sucediendo es una auténtica locura.

Sábado, 13 de febrero
Berta

mira a su alrededor. *La verdad es que el escenario del crimen es dantesco*, piensa mientras se coloca los guantes de látex. Después de que la Central los avisara de lo sucedido, y de que una ambulancia se encargara de trasladar al Hospital Universitario de Basurto a los dos agentes muertos y el cuerpo malherido de Martínez, Berta e Ibón se dirigieron hacia el acuario de San Sebastián. Condujeron a gran velocidad durante más de ciento treinta kilómetros, la distancia que separaba Valmaseda del acuario. Durante el camino los llamó Gonzalo, del que únicamente se oían sus gritos de enfado. La verdad es que, aunque precipitar la detención de Martínez para satisfacer los deseos de la familia Echevarría fue un error del inspector jefe, este tenía razón en una cosa: los *españolitos* no deberían haber aceptado que la Ertzaintza se negara a proteger la puerta trasera de la vivienda del sospechoso. Si no lo hubieran hecho, nadie habría resultado muerto.

En cualquier caso, ahora se encuentran en el acuario y lo que ven los ojos de Berta es un calco de la escena que había en la granja de la sierra de Azkorri. En este caso, una mujer, de nombre Alicia Ortega, ha sido destripada por un violento tiburón tigre de más de dos metros y medio. Sobre el agua, junto al cadáver de la mujer, a la que según López podrían haber drogado también con escopolamina, descansa un pequeño perro pomerania al que le han cortado el cuello. A la víctima la ha encontrado a primera hora de la tarde un técnico especialista en fauna marina que trabaja en el acuario. Era el único que estaba de guardia. El asesino lo sedó con escopolamina, como a Ortega. Cuando los compañeros han llegado, han tenido que mandarlo inmediatamente al hospital para que le trataran el ataque de ansiedad que el pobre hombre sufría. En cualquier caso, una vez allí lo han interrogado y lo han descartado como sospechoso.

—Alicia Ortega —está explicando Ibón—. Mujer, soltera y rica. Heredera de una gran empresa de cosméticos que ya hace años fue vendida a un fondo de inversión norteamericano.

—¿Y dices que nadie había denunciado su desaparición? —pregunta Berta extrañada.

—Nadie —contesta Ibón, que a lo largo del viaje en coche ha conectado con la Central para obtener el máximo de información sobre la víctima antes de llegar al acuario—. Al parecer, Alicia Ortega no tenía familia ni amigos. O, al menos, ese tipo de amigos que se preocupan por ti cuando desapareces.

—Pobre mujer —dice la inspectora.

De repente, López se acerca hasta ellos con paso decidido. Sujeta la inconfundible libreta con la mano y tiene las venitas de la nariz de un azul más intenso que otras veces, lo que hace pensar a Berta que hoy ha tenido un día duro.

—¿Qué tal, López? ¿Cómo va todo?

—Mal —replica el forense—. Hasta arriba de trabajo. Solo me faltaba esto... —añade señalando a la muerta con la cabeza.

—Me temo que ella está peor que cualquiera de nosotros —no puede dejar de decir Berta.

—En eso tienes razón —sentencia López.

—Está bien, a estas alturas de la película, está claro cómo ha muerto la mujer —afirma la inspectora—. Sin embargo, ¿sabemos cómo ha muerto el perro? —inquieta luego mirando al animal, que flota sobre el agua como si fuera un trapo.

—Es pronto para decirlo, pero creo que lo han hecho con una navaja —responde el forense

pasándose el dedo por la garganta—. Además, tengo la sospecha de que han utilizado la sangre del perro para atraer la atención del tiburón. Buscaban el mismo efecto que el de la cocaína con los cerdos.

Se escucha el ruido del *flash* de una cámara. Un técnico de la Científica vestido de blanco está haciendo fotos de la escena del crimen junto al secretario judicial. El hombre sujeta con la mano un maletín negro de piel en el que guarda todo el instrumental necesario para hacer su trabajo.

—¿Se ha encontrado alguna huella? —pregunta Ibón—. ¿Algo que nos permita rastrear el ADN?

—De momento, nada —repite López.

—¿Algún vídeo en internet? —pregunta la inspectora.

—No —contesta esta vez Ibón—. Parece que Hamlet no ha grabado el asesinato.

—Menos mal, aunque es verdad que la grabación no deja de ser una prueba que nos podría ayudar a capturarlo —reflexiona Berta en voz alta—. En cualquier caso, habla con Chloe para que rastree las redes sociales y el correo electrónico de la víctima. Que busque también imágenes del asesino en las cámaras de vigilancia —ordena la inspectora a Ibón.

El detective asiente. Sin embargo, no pasan ni dos segundos hasta que Berta afirma:

—Aunque me temo que tampoco encontraremos nada.

—Este cabronazo es muy precavido —sentencia López.

La inspectora se queda mirando a la víctima, cuyo rostro es la más pura esencia del terror. El asesino la ha maquillado excesivamente, como si fuera una muñeca antigua. *¿Por qué ejecuta ese ritual? ¿Qué demonios está tratando de decirnos?*, se pregunta inquieta.

—López, esto se está poniendo muy feo. Haced la autopsia hoy sin falta —ordena Berta mirando el cuerpo de Ortega—. Y, por Dios, que alguien saque a la mujer del agua. No creo que pueda soportar por más tiempo la imagen de esos tiernos pececitos comiéndose sus entrañas.

En ese instante, se da cuenta de que un trozo de papel sobresale del bolsillo de la camisa de la mujer, una prenda que antes había sido lisa y blanca y que ahora es de color rojo carmesí. Se agacha, agarra el chaleco salvavidas con la mano enfundada en el guante y atrae a la víctima hacia donde está ella. Coge el papel doblado en cuatro, lo desdobra y se lo acerca hasta los ojos. Se trata de la factura de un reloj comprado en una joyería situada en la calle Loiola de San Sebastián. A tenor de la descripción del producto, Ortega compró un Cartier de oro.

—¿Qué es? —pregunta Ibón.

—La única pista que tenemos —responde Berta, que sujeta el papel firmemente con la mano.

Lunes, 15 de febrero

Berta

se encuentra sentada a la izquierda de Gonzalo en la amplia sala donde se llevan a cabo las ruedas de prensa en la comisaría, un lugar desangelado y frío que hace que la mujer se arrepienta de no haberse puesto un abrigo en lugar de la fina cazadora de cuero de color marrón. Inquieta, mantiene la mirada baja, tratando de concentrarse en el vaso de agua que se apoya sobre el tablero de una discreta mesa de despacho blanca.

Al lado de la mujer, el inspector jefe. Al lado de este, Miriam Rodríguez, la policía sesentona que se encarga de las relaciones con los medios, una mujer de aspecto tranquilo y reposado que cuenta con una larga experiencia en interactuar con los periodistas. Detrás de ellos, dos pantallas de televisión colgadas de una pared deslustrada también blanca, junto a dos logos desmedidos de la Policía Nacional. Delante de todos ellos, apoyado sobre un trípode, un micrófono, que será el responsable de registrar todo lo que Gonzalo tiene a decir. Además, varias cámaras de televisión y decenas de periodistas que se encuentran sentados en viejas sillas con el asiento forrado de desgastado cuero negro.

*Si hubiera tantos policías investigando el caso como asistentes a la rueda de prensa, las cosas serían completamente diferentes, piensa Berta, que no puede dejar de pensar en lo que ocurrió ayer. El fracaso del operativo montado para capturar a Martínez provocó su ingreso en el hospital y la muerte de dos agentes de la Ertzaintza. Todo ello para nada. Porque ahora está claro que Martínez no asesinó a Echevarría o, al menos, no lo hizo él directamente. Quien mató al empresario fue el mismo que se ha llevado por delante a Alicia Ortega. Y Berta está segura de que se trata de un maldito asesino en serie. Porque, aunque es cierto que para tratarse de un *serial* se requieren tres asesinatos y un periodo de enfriamiento entre estos, el *modus operandi* de Hamlet es tan especial que la inspectora no tiene ninguna duda de que se encuentran frente a uno de ellos.*

—Buenos días, estamos hoy aquí para informar sobre los terribles sucesos acaecidos en el acuario de San Sebastián —anuncia Gonzalo en tono solemne.

*Comienza el juego, piensa Berta mientras alza la vista. Durante varios minutos, el inspector jefe explica a los asistentes lo que creen que ha sucedido en el acuario. Trata de evitar cualquier referencia al desastre del operativo de captura de Martínez y centra su discurso en la posible existencia de un asesino en serie al que no tiene ninguna duda de que «la policía va a atrapar en breve». El problema es que eso va a ser difícil, piensa Berta. Porque si, como se temen, hay un *serial*, el enfoque de la investigación se ve sustancialmente alterado. Amantes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, todos ellos dejan de ser los sospechosos probables para convertirse en un nombre más en una lista de sospechosos que podría ser infinita.*

Después de que Gonzalo termine la declaración, uno de los periodistas no parece satisfecho con las explicaciones, porque le pregunta lo siguiente:

—Inspector jefe, ¿nos puede decir algo sobre Fernando Martínez? Al parecer, ustedes tenían sospechas de que ese hombre era Hamlet. Incluso nos llegan rumores que apuntan a que ha resultado malherido mientras lo perseguían agentes de la Policía Nacional y de la Ertzaintza.

Miriam hace un gesto para responder, pero Gonzalo la interrumpe. Aunque han pactado previamente que no contestarían esa pregunta, parece que el inspector jefe ha cambiado de opinión.

—Aunque es cierto que el señor Martínez ha resultado hoy herido en un desafortunado accidente con la policía, les puedo asegurar que en ningún momento ha sido considerado sospechoso de ser Hamlet —contesta Gonzalo sin inmutarse—. Miembros de la Policía Nacional y de la Ertzaintza fueron a detenerlo como parte de un procedimiento que llevaba meses abierto. Desafortunadamente, por razones que todavía desconocemos, el señor Martínez huyó y, durante la persecución, su coche chocó brutalmente con el de los agentes de la Ertzaintza.

Berta procura mantenerse quieta, aunque le cuesta hacerlo tras oír las mentiras de Gonzalo. *Esa es la razón de que no quiera ser inspectora jefe. No tengo estómago para hacer este tipo de cosas*, piensa la inspectora. De repente, tiene la sensación de que alguien en el fondo de la sala la está observando fijamente. Dirige la mirada hacia allí y se encuentra con los misteriosos ojos verdes de un atractivo hombre joven. Es alto, de pelo rizado y castaño. Se encuentra al lado de un periodista calvo y regordete que suele estar presente en todas las ruedas de prensa. Sin embargo, una nueva pregunta devuelve a Berta a la realidad de la sala:

—¿Es verdad que esta vez el asesino no ha colgado el vídeo del asesinato en YouTube? —pregunta un periodista recolocándose las gafas.

—Así es —responde Gonzalo.

No sé si creérmelo, piensa Berta, que sabe que no es habitual que un asesino en serie cambie su *modus operandi*. En cualquier caso, la realidad es que ni Chloe ni nadie han encontrado el vídeo del asesinato en internet.

—¿Y la colonia? ¿El maquillaje? ¿Se sabe por qué Hamlet acicala a sus víctimas antes de asesinarlas? —inquire esta vez una periodista con aspecto de ejecutiva.

—No —responde Gonzalo en tono seco—. De momento, únicamente tenemos suposiciones sobre cuáles pueden ser las razones de ese comportamiento.

—¿Alguna otra pregunta? —inquire Miriam mirando a los periodistas.

Berta hace lo propio. Cuando trata de volver a encontrarse con el hombre de ojos verdes, se da cuenta de que este ha desaparecido.

Lunes, 15 de febrero

Berta

agarra con fuerza la culata del taco y golpea la bola blanca. La jugada transcurre tal y como ella había previsto. La bola blanca sale disparada y se dirige hacia la banda frente a ella. Una vez allí, rebota y se desliza sobre el tapiz en dirección a la bola negra, que se encuentra a escasos centímetros de la tronera lateral de la banda larga a la izquierda de ella. Finalmente, la bola blanca roza la negra y esta se introduce lentamente dentro del agujero.

—*¡Voilà!* —exclama ella cuando oye el ruido de la bola negra deslizándose por el interior de la mesa—. ¡He ganado!

Agarra la Coronita y la apura de un trago. Es la quinta o sexta cerveza que se bebe esta noche, además de varios chupitos de tequila. De hecho, le da la sensación de que ha estado bebiendo desde el mismo momento que abandonó la rueda de prensa. A pesar de todo, no está borracha. Deja la botella sobre una de las viejas mesas de madera que ocupan la parte central del Psychodromo. *La verdad es que este tipo es realmente feo*, piensa. Se trata de un hombre de treinta y ocho años con el que ya ha jugado al billar en alguna que otra ocasión, de pelo liso, lacio, y rostro alargado adornado con unas gafas de empujón parecidas a las del Clark Kent del cine de los años ochenta.

—¿Jugamos otra partida? —pregunta el hombre, que parece no haber perdido la esperanza de poder acostarse con Berta en algún momento de la noche.

—No —contesta ella mientras deja el taco apoyado sobre el tapiz desgastado y repleto de manchas de la mesa de billar—. Estoy cansada de ganar, querido —añade guiñándole un ojo.

El tipo se da la vuelta y se aleja cabizbajo. Son las once de la noche de un lunes y ya no queda nadie en el Psychodromo. De fondo suena la inconfundible guitarra de *Need you tonight*, de los INXS. Berta observa la pantalla de televisión donde suelen proyectarse los partidos de fútbol durante el fin de semana. Tiene el sonido desactivado. Hoy aparecen imágenes de familias africanas caminando desesperadas a través del desierto. *Parecen escapar de algo*, piensa Berta antes de leer el titular que confirma su suposición: «La guerra en Etiopía obliga a miles de personas a refugiarse en Sudán». De repente, una voz profunda de hombre la arranca de sus pensamientos preguntándole:

—¿Jugamos?

Berta se gira y mira hacia la voz. Se trata de un tipo atractivo, joven. Tiene unas facciones ligeramente afeminadas que contrastan con una mandíbula y nariz prominentes. Es alto, va vestido con un traje azul oscuro y camisa blanca y calza unos botines de ante negro. *Demasiado elegante para el Psychodromo*, se dice ella antes de responder:

—Es posible. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y un años.

Veintiocho años menos que yo. La noche es joven, piensa Berta antes de decir:

—Está bien, juguemos.

—Perfecto —replica él.

El hombre agarra uno de los tacos que hay desperdigados por la sala y pregunta:

—¿Tiza?

—¿Qué es eso? —responde ella mostrando una sonrisa divertida en el rostro.

—Entiendo —contesta él.

Berta recupera el taco que había estado usando y espera a que el hombre ponga una moneda. Cuando lo hace, se oye el ruido de las bolas al desplazarse por el interior de la mesa de billar. Pasados unos segundos, el desconocido agarra el triángulo de plástico, lo pone sobre el tapiz y empieza a colocar las bolas en el interior. Por un momento, la inspectora cree saber quién es. Hay algo en él que le resulta conocido, como si lo hubiera visto hace poco. *Venga, Berta, no te flipes, hace años que nadie tan joven y guapo se acerca a ligar contigo*, se dice.

—¿Quieres otra cerveza? —le pregunta de repente Asier, el sempiterno camarero del Psychodromo, buen amigo de la inspectora.

—Por favor —contesta ella—. Sin limón.

—Y tú, ¿quieres algo? —le pregunta el camarero al hombre.

—Lo mismo que ella.

—¡Marchando! —exclama Asier en tono divertido antes de darse la vuelta.

El desconocido termina de distribuir las bolas en el interior del triángulo. Luego lo coloca en un extremo de la mesa, en el lugar adecuado. Agarra la blanca, se desplaza hacia el otro extremo de la mesa y la coloca también en su lugar. Finalmente, se queda mirando a Berta con unos seductores ojos verdes.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre —le espeta ella con coquetería.

—Heiko —contesta él.

—¿Heiko? Bonito nombre.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Berta. Berta Sanders.

—Curioso apellido —dice él—. ¿Eres inglesa?

—De padre irlandés y madre vasca.

—Bonita combinación.

—No estés tan seguro... —repone ella en tono misterioso.

—¿Por qué?

—¿Abres tú? —inquire Berta.

—Está bien —responde él, que parece haberse dado cuenta de que la mujer no quiere seguir hablando de su familia.

Heiko coloca el taco con profesionalidad sobre la parte exterior de la mano, se inclina y golpea con fuerza la bola blanca, que se dirige rápidamente hacia el triángulo formado por las otras bolas sobre el tapiz. Después del choque, las bolas salen disparadas hacia diferentes zonas de la mesa. La de color lila se cuele en una de las troneras laterales.

—¿A qué vas? —pregunta ella.

El hombre se yergue y se la queda mirando atentamente. Pasan unos segundos hasta que responde:

—A lisas.

—Excelente elección.

—Puras matemáticas, inspectora —replica él.

Cuando oye esas palabras, Berta siente como si la hubieran pinchado con una aguja. Enseguida se da cuenta de que estaba en lo cierto: conoce a este tipo, no sabe de qué, pero lo conoce.

—¿Qué diablos? ¿Cómo me has llamado? —pregunta alzando las cejas exageradamente.

—Inspectora Berta Sanders —repite él remarcando cada palabra.

—¿Quién coño eres? ¿Cómo sabes quién soy? —pregunta ella agarrando el taco con fuerza.

De repente, llega Asier portando las cervezas sobre una bandeja de metal. En ese momento suenan los primeros acordes de guitarra de *Baby I don't care*, de los Transvision Vamp.

—Marchando dos Coronitas. Una para ti —dice el camarero entregando la botella de cerveza a Berta— y otra para ti —añade entregándole la suya a Heiko mientras le guiña un ojo.

Heiko espera a que Asier se marche y dice:

—Te he visto esta tarde en la rueda de prensa.

¡Eso es!, piensa Berta. *Es el tipo de la sala, el que se me ha quedado mirando fijamente.*

—A pesar de que ha sido tu jefe quien ha dado la rueda de prensa —continúa el extraño—, he tenido la sensación de que eras tú quien llevaba realmente el caso de Hamlet. Encontrarte luego ha sido fácil, eres una persona de costumbres.

—Si eres periodista y has venido en busca de información, siento decirte que te has equivocado de persona y de lugar —le espeta Berta en tono brusco.

—No soy periodista. Y tampoco he venido a buscar información —replica el hombre.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—La verdad es que me encanta jugar al billar, máxime si lo hago con una mujer tan guapa como tú. Dicho esto, en realidad he venido a verte porque quiero proponerte un trato.

—Más vale que sea un trato interesante, porque, en caso contrario, es muy probable que hoy duermas en comisaría —lo amenaza ella, haciendo caso omiso del piropo del hombre.

—Creo que, como mínimo, es un trato honesto y en el que los dos ganamos.

—Dispara —ordena Berta mientras trata de relajarse.

—Se trata de Hamlet.

—¿De Hamlet? ¿Qué sabes tú de ese asesino?

—Que me llama por teléfono.

Lo que faltaba. La cagamos con el operativo de Martínez, no tenemos ningún puñetero sospechoso y ahora aparece este tipo diciendo que el asesino habla con él por teléfono, piensa la inspectora antes de preguntar:

—¿Cómo sé que lo que dices es verdad?

—Porque, a diferencia de lo que habéis afirmado hoy durante la rueda de prensa, el asesino sí grabó el vídeo del asesinato. Me lo dijo él mismo.

—Eso es imposible —afirma Berta.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por razones que no puedo contarte porque forman parte de una investigación policial en curso.

Heiko asiente tratando de esconder una sonrisa. Agarra el móvil y abre la aplicación que muestra la galería de vídeos. Una vez abierta, busca un vídeo específico y pulsa el botón de reproducir.

—Está bien —dice luego al tiempo que le muestra el teléfono a la inspectora.

Al cabo de unos segundos, las crueles imágenes del asesinato de Alicia Ortega se muestran en pantalla. Berta se queda sin palabras, apenas puede digerir las escenas de horror que aparecen en el vídeo.

—No lo entiendo —sentencia a continuación—. Mi equipo ha buscado el vídeo en internet y no lo ha encontrado.

—Eso es porque no habéis buscado en el sitio adecuado —afirma Heiko.

—¿Qué quieres decir? —exclama la inspectora, que sacude la cabeza al darse cuenta de que el tipo, o bien es Hamlet, o bien ha hablado con él como afirma—. En cualquier caso, ¿eres

consciente de que te podría detener en este mismo momento acusado de sospechoso de asesinato?

—Lo soy, pero tengo suficiente dinero para pagar a los mejores abogados, unos que lograrán mi libertad tan pronto como sepan que los días que se cometieron los asesinatos estaba en casa y que tengo a mi ama de llaves como testigo.

La respuesta del hombre deja sin palabras a Berta. Nunca ha visto a nadie reaccionar de esa forma cuando la policía amenaza con detenerlo. Decide tratar de averiguar más sobre él.

—Suponiendo que estés diciendo la verdad, ¿por qué te llama el asesino?

—Para darme información.

—¿Qué tipo de información?

—Llevo años buscando sin éxito a mi hermano. Digamos que la información de Hamlet podría ayudarme a encontrarlo.

—¿Y por qué sabe él dónde está tu hermano?

—No lo sé, ni me importa —sentencia Heiko.

—Está bien, ¿cuál es el trato que quieres proponerme? —pregunta Berta.

—Verás, en mi opinión, tengo dos opciones para encontrar a mi hermano —responde Heiko mientras se guarda el móvil en el bolsillo—. O espero que Hamlet me proporcione las pistas para hacerlo...

Berta da un largo trago a su cerveza antes de preguntar:

—¿O?

—O lo encuentro yo antes y consigo toda la información de golpe —responde Heiko.

La inspectora se lo queda mirando en silencio. Todavía no sabe muy bien qué le está proponiendo.

—Prefiero que atrapemos juntos a ese malnacido —sentencia este, sacándola de dudas.

Martes, 16 de febrero
Berta

alza la vista y se encuentra con la imponente entrada de la basílica de Santa María del Coro, que se puede ver a través de la ventana deslustrada. Tiene la boca seca como la arena del desierto y le duele tremendamente la cabeza. *Bebí demasiado ayer*, piensa mientras observa a un grupo de jóvenes que pasea por delante de la figura martirizada de san Sebastián que custodia la puerta principal.

La inspectora vive en un primer piso de baja altura situado en la calle Mayora, a cuatro calles del Psychodromo. Frente a ella, esparcidos sobre una vieja mesa de despacho de una de las pequeñas habitaciones del piso, se encuentran decenas de artículos de periódico que acaba de imprimir. A Berta no le gustan los ordenadores, y mucho menos leer en la pantalla de uno de ellos. Prefiere la sobriedad de la tinta que la luminosidad del texto formado por píxeles. En todos los papeles impresos aparece el mismo nombre: Heiko. En algunos de ellos, los periodistas se refieren a él como Heiko Aguirre Arizkun y en otros como Heiko Arizkun Aguirre. *¿Por qué se cambió el orden de los apellidos?*, se pregunta intrigada la inspectora. Aunque eso es lo de menos, porque la realidad es que la vida de Heiko no parece la de un ciudadano corriente.

Nacido en 1990, tiene treinta y un años. Al parecer, es hijo de una familia rica de Vizcaya. Su padre, Ignacio Arizkun Barrenengoa, es el propietario de Orkestra, una empresa fabricante de electrodomésticos. Debe ser de las importantes, porque uno de los periódicos menciona una facturación de varios cientos de millones de euros. Eso ayuda a entender mejor a Berta por qué Heiko argumentó que podría tener acceso a los mejores abogados si ella decidía detenerlo como sospechoso. Indudablemente, se trata de un niño rico. Por otro lado, la madre de Heiko es Gaia Aguirre Haristegui, una sofisticada mujer que preside una fundación dedicada a ayudar a los chavales más vulnerables: ayudas económicas a sus familias, becas para estudiar, campamentos de fines de semana subvencionados, ese tipo de cosas. En algunos de los artículos, Gaia aparece fotografiada junto a altos ejecutivos de la banca española, e incluso, en una de ellas, junto al rey en una entrega de premios a la fundación que ella preside.

Heiko tiene también una hermana pequeña que se llama Idoia y es novelista. No la mencionan demasiado, más allá de referirse a ella como una persona a la que no le gusta aparecer en público y que sufre una enfermedad que le impide salir habitualmente a la calle. Y, finalmente, el hermano mayor de Heiko, Mikel, que desapareció cuando tenía solo veintiocho años. No está claro lo que sucedió. En algunos artículos mencionan fuentes cercanas a la familia para asegurar que el joven había abandonado el país cansado de la presión que ejercía la familia sobre él. Alguno incluso se atreve a aventurar que dicha presión se debía a que Mikel era homosexual. Al parecer, eso no gustaba al padre, quien, además de empresario y rico, es un pez gordo del Opus Dei. En cualquier caso, nadie pareció ser capaz de encontrar a Mikel después de su desaparición y, poco a poco, los medios dejaron de hablar de él. Diez años más tarde, el caso sigue sin resolverse.

Berta no puede dejar de pensar en lo que Heiko está dispuesto a hacer por encontrar a su hermano mayor: interactuar con un asesino en serie, tratar de atraparlo con el solo propósito de volver a ver a Mikel. Jugarse la vida, en pocas palabras. Ni siquiera parece haberse planteado si su hermano está vivo o muerto —ella cree que lo último es muy probable—. *Por Dios, ¿qué te ocurre, Berta? Céntrate. Heiko es Heiko y tú eres tú, y lo que le pasó a él es completamente*

diferente de lo que te pasó a ti.

—¿Qué relación hay entre Hamlet, Mikel y Heiko? —se pregunta Berta en voz alta mientras garabatea uno de los artículos con un bolígrafo.

Le gustaría detener a este último para interrogarlo. Sin embargo, aunque va a hablar con Gonzalo para intentarlo, sabe que eso será imposible. Por una parte, Ibón ha hablado con el ama de llaves de Heiko y ha confirmado su coartada: en el momento del asesinato de Alicia Ortega, él se encontraba en su casa. Por otra parte, dos miembros de la alta sociedad vasca han sido brutalmente asesinados. Además, dos policías han muerto mientras perseguían a un sospechoso de asesinato que se ha demostrado inocente. Con esos antecedentes, plantear ahora la detención de un miembro de una familia rica vasca para interrogarlo es algo que Gonzalo no va a permitir, sobre todo porque esa familia puede tener igual o mayor acceso al comisario general que los Echevarría.

—Joder —se queja Berta en voz alta—. Al menos veamos si dice la verdad —añade luego, tras lo que agarra el teléfono móvil y llama a Chloe.

Se escuchan cinco pitidos hasta que la detective contesta:

—Hola, jefa. ¿Qué quieres?

—Busca nuevamente en la *deep web* el vídeo del asesinato de Alicia Ortega, pero esta vez hazlo en el enlace que te he enviado por WhatsApp —contesta ella.

Martes, 16 de febrero
Berta

observa las macabras fotografías de la última víctima de Hamlet, están colgadas con chinchetas sobre el panel de corcho, junto a las de Echevarría. En ellas se aprecia el rostro desencajado de Alicia Ortega. *Habiendo visto el vídeo, no es difícil imaginar el terrible sufrimiento de la pobre mujer*, piensa Berta antes de ordenar lo siguiente:

—Añade que no hemos encontrado ningún rastro en los vídeos grabados por el asesino.

—Tienes razón —contesta Chloe—, aunque aún me tienes que explicar de dónde salió el enlace que me enviaste.

La detective coreana escribe la última pista en el rotafolio, junto al resto de información sobre la investigación. Al terminar, el texto escrito es el siguiente:

HAMLET

Primera víctima: Fermín Echevarría, varón, sesenta y siete años. Empresario vasco, rico, dueño de Diagnostic Machines. El asesino lo dio de comer a los cerdos. Antes lo lavó, lo perfumó, lo acicaló y lo drogó con escopolamina. Echevarría llevaba una doble vida. Además, es posible que conociera al asesino.

Segunda víctima: Alicia Ortega, mujer, sesenta y nueve años. Soltera y rica, heredera de una empresa de cosméticos. No tenía amigos (de hecho, nadie denunció su desaparición). Tampoco redes sociales ni ordenador. Su teléfono móvil, como el de Echevarría, fue devorado por el mismo animal que se la comió. Antes de matarla, el asesino la drogó también con escopolamina (confirmado por López después del análisis toxicológico, el asesino había usado esta vez una inyección o similar). Luego la maquilló exageradamente. Había una factura de una joyería en el bolsillo de la camisa de la víctima.

Ningún rastro del asesino en las escenas del crimen. Tampoco testigos ni imágenes de las cámaras de vigilancia (más allá de la grabación de la salida de Echevarría de la empresa la tarde que desapareció). El asesino puede estar utilizando algún sofisticado sistema móvil de inhibición.

Ningún dato identificativo en los vídeos cargados por el asesino en YouTube. Todos ellos sin sonido. Además, el asesino sustituyó en ambos su cuerpo por el de un muñeco vestido como un príncipe con el rostro cubierto por una máscara de teatro. Seguramente lo hizo mediante técnicas de deep fake.

Dos de los adjetivos del texto —*rico* y *rica*— están rodeados por un círculo escrito con un rotulador de color rojo. Lo mismo han hecho con el verbo *drogó*.

—Entre las víctimas, tenemos únicamente dos puntos en común —dice Berta—. El primero, que ambos tenían dinero. El segundo, que a los dos los prepararon —la inspectora hace el signo de las comillas con los dedos— antes de su muerte.

—Que ambos tuvieran dinero puede ser algo casual —sugiere Chloe, que vuelve a sentarse junto a sus compañeros, al lado de Ibón, frente a Berta, los tres alrededor de la vieja mesa de despacho.

—Es posible —replica la inspectora—, pero preparar a las víctimas antes de su muerte no creo que lo fuera.

—¿Por qué crees que lo hizo? —inquire la detective coreana.

—No lo sé —responde Berta—. Parece formar parte de un ritual.

—Eso es bastante escalofriante, jefa —afirma Chloe—. Especialmente si tenemos en cuenta

que Hamlet es una obra de teatro que versa sobre la venganza del príncipe que lleva ese nombre.

—¿Creéis que es eso? —pregunta Ibón—. ¿Creéis que la venganza puede ser el móvil?

—Puede ser. Aunque también puede ser que el chalado o chalada que esté haciendo esto se crea Dios y esté castigando a los que él considera pecadores —replica Berta—. Sabemos que, por lo menos, Echevarría tenía una doble vida. Pueden ser tantas cosas.... En cualquier caso —continúa la inspectora—, está claro que el asesino está tratando de decirnos algo, y debemos averiguar el qué.

—O asesinos... —dice Ibón.

—¿Cómo? —pregunta Chloe.

—No está claro si hablamos de uno varios —explica Berta—. Si pensamos en lo que pudo suceder en el acuario, posiblemente fueron necesarias dos personas para secuestrar a Alicia Ortega.

La inspectora se pone de pie, se acerca hasta el rotafolio y pasa la página. Frente a ella se sitúa ahora una nueva hoja en blanco, sobre la que escribe la palabra «SOSPECHOSOS». En la calle sigue lloviendo a cántaros. El ruido de la lluvia se ve acompañado por el inquietante crepitar de los relámpagos. *Joder, ¿es que no va a dejar nunca de llover?*, se pregunta Berta a sí misma.

—Está bien, hablemos ahora de los sospechosos —propone.

—Bárbara —dice Chloe de inmediato—. Ibón, tú hablaste con ella, ¿no?

—Sí, pero nada. Creo que, más allá de acostarse con *daddie* Echevarría para conseguir dinero, no hizo nada malo.

Algo que ahora sabe toda Donostia, piensa Berta, que recuerda las horas y horas de programas de televisión diseccionando en horario de máxima audiencia el *affaire* entre Fermín Echevarría y Bárbara.

—Estoy de acuerdo —dice luego—, pero eso no quita que Echevarría llevara una doble vida. Hay que analizar si el asesino formaba parte de la segunda, la desconocida.

—Cierto —afirma Ibón—. En cualquier caso, le di mi tarjeta a la chica y le dije que me llamara si se enteraba de algo.

—Chloe, ¿había algo más en el ordenador de Echevarría, algo que nos pueda dar más pistas sobre esa doble vida? —inquire Berta.

—No, nada más. Lo único que había era su base de datos de correo, mayoritariamente del trabajo, y el historial de internet, donde encontré el perfil de Bárbara. Si había una doble vida, era física, no digital. Y ya sabéis que lo físico es más fácil de ocultar que lo digital...

Es cierto, por mucho que alguien trate de esconder su vida digital, es prácticamente imposible. Es más fácil saber el historial de ubicaciones o los intereses de una persona que tiene móvil que de alguien que no lo tiene. Si fuéramos realmente inteligentes, quemaríamos el móvil y volveríamos a los tiempos de los teléfonos analógicos, piensa Berta.

—Está bien, ¿más sospechosos? —inquire luego—. ¿La familia de Echevarría? ¿Su hijo? —insinúa mirando la lista de sospechosos todavía en blanco.

—No lo creo. Creo que admiraba a su padre y, además, verifiqué su coartada con los auditores de Madrid —replica Ibón—. Por otro lado, la esposa de Echevarría claramente no pudo hacerlo, aunque cabría pensar que vengar las infidelidades del marido podría ser un móvil.

—También tenemos la factura —les recuerda Chloe.

—Cierto, podemos tirar de ese hilo —añade Berta.

—Me temo que, nos guste o no, es el único que tenemos—sentencia Ibón.

La inspectora duda si decirles algo sobre la conversación de ayer en el Psychodromo con ese tipo llamado Heiko. A pesar de que ese hombre sabía dónde encontrar el vídeo del asesinato, todavía no tiene claro que le haya dicho la verdad. De hecho, todavía no tiene claro qué hacer con él. Finalmente, Berta decide mencionar la conversación, pero tratando de no generar demasiadas expectativas.

—Yo tengo algo más.

—¿A qué te refieres? —pregunta Ibón

—Ayer conocí a un tipo llamado Heiko que me aseguró que había hablado con el asesino.

—Bonito nombre —afirma Chloe.

—Yo le dije lo mismo —repite Berta sin poder contener una sonrisa—. El tipo es un guaperas, joven, de unos treinta años. Al parecer, es hijo de una familia rica de Vizcaya. Según me dijo, Hamlet lo llama para proporcionarle pistas sobre el paradero de su hermano, que desapareció hace diez años.

—Joder, Berta, ¿y por qué no nos has dicho nada hasta ahora? —pregunta Ibón algo molesto.

—¿Sinceramente?, porque no tengo nada claro que ese hombre esté diciendo la verdad, aunque es cierto que conoce información sobre el asesinato de Alicia Ortega que nadie debería saber.

—¿Cuál? —inquieta Chloe.

—El enlace de la *deep web* que te envié ayer... Según me contó, el asesino le había explicado que había grabado el asesinato y había cargado el vídeo en esa página.

—Jefa, el lugar en el que encontramos el vídeo de Ortega es la *deep web* dentro de la *deep web*. Nunca antes había visto algo tan oscuro, lo que me lleva a pensar que ese tipo no es de fiar y que deberíamos interrogarlo —afirma Chloe.

—Lo sé, lo sé —replica la inspectora, que también percibe el malestar de la detective coreana por no haber sido capaz de encontrar el vídeo del asesinato.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunta finalmente Ibón.

—Vosotros dos id a visitar esa joyería. Chloe, busca también en las bases de datos cualquier relación que pueda haber entre Fermín Echevarría y Alicia Ortega.

—¿Y tú qué harás? —pregunta Ibón.

—Yo hablaré con Gonzalo para ver qué hacemos con el guaperas —contesta decidida la inspectora.

Martes, 16 de febrero
Heiko

aprieta el paso hasta llegar a la imponente entrada de acero corten del restaurante situado en la ladera del monte Igueldo. Está lloviendo con fuerza y nota cómo el agua acumulada sobre el suelo trata de colarse en el interior de los zapatos. Cierra el paraguas, cruza la entrada del restaurante y lo deja en un bonito paragüero de color dorado a la derecha. Una vez en el interior del local, se da cuenta enseguida de que su madre se encuentra sentada en la misma mesa de siempre. A paso rápido, cruza el lujoso comedor tenuemente iluminado por unas majestuosas lámparas circulares que cuelgan imperturbables del techo.

—¿Qué tal, mamá? —pregunta una vez que ha arribado a la mesa.

—Hola, hijo. Me alegro de verte —contesta ella, mostrando una media sonrisa.

Desde el mismo momento en que la ve, Heiko piensa que hay algo que no va bien. No parece la misma de siempre. Presenta un aspecto cansado, como si no hubiera dormido. Heiko se quita la americana de traje de cuello Mao y la coloca sobre el respaldo de la silla.

—Heiko, ¿no podrías dejarla en el guardarropa como todo el mundo? —le pregunta ella molesta.

—Ya sabes, mamá, odio tener que ir recogerla después —contesta él mientras se sienta.

—Está bien —añade la mujer en tono condescendiente.

Gaia va vestida con un estilo sobrio y clásico: traje de dos piezas azul marino y jersey de cachemira blanco. Como siempre, lleva un maquillaje natural y va peinada con una discreta melena corta con raya al lado.

—Bueno, ¿qué tal todo? —inquire Heiko, evitando hacer ninguna observación sobre el inusual aspecto de la mujer.

—Ya sabes, muy ocupada.

—Me imagino. ¿Te parece que pidamos lo de siempre? —pregunta Heiko, que esta vez tiene prisa por regresar a casa. No en vano, aunque todavía no tiene una respuesta de la inspectora de policía, quiere empezar a buscar cuanto antes a Jamal Bouchar, el traficante que le mencionó Hamlet.

Hace años que suelen comer una vez al mes en este lugar. Siempre piden lo mismo: un menú degustación tan caro como sofisticado, todo ello regado con un tinto excelente que se tomarán a dieciséis grados exactos de temperatura.

—Como veas —contesta la madre con cierta apatía.

Heiko hace un gesto para llamar al *maître*, que se acerca inmediatamente hasta la mesa. Es un tipo regordete, de unos cincuenta años, que se llama Karlos. Lleva unas gafas redondas y tiene un frondoso bigote de pelo canoso.

—Señora Aguirre, señor Aguirre —los saluda.

—Hola, Karlos —responde la madre.

—¿Qué tal, Karlos? —saluda también Heiko.

—Muy bien. Me alegro de verles de nuevo. ¿Tomarán lo de siempre?

—Así es —responde Heiko—. Menú degustación para dos y un Peñas Aladas, por favor.

—Estupendo. ¡Marchando! —contesta Karlos complaciente, y se da la vuelta para marcharse.

Cuando el *maître* se ha alejado lo suficiente, Heiko pregunta:

—¿Qué tal fue el arranque de la convocatoria de becas?

Normalmente, Gaia suele abordar con entusiasmo cualquier tema relacionado con la Fundación Orkestra. Sin embargo, esta vez contesta con desgana, algo que preocupa todavía más a Heiko.

—Bueno, como siempre —responde la madre.

—¿Estás bien? —le pregunta él.

—Sí, aunque algo cansada.

—¿Seguro? —insiste Heiko.

Gaia se queda un rato pensativa, mirándolo.

—La verdad es que no, no estoy bien —se sincera finalmente.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de todos esos asesinatos.

Heiko se da cuenta entonces de que ha estado tan concentrado en encontrar a Mikel que no ha tenido tiempo para pensar en nada más, porque Hamlet está matando a hombres y mujeres vascos y ricos, dos de las principales características de su madre.

—Mamá, no te preocupes —le dice tratando de tranquilizarla—. Me consta que la policía está en ello y, tarde o temprano, capturará al asesino.

—No soy yo. Se trata de papá —le explica ella.

—¿Papá?

—Sí. Está obsesionado con la muerte de Fermín Echevarría y Alicia Ortega.

—¿No me digas que también conocía a esa otra mujer?

—Heiko, los ricos del País Vasco somos como una secta, nos conocemos todos.

Tiene razón, piensa él. De hecho, esa es la razón de que yo exista. En esa especie de secta debe haber alguien al que puedan acudir si desean hacer que una oveja descarriada vuelva al redil.

—¿Y qué es lo que le preocupa exactamente? —pregunta Heiko, más por mostrar interés por su madre que porque esté realmente preocupado por su padre.

—No lo sé, se pasa el día rezando y no deja de decir que Dios retribuye con la venganza a sus enemigos —repite Gaia.

—Quizás son cosas de la edad —sugiere Heiko.

—No —contesta ella sin dudarlo—. Son esas muertes, lo están trastornando. Si sigue así, tendrá otro ataque al corazón.

De repente, llega el *maître* con el vino, acompañado de un camarero con los primeros platos del menú: terrina de anchoas y arroz con coral de gamba roja. Mientras el *maître* descorcha el Peñas Aladas, Heiko no puede dejar de pensar en algo. No deja de ser inquietante que Hamlet afirme saber dónde se encuentra Mikel, pero, si a ello le sumamos que las víctimas de ese asesino forman parte del exclusivo círculo de amistades de sus padres, la situación empieza a ser realmente escalofriante.

Martes, 16 de febrero
Heiko

no se ha dado cuenta de que alguien lo ha seguido discretamente hasta el restaurante. Se trata de una sombra que se oculta en el interior de un vehículo situado en el amplio aparcamiento que rodea el local, alguien que ahora coloca los dedos sobre la pantalla de un móvil basado en tecnología militar que mantiene enfocado hacia la pareja. Los va separando hasta que el *zoom* de la cámara alcanza el máximo valor: veinticinco aumentos.

—Enternecedor... —susurra excitado en voz alta mientras observa a la pareja en el centro de la pantalla del moderno dispositivo.

La sombra puede apreciar incluso lo que están comiendo: unas anchoas acompañadas de tomates *cherry* y un arroz caldoso de color rojizo. Los camareros se desplazan serviciales alrededor de la mesa, sirviéndoles el vino. Heiko está hablando con la mujer y parece preocupado, a diferencia de la sombra, que está más que satisfecha con cómo están yendo las cosas. Solo dos muertos y las piezas del rompecabezas ya comienzan a encajar. *Salvo por la policía, él no tendría que haberse acercado a esa estúpida inspectora*, piensa.

Decide hacer una llamada. Pulsa el botón central del móvil, selecciona la opción de teléfono y pulsa nueve números en el teclado. A continuación, pulsa el botón verde. Se oye dos veces un timbre e inmediatamente la voz de una mujer que responde:

—¿Sí?

—Prepara todo. Es el turno de los Echanove —ordena él.

Miércoles, 17 de febrero
Berta

se recoloca en el sofá clásico de tres plazas de color beis. Sentado frente a ella, con las piernas cruzadas, en un sofá idéntico de una sola plaza, se encuentra Gonzalo. Como hace habitualmente, va vestido con pantalones grises de pinzas y jersey de cuello de pico del mismo color cubriendo una camisa blanca con botones en el cuello. Hoy no los ha acompañado durante la comida ninguno de los hijos del inspector jefe. Sí lo ha hecho Amparo, que, habiéndose dado cuenta de que su esposo quería tratar temas del trabajo con Berta, los ha dejado solos aduciendo que tenía faena que hacer.

—Las cosas están fastidiadas —está diciendo Gonzalo—. Como te puedes imaginar, después del error que cometimos, estamos en la cuerda floja. Además, los jefazos están recibiendo muchas presiones para que resolvamos este caso como sea, así que espero que tengas buenas noticias que contarme —añade el inspector, dando luego un sorbo a una copa de balón rellena de pacharán añejo.

—Puede ser —contesta ella—. He conocido a alguien que creo que puede ayudarnos a encontrar a Hamlet.

Después de darle muchas vueltas, se ha dado cuenta de que la única pista sólida que tienen para cazar al asesino antes de que vuelva a matar es la de Heiko. Por lo tanto, ha pensado en algo, pero necesita la aprobación del inspector jefe para llevarlo a cabo.

—¿De quién se trata? —inquire el inspector jefe frunciendo el ceño.

—Heiko Arizkun Aguirre, aunque decidió cambiarse en algún momento el orden de los apellidos y ahora se llama Heiko Aguirre Arizkun.

—Joder, Berta, no será el hijo de Ignacio Arizkun, ¿no? El dueño de Orkestra, la empresa de electrodomésticos.

—Así es —le confirma ella.

—Me cago en la mar, otra familia rica —se queja el inspector jefe en voz baja. No en vano, sabe perfectamente que a su mujer no le gusta que diga tacos.

—Lo sé, lo sé —replica ella tras beber de la copa de vino, un exquisito Ribera del Duero.

—¿Y por qué crees que ese tal Heiko puede ayudarnos?

—Porque vino a verme hace unos días y me contó que el asesino se ha puesto en contacto con él para darle pistas. —La inspectora obvia explicarle a su jefe que se encontraron en el bar dónde ella suele beber hasta emborracharse y encontrar a sus ligues, no necesariamente en ese orden.

—¿Pistas? ¿Qué tipo de pistas?

—Para encontrar a su hermano Mikel.

—Me acuerdo de él. Desapareció hace años. En su momento ocupó muchas páginas en los periódicos.

—Así es.

—¿Lo has investigado?

—¿A quién? —pregunta ella.

—A ese tal Heiko —repite el inspector jefe.

—Sí. Es rico, como sus padres, aunque parece que por méritos propios. —Gonzalo frunce el ceño.

—¿Tiene coartada?

—Sí.

—¿La habéis verificado?

—Ibón lo ha hecho —responde Berta.

—Entonces, no te entiendo. ¿En qué estás pensando? —inquire Gonzalo, pasándose preocupado la mano por la calva.

De repente se oye la voz de Amparo cantando una canción romántica. Berta cree que es uno de los temas más famosos de Demis Roussos: *Morir al lado de mi amor*. Lo conoce porque es el mismo que solía cantar su madre, a pesar de que nunca había conocido algo parecido al amor, más bien todo lo contrario. El inspector mueve la cabeza y le hace un gesto a Berta para que conteste:

—Quiero trabajar con él —dice ella.

—¿Te has vuelto loca?

—No. Creo que hay una posibilidad de que los asesinatos tengan algo que ver con la desaparición de Mikel Arizkun. En cualquier caso, si investigamos la posible conexión entre este y el asesino, tendremos más probabilidades de atrapar a este último.

Gonzalo da un nuevo sorbo al pacharán y se queda en silencio. De fondo se sigue oyendo a Amparo tarareando la bonita canción de amor.

—Berta, después de la cagada con Martínez —contesta finalmente el inspector jefe—, no puedo dejarte hacer lo que me pides.

—No te entiendo, no te estoy pidiendo nada raro.

—¿Que no? Me estás pidiendo abrir una línea de investigación a partir de las pistas que un sádico supuestamente proporciona al hijo de una de las familias más ricas del País Vasco para que encuentre a su hermano mayor desaparecido hace diez años...

—¿No dicen los jefazos que resolvamos este caso como sea? —le espeta ella—. Pues me temo que no tenemos muchas más opciones. A no ser que prefieran arriesgarse a enterrar a otro rico...

—¿Y si le ocurre algo a Heiko? Te recuerdo que es un civil.

—No le pasará nada. Yo me encargaré de ello —responde Berta pensando en que Heiko parece un tipo capaz de cuidar de sí mismo.

—Está bien, está bien... ¿Qué quieres decir exactamente con «trabajar con él»? —inquire el inspector jefe.

—Seguir las pistas que nos dé el asesino, pero no para encontrar a Mikel, sino para encontrar al asesino —le explica Berta.

El inspector jefe se queda pensativo.

—Gonzalo —insiste ella mirándolo fijamente a los ojos—, Hamlet no sigue las reglas. Si nosotros no hacemos lo mismo, será muy difícil que lo atrapemos.

El inspector jefe no contesta. Al cabo de unos segundos, deja la copa sobre la mesita redonda de tres patas junto al sofá y dice en tono muy serio:

—Te dejo que avances con ese hombre, pero ten mucho cuidado con lo que haces.

—Gracias, jefe —contesta Berta.

—Una cosa más —le pide el inspector jefe.

—¿Cuál? —replica ella.

—Atrapa a ese malnacido de Hamlet.

Miércoles, 17 de febrero
Berta

se pregunta qué está haciendo aquí, a las puertas del elitista Colegio de La Salle, un edificio imponente rodeado por un extenso campus, en una fría tarde de febrero a las cinco de la tarde. Oculta en el interior del maltrecho Citroën para que nadie pueda verla, tiene puesta la calefacción del vehículo al máximo para paliar el tremendo frío que hace. No obstante, en el fondo, ella sabe que está aquí porque, tras conocer a Heiko, ha vuelto a pensar en Marcos.

Mira en dirección a la entrada de la escuela. Hace tantos años que no se encontraba cerca de Marcos que le cuesta reconocerlo. Ha cogido algo de peso, tiene el pelo más canoso, pero sin duda es él. Pasaron tantos años y tantas cosas juntos que eso le permite estar segura de que es Marcos. *El dolor une como ningún otro sentimiento*, se dice sin dejar de observar al hombre.

Junto a él caminan sus dos hijas gemelas, sonrientes, felices como solo pueden serlo las adolescentes. Van vestidas igual, con un jersey de lana azul claro y pantalones vaqueros, el pelo recogido en una sencilla cola. Berta no sabe casi nada de ellas, apenas sus nombres, gracias a que hace años buscó en las redes sociales y vio que sus padres se referían a ellas como Lucía y María.

Los tres juntos caminan en dirección al coche, un elegante Mercedes GLC de color negro brillante. *Las cosas le siguen yendo bien*, piensa ella. Esta vez no los acompaña la madre, una bella mujer que parece haber nacido para vivir el tipo de vida que vive. Berta no sabe demasiado sobre ella, salvo que se casó con Marcos dos años después del incidente, el mismo suceso que disgustó tanto a Marcos que hizo que dejaran de hablarse para siempre. A pesar de todo, Berta sigue convencida de que hizo lo correcto. Y Gonzalo, que fue el primero al que ella acudió para pedirle ayuda, también. Desde entonces, a ellos dos los une una amistad inquebrantable. Sin embargo, a Marcos le pareció que Berta, sin ningún motivo de peso, había destruido todo aquello que los unía.

Qué fácil fue para ti, piensa Berta sin dejar de mirarlo. *Nunca tuviste que soportar los golpes con la hebilla del cinturón, ni las terribles bofetadas, ni los insultos. Tú nunca fuiste una puta, ni una inútil, ni te decían que no servías para nada.*

Jueves, 18 de febrero

Artur

Echanove vuelve a estudiar las fotografías por enésima vez. Se oye de fondo el relajante sonido de la música de Ludovico Einaudi, el increíble músico italiano autor de composiciones tan memorables como *Experience*. Las fotografías están esparcidas sobre el tablero de madera envejecida de la mesa del despacho, bajo la atenta mirada de un cristo redentor que se muestra en un precioso óleo que cuelga de la pared frente a él.

Las imágenes muestran diez obras de arte oriental: jarrones —dos—, tallas —cinco— y pinturas —tres—. Artur agarra una de las fotografías, la que ha llamado poderosamente su atención desde que la ha visto. Recuerda la historia del constructor inglés de sesenta y seis años que encontró un jarrón similar durante la limpieza del garaje en su casa en el condado de Derbyshire, en Inglaterra. El hombre no sabía nada sobre esa pieza, únicamente que su abuelo la había traído de China después de estar destinado en ese país durante la Segunda Guerra Mundial. Al parecer, durante muchos años, el jarrón estuvo acumulando polvo en una estantería del comedor de la casa del constructor. Dispuesto a conseguir el máximo de dinero para afrontar su jubilación, este decidió llevarlo junto a otras piezas para que lo tasaran en Hansons. Lo demás es historia: la casa de subastas valoró el jarrón en una horquilla de cuatrocientos ochenta a seiscientos mil euros —el resto de las piezas no tenía ningún valor y el constructor decidió donarlas a la beneficencia—. Sin embargo, durante la subasta el jarrón alcanzó un precio muy superior y se vendió por más de dos millones de euros a un comprador saudita.

Quién sabe, piensa Artur observando atentamente la fotografía, *quizás este sea mi día de suerte y me ocurra como al afortunado constructor*. Se trata de un bonito jarrón de porcelana con dibujos de plantas marinas de color azul sobre fondo blanco. Está adornado con la imagen de unas preciosas carpas doradas. Lo que más intriga a Artur son esas carpas, de las que sabe que eran la imagen de la riqueza y el éxito en la China de la dinastía Ming. Y, si eso fuera cierto, si esa pieza fuera un jarrón Ming, su valor podría superar los dos millones de euros.

Las fotografías han aparecido esta mañana dentro de un sobre sin remitente que alguien ha depositado en el buzón de la tienda, una casa de antigüedades especializada en arte oriental que está situada en el centro de San Sebastián. La tienda tiene un nombre no demasiado original: Antigüedades Echanove. Aimara, su mujer, también anticuaria, siempre dice lo mismo cuando alguien le pide que describa a Artur: «Es como Woody Allen, muy culto, pero ligeramente aburrido». A pesar de todo, la pareja lleva más de cincuenta años juntos.

Dentro del sobre, además de las fotografías, alguien ha escrito a mano una dirección y una nota. Lo ha hecho con letra de mujer: proporcionada, redondeada y armoniosa. La dirección es la de una calle de Zegama, un pequeño pueblo guipuzcoano situado en la cabecera del valle del río Oria y a los pies de la sierra de Azkorri. Artur ha consultado en internet, y en esa dirección hay una finca solitaria situada a las afueras del pueblo, rodeada de una amplia y frondosa extensión de terreno. Dicha finca fue la sede de una empresa dedicada a la apicultura. En pasado, porque cerró hace más de tres años. Según explica la web de la empresa, que curiosamente todavía funciona, aunque sea para advertir a los clientes de que han cerrado, disponían de más de quinientas colmenas que les permitían obtener mieles crudas de alta calidad. Adicionalmente, estudiaban las abejas en un laboratorio apícola ubicado en la misma finca.

Respecto a la nota, que no está firmada, dice lo siguiente:

Estimados señor y señora Echanove,

Estamos reformando la finca sita en la dirección adjunta para abrir un nuevo negocio y los obreros han encontrado estas piezas que parecen de arte oriental. Hemos visto que ustedes compran antigüedades de este tipo. Les llamaremos a lo largo de esta semana para ver si pudieran estar interesados.

Artur vuelve a mirar la fotografía. Está prácticamente convencido de que la pieza es un verdadero jarrón Ming del siglo dieciséis. Y también de que los posibles vendedores no son conocedores de ese tipo de arte. Nadie que lo fuera ofrecería una pieza tan valiosa de esa forma. Un escenario idóneo para hacer negocio, piensa Artur mientras sonríe mirando la nota, comprar casi gratis y vender muy caro. Hace rato que ha decidido que se va a acercar a esa finca junto a su esposa.

Jueves, 18 de febrero
Heiko

espera frente a la entrada posterior del deprimente bloque de pisos situado en el barrio de San Francisco, en Bilbao, un edificio cuya fachada en algún momento fue blanca pero que ahora está repleta de humedades y suciedad. El ambiente huele a trapicheo y violencia, todo ello mezclado con el aroma inconfundible del hachís y de la desesperación de aquellos que vienen a comprar su dosis diaria de cocaína. Aquí es donde la red de contactos afirma que trafica Jamal Bouchar, el camello que, según Hamlet, le vendía la droga a Mikel antes de que este desapareciera.

Coloca la mano en el bolsillo del pantalón y agarra el Rockphone. Abre la galería encriptada de fotos y observa la imagen del camello. Memoriza cada uno de sus rasgos. Cuando esté dentro del bloque de pisos, no podrá dudar. Sabe que los narcopisos se comunican unos con otros, formando una especie de inmenso queso gruyer. Una vez que acceda al interior del edificio, tendrá que encontrar al camello y actuar rápido. Si duda, puede morir.

Después de que visitara a Berta Sanders en aquel tugurio, se dio cuenta de que las cosas no iban a ser tan fáciles. En contra de lo que había previsto, no parecía que la inspectora tuviera ninguna intención de colaborar en la búsqueda de Hamlet. A pesar de que él le había demostrado con lo del vídeo que hablaba con el asesino, y de que tenía una coartada muy sólida que probaba que no podía ser Hamlet, no había vuelto a saber nada de la inspectora.

Guarda el móvil nuevamente en el bolsillo del pantalón y se acerca hasta uno de los camellos que ofrecen drogas en los alrededores del edificio, un tipo de unos cuarenta años vestido con unos sucios vaqueros de color negro y una mugrienta camiseta de los Cicatriz con manchas resacas de sudor en las axilas. Va peinado con una cresta rosa y varios aros enormes cuelgan de sus orejas deformadas.

—Hola, tronco, ¿qué quieres? —le pregunta el tipo.

—Cinco gramos de coca —le contesta Heiko.

—Putra madre, acompáñame —replica el camello.

Caminan hacia el edificio, Heiko detrás del camello, a una distancia prudencial. Cuando llegan a la puerta de entrada, se paran frente a un hombre sentado en una pringosa silla de playa decorada con flores. Se trata de un tipo muy gordo, tan gordo que Heiko duda que se pueda levantar de la silla sin ayuda. A su lado, una mesa de plástico sobre la que descansan una hamburguesa grasienta y una botella de Coca-Cola de dos litros prácticamente vacía. El camello hace un gesto al gordo, que, a su vez, hace un gesto de afirmación con la cabeza. Cruzan la puerta de entrada y el camello le dice:

—Prepara el dinero y sube dos pisos. Allí te darán la coca.

Heiko asiente. El tipo escupe sobre el suelo, se da la vuelta y regresa a la calle en busca de nuevos clientes. Él comienza a subir las escaleras. El suelo está lleno de yogures vacíos, latas de cerveza aplastadas y jeringuillas con restos de sangre. En el camino de subida al primer piso se encuentra con varios yonquis caminando en dirección contraria. Algunos mantienen la mirada baja al cruzarse con él, otros lo miran con complicidad. *Cuando se comparte la miseria, sin duda tiene mejor sabor*, piensa Heiko.

Llega al lugar de la segunda planta donde se vende la droga. Lo sabe porque todos los pisos tienen las puertas tapiadas con ladrillos excepto ese. Cruza la puerta y accede al interior. El olor es todavía peor que en el exterior. Está oscuro, apenas hay luz más allá de la proporcionada por

unas balizas de señalización que se encuentran tiradas a lo largo del cochambroso suelo. Heiko sigue caminando por un largo y estrecho pasillo. A mano izquierda, una lúgubre habitación donde unos tipos de aspecto peligroso están jugando a las cartas. Se oyen gritos y palabras en un idioma extranjero. También lloros de bebé. A mano derecha, una habitación mugrienta donde hay varios yonquis. Algunos fuman basuco, la cocaína de los pobres. Otros se inyectan droga de verdad: la gran dama blanca. Uno de los yonquis se encuentra espatarrado sobre un sofá repleto de manchas. Tiene el torso desnudo, los ojos cerrados y el brazo completamente estirado sobre el lateral del sofá, con la jeringuilla todavía clavada en él. Un reguero de sangre se desliza inexorablemente por el antebrazo del pobre tipo.

Heiko sigue andando y llega hasta la entrada de una habitación al final del oscuro pasillo. Una vez allí, lo ve. Se trata del tipo de la fotografía, un hombre de unos cincuenta años, piel oscura, barba frondosa y pelo corto rizado, rapado por ambos lados. Va vestido con una camiseta negra y una cazadora *bomber* de color verde militar. Está fumando un cigarrillo y se mueve agitado. A pesar de la falta de luz, lleva unas gafas de sol redondas de montura dorada, parecidas a las que utilizaba John Lennon. Detrás de él, un hombre corpulento con cara de pocos amigos le guarda las espaldas. A Heiko le recuerda a alguno de los delincuentes croatas con los que ha tenido que lidiar en alguna ocasión. *Esto debe ser la famosa Alianza de las Civilizaciones*, piensa antes de cruzar el umbral de la puerta.

—¡Otro cliente! —exclama Jamal tocándose la nariz—. ¿Qué es lo que necesitas, amigo?

Pronuncia la o con la gracia de algunos franceses, formando la letra con los labios. *Te encontré*, piensa Heiko, que nota cómo se le acelera el pulso. La habitación no es demasiado grande. Además de Jamal, su acompañante croata y Heiko, no hay nadie más. Las dos paredes a los lados de la puerta tienen agujeros del tamaño de una persona que las comunican con otras habitaciones tenebrosas. Una de ellas es un sucio lavabo con una bañera cubierto de mugre. De hecho, el tanque del inodoro descansa sobre el suelo de la habitación.

—Información —contesta Heiko, plantado frente a la puerta—. Lo que quiero es información, y te puedo pagar muy bien si me la das.

La suerte está echada, piensa. Sabe que el comportamiento de los camellos es imprevisible. A partir de ahora, es tan probable que Jamal le proporcione la información que necesita como que esto acabe mal. Tremendamente mal, para ser precisos.

—¡*Oh, mon Dieu!* —dice Jamal—. ¿Has oído, Alek? ¡Dice que quiere información!

El hombre corpulento alza los hombros y sonríe.

—¿Y qué tipo de información quieres, amigo? —inquieta el camello.

Heiko agarra nuevamente el móvil y le muestra una fotografía de su hermano Mikel.

—¿Qué sabes de este hombre? —pregunta.

Jamal se quita las gafas y entrecierra los ojos como si se estuviera esforzando por ver bien la pantalla. Al cabo de un rato, se las vuelve a colocar, deja de mirar el móvil y afirma:

—Nada, no sé naaaa-da.

—Te ruego que la mires otra vez —insiste Heiko sin dejar de mostrarle el móvil—. Si me das información sobre este hombre, te pagaré muy bien.

—¡*Oh là là!* Eso me gusta. El dinero me gusta. ¿Quién se supone que es ese tío de la foto?

—Mi hermano. Es mi hermano. Se llama Mikel.

—Está bien, está bien. ¿Tú lo conoces, Alek?

El croata niega con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Vaya... Yo diría que tampoco. Ya ves, no lo conocemos, amigo —afirma mostrando las

palmas de las manos.

Heiko está comenzando a perder la paciencia. Sin embargo, viendo el tamaño del croata, decide seguir intentándolo de buenas maneras.

—¿Estás seguro? Porque Mikel compraba la droga en Altza —dice mientras se guarda el móvil—. ¿Te suena?

De repente, Jamal se quita las gafas y se lo queda mirando. Tiene unos inquietantes ojos de color verde.

—Te he dicho que no sé quién es ese tal Mikel, no lo he visto en mi vida. Y ahora lárgate, tenemos trabajo —ordena mirando fijamente a Heiko.

Este se gira y se da cuenta de que una fila de yonquis espera detrás de él.

—Me extraña —afirma Heiko, decidido a no irse sin obtener lo que ha venido a buscar—, porque, según me cuentan los camellos de Altza, tú traficabas allí antes de venir a este... ¿antro?

—Joder, amigo, me estás tocando los cojones. Alek, echa a este tío a la puta calle —ordena Jamal al croata mientras se vuelve a colocar las gafas.

El hombre asiente y camina decidido hacia Heiko. Se planta frente a él y le lanza un puñetazo. Heiko se agacha y logra esquivarlo. Luego contragolpea con un poderoso directo a las costillas del croata. Sin embargo, este tiene los abdominales tan duros que parece no sentir el golpe. Heiko se levanta y se echa hacia atrás esperando el contraataque del croata.

—¡Cárgatelo! —exclama Jamal, completamente fuera de sí.

Alek obedece las órdenes del camello y echa a correr con una agilidad impropia de alguien tan grande, se agacha y carga con el hombro derecho contra Heiko. El golpe es tan fuerte que este sale disparado contra la pared desconchada, rebota y queda a cuatro patas sobre el suelo. Aprovechando la situación, el croata no duda en lanzarle una violenta patada al rostro. Heiko cae de espaldas contra el suelo, sintiendo un dolor tan fuerte que está a punto de perder el conocimiento.

—¡Muy bien, cabrón! —grita Jamal agitando los brazos ante la indiferencia de los yonquis que esperan a la entrada de la habitación.

Heiko apenas puede ponerse en pie. Entonces el croata se agacha para coger el tanque del inodoro que descansa sobre el suelo. Heiko se teme lo peor, pero el dolor es tan atroz que es incapaz de reaccionar. El otro hombre eleva el pesado inodoro por encima de su cabeza, dispuesto a lanzarlo sobre él. Sin embargo, Heiko se da cuenta de que el croata tiene una pierna más adelantada que la otra. En cuestión de segundos, saca fuerzas de flaqueza, se incorpora y golpea brutalmente el lateral de la pierna del croata con una poderosa patada desde el suelo. Nota cómo la rodilla del hombre se parte en dos y este cae al suelo entre chillidos de dolor.

—¡Levántate, *hijoputa*! ¡Eres una nenaza! ¡Levántate y acabe con él! —grita Jamal a su compañero, que está tirado sobre el suelo agarrándose la rodilla con la pierna completamente estirada.

Heiko se pone en pie. Le sangra la nariz y le duele terriblemente la espalda. Camina lentamente hacia el camello, que ahora parece asustado.

—No creo que se levante. Ahora, *a-mi-go*, dime todo lo que sepas sobre Mikel si no quieres ser el siguiente —amenaza Heiko con voz tranquila sin dejar de mirar a Jamal.

De repente, el camello se quita nuevamente las gafas, las lanza al rostro de Heiko y escapa corriendo por el agujero que lleva a una de las habitaciones contiguas.

Heiko persigue a Jamal, que vuela entre los pasillos que componen el bloque de narcopisos. El camello es ágil y logra mantenerse a unos metros de distancia de él. A los llantos del bebé se

han sumado ahora los gemidos estruendosos de una pareja que practica sexo.

Si logra escapar, la he jodido, piensa Heiko sin dejar de correr. Jamal atraviesa un nuevo agujero que conecta con un nuevo piso. Heiko lo sigue, cada vez más cerca. Sabe que, si lo captura, es la primera vez en años que conseguirá una pista sobre el paradero de su hermano.

El camello sigue corriendo y llega hasta las escaleras del edificio. Se detiene y parece dudar unos segundos hasta que empieza a subir los escalones. *El edificio debe tener una terraza en la parte superior*, piensa Heiko, que también ha llegado a las escaleras.

Al cabo de unos segundos subiendo escalones, siente como si el corazón le fuera a estallar. Algunos yonquis que bajan a la calle después de comprar droga se ven obligados a apartarse para que no los arrollen. Sin poder evitarlo, Heiko choca con uno de ellos, que termina cayendo sobre el suelo entre insultos. Sigue corriendo, mira hacia arriba y ve que solo quedan dos pisos para llegar a la terraza. Acelera, decidido a atrapar al camello antes de que escape. De repente, oye como si este se hubiera detenido. Él sigue corriendo.

—¡Joder, me cago en la puta! —se queja Jamal.

El camello empieza a golpear con fuerza una puerta, una patada tras otra, sin descanso. *Es la puerta de la terraza*, piensa Heiko. Cuando queda solo un piso para llegar hasta allí, oye el ruido de un objeto metálico pesado que cae rodando por las escaleras. Se trata de un bidón cuyo interior está ardiendo. Heiko lo evita en el último momento saltando por encima. Jamal sigue quejándose y golpeando la puerta sin cesar. Heiko se sitúa finalmente detrás del camello, resopla y dice:

—Deja de hacer el cretino si no quieres acabar como tu amigo.

Jueves, 18 de febrero
Chloe

e Ibón han decidido separarse después de visitar la distinguida joyería de la calle Loiola, la misma que aparecía en la factura que encontraron en el maltrecho cadáver de Alicia Ortega. El detective se ha ido calle abajo en dirección a la catedral del Buen Pastor. Chloe se ha quedado mirando cómo caminaba con paso decidido, sorteando los numerosos transeúntes que a las once de la mañana paseaban por la calle. Luego ella ha hecho lo propio en dirección contraria, hacia la avenida de la Libertad. El objetivo: preguntar a los comerciantes de la zona si vieron a Alicia Ortega el pasado 12 de febrero, un día antes de su muerte. Ese es el patrón que siguió Hamlet con Echevarría, lo secuestró y lo asesinó al día siguiente. Los detectives creen que pudo hacer lo mismo con Ortega. La duda es si la raptó aquí o en algún otro sitio, pero la factura del reloj es la única pista que tienen en este momento.

En la visita a la joyería, la dependienta, una bella mujer elegante y madura, les ha confirmado que Ortega era una cliente habitual y que le vendieron un Cartier de oro amarillo y acero hace tres semanas. Les ha dicho también que la mujer los llamó para decirles que el reloj no funcionaba bien. Ellos le pidieron que lo trajera a la tienda para cambiárselo o para que se lo reparara uno de los maestros relojeros. No en vano, el Cartier costaba varios miles de euros. Sin embargo, la mujer no había hecho caso de la petición.

Después de la visita a la joyería, Chloe ha interrogado a varios comerciantes, y la respuesta de todos ellos también ha sido negativa. Nadie ha visto a Ortega. Algunos recordaban haberla visto en alguna ocasión, pero hacía ya tiempo. La detective sigue caminando en dirección a la calle de San Marcial. Observa a su derecha un grupo de jóvenes tomando alegremente unas cervezas en la terraza de un viejo bar. Eso es lo que más le gusta a Chloe de este país: la sensación de libertad, de que nadie te controla. La detective nació en Pyongyang, la inquietante capital de Corea del Norte, una ciudad coronada por las colosales estatuas de bronce de Kim Il-sung y Kim Jong-il, el abuelo y padre de Kim Jong-un, el líder supremo del país asiático. Se trata de un lugar turbador donde los más de veinte millones de ciudadanos se clasifican según un sistema de castas llamado *songbun*. La asignación de cada persona a una casta se basa en el nivel de lealtad al régimen y los antecedentes familiares. Así pues, en Corea del Norte hay tres tipos de ciudadanos según el *songbun*: los leales, los vacilantes y los hostiles. Los primeros disfrutaban de los mayores derechos laborales, sociales y políticos. Los últimos son perseguidos desde el mismo día de su nacimiento. Al nacer, Chloe fue considerada leal, pues su abuelo fue uno de los soldados que murió defendiendo al país en la guerra de Corea. Como leal, la detective tenía derecho a residir en la capital y recibía todas las facilidades posibles para acceder a educación, vivienda y tratamiento médico, entre otros privilegios. De este modo, estudió Ingeniería y se convirtió en una de las mejores *hackers* del régimen de Kim Jong-un. Si muchos países financian extraoficialmente *hackers* para que lleven a cabo sabotajes o consigan información de valor, ellos constituían un selecto grupo que robaba capital en las plataformas extranjeras de criptomonedas. Una vez sustraídas, las blanqueaban y las convertían en dinero real, más de cuatrocientos millones de dólares en el año 2019. Sin embargo, solo un año más tarde, Chloe era clasificada como hostil y pasaba a ser uno más de los millones de parias que eran considerados enemigos de la patria por parte del régimen. Había cometido un gran error: había criticado al «amado y respetado líder supremo» y el Estado la había acusado de «cometer actos hostiles».

Evitó la cárcel gracias a su pasado como leal y el posicionamiento de su familia, pero perdió el trabajo, dejó de tener privilegios y la sometieron a continua vigilancia. Fue entonces cuando decidió escapar. Así lo hizo, y afortunadamente fue rescatada por un empresario vasco que la encontró vagando en la frontera con China y la llevó hasta España. Una vez aquí, Berta Sanders la acogió en su equipo, aunque, todavía hoy, el régimen norcoreano sigue considerando a Chloe una hostil y, por esta razón, ella todavía tiene miedo de que intenten asesinarla, como hizo el régimen con el hermano de Kim Jong-un, al que mataron dos mujeres jóvenes en el aeropuerto de Kuala Lumpur restregándole una toxina por el rostro sin saber que era mortal.

Llega hasta la calle de San Marcial y gira hacia la derecha. Camina lentamente, observando a ambos lados. En el izquierdo hay un hombre de unos cincuenta años y aspecto saludable. Está hablando con una pareja mientras parece que trata de venderles algo. A Chloe le parece que si alguien puede haber visto a Ortega estos días es ese tipo tan dicharachero. Se acerca decidida hasta él mientras la pareja ya se aleja charlando alegremente.

—Hola —lo saluda la detective mostrándole la placa—. Soy la detective Chloe Chung. ¿Podría hacerle unas preguntas, por favor?

—¡Claro que sí! —contesta el hombre.

Chloe observa algo raro en sus ojos, pero no termina de saber qué es. Se guarda la placa en el bolsillo de la gabardina con capucha, demasiado larga para una mujer tan bajita.

—Verá, estoy interesada en saber si ha visto a esta mujer por aquí estos últimos días —le explica al tiempo que le enseña una imagen de Alicia Ortega en la pantalla del teléfono móvil.

El hombre se queda mirando el teléfono móvil, pero parece no verlo. Entonces Chloe se da cuenta. Una tienda de venta de cupones de la ONCE está situada a unos metros de donde están ellos. *Anda, qué estúpida soy*, se dice.

—Disculpe, no me he dado cuenta de que no puede ver.

—¡Oh, no se preocupe! —replica él—. De hecho, casi es un piropo que no lo haya hecho. Odio estar encerrado en la tienda, me gusta estar fuera y hablar con la gente. ¡Así me resulta más fácil convencerlos de que compren mis cupones!

—Me lo imagino —dice Chloe mientras sonrío—. En cualquier caso, le pido disculpas nuevamente —añade dispuesta a marcharse.

—¿Por qué la busca? —inquire el hombre.

—¿Cómo?

—Que por qué busca a esa mujer —repite él.

—Ha desaparecido —le cuenta ella—. Creemos que estos últimos días podría haber estado paseando por esta zona de la ciudad.

—Entiendo... Lógicamente, no he podido verla, pero lo que sí le digo es que el pasado viernes sucedió algo muy extraño justo aquí mismo —afirma señalando a su alrededor.

—¿A qué se refiere? —pregunta Chloe intrigada.

—A que alguien metió a una mujer dentro de un coche contra su voluntad.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo oí —sentencia el hombre—. Oí el ruido del motor encendido del coche, el grito asustado de una mujer y alguien que abría la puerta del vehículo y la arrastraba hasta meterla dentro.

Chloe está a punto de dar un grito de alegría. Si es cierto lo que dice el vendedor de cupones, Hamlet podría haber secuestrado a Alicia Ortega aquí mismo. Esa suposición abre un nuevo abanico de posibilidades, aunque solo sea buscar las imágenes del asesino en las cámaras de

vigilancia de los alrededores.

—Hay algo más. Algo todavía más extraño —declara el hombre en tono misterioso.

—¿Qué es?

—Un perro. También oí el ladrido de un perro.

Viernes, 19 de febrero
Berta

trata de disimular que no se siente cómoda mientras espera la llegada de Heiko en el espacioso salón comedor. *Es tan grande como diez veces mi casa*, piensa. La ama de llaves la observa atentamente desde la cocina, adonde se ha dirigido después de recibirla y ofrecerle una taza de café que Berta ha rechazado amablemente. La discreta mujer le recuerda a un personaje entrañable de una novela de Agatha Christie. Otra cosa que también ha sorprendido a Berta es el número de gatos que viven en la casa. Ha contado hasta siete, todos ellos sin pelo salvo uno, un gato anaranjado de aspecto famélico y andares señoriales, el único que se ha aproximado hasta ella para restregarse entre sus piernas mientras el resto observaba atentamente cada uno de sus movimientos.

De repente, Heiko cruza el umbral de una de las puertas que dan al enorme salón comedor. Va vestido con una elegante *blazer* negra de corte ajustado y bonitos botones dorados. Debajo de la chaqueta, una sencilla camiseta blanca lisa en la que destacan unos pectorales bien formados.

—Inspectora —la saluda él mientras sonríe mostrando unos impolutos dientes blancos.

No hay nada como tener dinero, piensa ella antes de contestar:

—Hola, Heiko. ¿Qué te ha sucedido?

—¿Esto? —pregunta él señalándose la parte del rostro donde lo golpearon en el narcopiso—. Fue uno de los gatos. ¿Quieres un café? —inquire luego cambiando de tema—. De civeta, el mejor del mundo.

—Ningún café puede superar una deliciosa taza de té irlandés, cremoso y tostado.

—Discrepo, aunque reconozco que me he olvidado de que me contaste que tu padre nació en una nación de adictos al té.

—Así es —replica Berta.

—Está bien. Celeste nos puede llevar un café y un té a la terraza. Salgamos, si te parece, afuera —le pide Heiko.

La ama de llaves parece haberlo oído todo, porque se dispone a calentar el agua. Heiko se dirige hacia una amplia terraza. Berta lo sigue. Ya frente a la puerta, el hombre se detiene y le hace un gesto a ella para que la cruce. Salen los dos fuera, desde donde puede verse una magnífica vista de la bahía de la Concha.

—Esto es... precioso —afirma ella apoyando las manos sobre una moderna barandilla de aluminio negro.

—Sí, lo es —repite él—. De hecho, esta vista fue el motivo principal por el que me compré esta casa —añade mirando al extenso mar Cantábrico.

—¿Es tuya?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, podría ser de tus padres.

Heiko suelta una carcajada.

—Señorita Sanders, hace tiempo que gano mi propio dinero.

—¿Ah, sí? ¿A qué te dedicas?

—Soy gestor de inversiones.

—Debe ser un trabajo interesante, especialmente si te permite comprar casas tan caras como esta —afirma Berta mirando a su alrededor—. En cualquier caso, supongo que sabes que no he

venido hasta aquí para hablar sobre tu trabajo.

—Me imagino —replica él sin dejar de sonreír.

—¿Ha vuelto el asesino a ponerse en contacto contigo?

—No, todavía no.

—Desde que hablamos la última vez, hay un tema sobre el que no dejo de pensar.

—¿Cuál? —inquire Heiko con aspecto intrigado.

—Verás, dijiste que su teléfono era irrastreable. ¿Cómo lo sabes?

—Porque yo tengo uno igual.

—Pues no parece que funcione demasiado bien —le espeta ella.

—Cierto, aunque, en principio, todo eso solo indica que Hamlet tiene el dinero suficiente para contratar a un *hacker* para piratear un terminal. Nada más.

—Ni nada menos... Ahora ya sabemos que, además de ser un puñetero psicópata, Hamlet podría ser rico. En cualquier caso, ¿puedo saber para qué necesita un gestor de inversiones un teléfono más seguro que el de cualquiera de los mortales? —pregunta Berta.

—Ya ves, inspectora, tengo un trabajo complicado —contesta Heiko mostrando las palmas de las manos.

Berta ha hablado con Chloe sobre ese tipo de móviles ultraseguros. Ella le ha explicado que, al disponer de tecnología militar, suelen ser dispositivos muy caros que son utilizados por políticos del máximo nivel para evitar que nadie los rastree. También por traficantes de drogas y otros que viven al margen de la ley. *La deep web dentro de la deep web*, recuerda Berta antes de decir:

—Heiko, entiendo que no quieras contármelo todo, pero supongo que sabes que la clave para que yo atrape a Hamlet y tú encuentres a tu hermano es que seas sincero conmigo.

—Lo sé —dice este.

—Aunque, si no lo haces, siempre podría llevarte de visita a la comisaría —añade la inspectora.

—También lo sé —repite Heiko—, aunque me imagino que, si no lo has hecho ya, es algo que no vas a hacer.

Ni que hubieras hablado con Gonzalo, piensa Berta.

—Por lo tanto —continúa Heiko—, teniendo en cuenta que tú no me vas a detener y yo ya te he contado todo lo que sé sobre Hamlet, diría que ahora te toca a ti hacer lo propio.

Berta mira hacia la cocina. La ama de llaves sigue preparando las bebidas. *Qué demonios*, se dice, *esto es como el huevo y la gallina: o empiezo a compartir información de verdad, o esto será una pérdida de tiempo*.

—La verdad es que no sabemos demasiado sobre Hamlet —explica finalmente ella tras apoyar la espalda en la barandilla. A lo lejos se oye el fuerte graznido de unas gaviotas antes de levantar el vuelo—. Sabemos que todas las víctimas son ricas y que las prepara antes de matarlas, como una especie de ritual.

Berta continúa explicándole a Heiko lo que han averiguado hasta el momento. Él la escucha atentamente sin decir nada.

—Lo que sí que creemos es que el asesino conocía a Echevarría —termina la inspectora, que prefiere obviar que esa suposición se deriva de una intuición suya.

—Me temo que Fermín Echevarría era alguien muy conocido —replica Heiko—. De hecho, mis padres también lo conocían. En realidad, la familia de mi padre le prestó el dinero con el que Echevarría fundó su empresa.

—Interesante —sugiere Berta—. ¿Crees que podrías hablar con tu padre para saber más del tema?

—Difícil —contesta él—. Digamos que mi padre y yo no hablamos demasiado.

Berta se lo queda mirando intrigada.

—Problemas de familia —aclarar él—. En cualquier caso, no creo que me dijera mucho más de lo que te he dicho.

Berta no contesta, aunque empieza a comprender mejor por qué Heiko decidió cambiar en algún momento el orden de sus apellidos.

—Eso es todo lo que tenemos por ahora —concluye Berta—, además de una factura de un reloj que Alicia Ortega compró en una tienda y que mi equipo está investigando.

—No es demasiado —sentencia Heiko.

Luego se queda un rato pensativo, como si estuviera valorando algo. Finalmente, dice lo siguiente:

—Yo podría tener algo más.

—¿De qué se trata?

—La pista que me dio Hamlet cuando me llamó me ha llevado hasta un nombre.

Berta se lo queda mirando y alza las cejas.

—Bombón —dice él.

—¿Bombón? —repite ella.

—Sí, era un yonqui amigo de mi hermano. También era chaperero, de ahí su nombre. Al parecer, fue la última persona que vio a Mikel con vida. Me lo contó Jamal Bouchar, un camello que le vendía la droga a mi hermano en la etapa previa a su desaparición. Hamlet me habló de él la segunda vez que me llamó.

—Entiendo —dice Berta mientras hace un gesto que parece indicar que ahora comprende mejor las marcas en el rostro de Heiko.

Viernes, 19 de febrero
Chloe

está concentrada en la pantalla del ordenador portátil de última generación. De fondo, a bajo volumen, se oye la canción *Me olvidé de vivir*, de Julio Iglesias, reproducida desde Spotify. Gracias al cantautor, de la que la detective se convirtió en fan declarada tras conocer sus temas por recomendación del inspector jefe, la detective aprendió español tras llegar a España desde Corea del Norte.

—A ver si lo entiendo... —está diciendo Ibón—, ¿dices que en esta web hay más de quinientos mil sonidos de coches diferentes?

—Así es —responde ella sin dejar de teclear. Los pequeños dedos recorren el moderno teclado escribiendo las sentencias del programa informático que espera que ayude a determinar el tipo de coche que oyó el invidente de la calle San Marcial: el coche que utilizó el asesino para secuestrar a Alicia Ortega.

—¿Y para qué quiere la gente todos esos sonidos? —pregunta Ibón.

—Ya te lo he dicho —replica ella como si estuviera hablando con un niño—. En esta web hay juegos de datos para entrenar modelos de inteligencia artificial. Además, los ha probado la comunidad y se sabe que funcionan.

—Espera, espera... —le pide él frunciendo el ceño—, puedo entender que alguien tenga interés en guardar miles de ruiditos de coche, pero ¿qué pinta la dichosa inteligencia artificial en todo esto?

Chloe adora a Ibón, aunque a veces lo estrangularía con sus propias manos. Trata de seguir concentrada en el programa informático mientras la serena voz de Julio le transmite la quietud necesaria para no hacer demasiado caso de las palabras de su amigo. «De tanto jugar con quien yo más quería, perdí sin querer lo mejor que tenía», está cantando Julio.

—Este juego de datos en concreto se utilizó para entrenar un algoritmo que permite averiguar si un coche está averiado —le explica ella al detective.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que nos ha dicho ese hombre? —pregunta él señalando la sala de interrogatorios que se encuentra tras un cristal frente a ellos—. Acaba de testificar y nos ha dicho que recuerda perfectamente el sonido del coche pero que no sabe decirnos el modelo y la marca.

—Tiene mucho que ver. Todos los registros de esta base de datos tienen el nombre de la marca y el modelo del coche, además del sonido del motor —contesta Chloe en un tono de voz que parece indicar que lo que se deriva de esa afirmación es más que evidente.

—¿Y? —inquire Ibón, que es inmune a la actitud de la detective.

—Fácil —contesta ella señalando la pantalla del ordenador portátil—, he creado un algoritmo que, en función de las indicaciones del testigo, será capaz de determinar el sonido del motor del coche que oyó el día del secuestro de Ortega.

§§§

—¿Qué le parece este? —pregunta Chloe subiendo el volumen del ordenador.

El hombre ciego está sentado frente a ella en la sala de interrogatorios. A su lado se sienta Ibón, que observa atentamente todo lo que ocurre. El detective parece cansado, llevan más de dos horas intentándolo, sin resultados hasta el momento.

—No sé... —contesta dubitativo el testigo—. Creo que era más agudo.

—Entiendo —replica Chloe.

Entonces modifica los parámetros del programa informático, ajustando las variables de frecuencia e intensidad del sonido. Pulsa el botón de búsqueda y el programa proporciona inmediatamente un nuevo candidato. Chloe reproduce el sonido del motor propuesto en el ordenador. Espera unos segundos y pregunta:

—¿Y este?

—Este no era —afirma el testigo—. Seguro. El sonido del motor que oí era completamente diferente.

A pesar de que Chloe está convencida de que la inteligencia artificial puede dar con la solución, empieza a desesperarse. No obstante, sabe también que ese hombre es la única pista que tienen y decide preguntar de nuevo.

—¿Más agudo? ¿Más grave? ¿Más potente?

De repente, Ibón se levanta enfurruñado de su asiento y dice:

—Estamos perdiendo el tiempo.

—¿A qué te refieres? —inquire Chloe.

—A que esto es imposible. ¿Cómo pretendes adivinar la marca y el modelo de un coche por el sonido de su motor?

—¿De la misma forma que adivinas quién canta una canción por el sonido de su voz?

—Claro, claro... No se me había ocurrido —replica el detective con sorna.

—Aunque entiendo que, para alguien que usa un móvil Android que debió comprar hace más de cinco años, eso sea difícil de creer —le espeta Chloe, que, cuando se enfada, deja de mostrar su habitual aspecto angelical.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ibón al tiempo que mira su teléfono móvil, que tiene exactamente ocho años.

El testigo los observa atentamente mientras discuten. Finalmente, se decide a intervenir:

—Disculpen —dice—. Hay algo que no les he explicado y quizás sea importante.

Los dos detectives se callan a la vez. Se giran y se quedan mirando fijamente al hombre.

—Verán —empieza este—, el sonido que oí parecía el de una nave espacial.

—¿Qué?! —pregunta Ibón sorprendido.

—Soy consciente de que lo que les digo es extraño, pero me recordó a una nave espacial de las películas de los setenta.

—Lo que faltaba... —susurra Ibón.

—A medida que se alejaba, ¿disminuyó el volumen del sonido del motor? —pregunta sin embargo Chloe, con los ojos brillantes, como si se le hubiera ocurrido una idea relevante.

—Sí, eso es. Primero sonó como una nave espacial y, a medida que el vehículo se alejaba, el nivel de ruido fue decreciendo e incluso cambió.

Chloe sonríe antes de exclamar:

—¡Era un coche eléctrico! Desde hace años, la Unión Europea los obliga a generar un sonido artificial hasta que alcancen los veinte kilómetros por hora —explica la detective—. El sistema se llama SAAV y se utiliza para avisar a los transeúntes de que hay un vehículo cerca. Superada esa velocidad, el SAAV ya no se necesita porque los coches eléctricos hacen el ruido suficiente

para avisar a los transeúntes de que el vehículo está en marcha.

La detective empieza a teclear con rapidez. Ajusta los parámetros de selección hasta encontrar los adecuados. Entonces pulsa el botón de reproducción y se queda en silencio. En el interior de la sala se oye durante unos segundos el sonido del vehículo propuesto por el programa de ordenador.

—No me jodas —dice Ibón—. Parece el Halcón Milenario de la *Guerra de las Galaxias* —afirma luego.

—¿Es este? —le pregunta Chloe al testigo.

—Sí, este es —contesta el hombre mientras sonríe.

La detective mira la propuesta en la pantalla del ordenador. El coche en el que Hamlet secuestró a Alicia Ortega es un Volkswagen ID.3.

Viernes, 19 de febrero
Berta

está alucinando con las increíbles explicaciones de Chloe. Al parecer, la detective coreana ha utilizado un modelo de inteligencia artificial para encontrar el lugar del secuestro de Alicia Ortega y conocer la marca y el modelo del coche con que lo hicieron. A Berta, el tema de la inteligencia artificial le resulta tan poco comprensible como una ecuación diferencial de quinto grado.

—¿Has mirado en todo el círculo de confianza de Fermín Echevarría? —pregunta.

—Sí.

—¿Y?

—Nada. Ninguno de ellos tiene un Volkswagen ID.3. Tampoco Bárbara, la amiguita de Echevarría.

Tendré que comprobar si lo tiene Heiko, piensa Berta, que, a pesar de saber que tiene una coartada, no puede dejar de pensar que oculta algo.

—¿Alguna imagen en las cámaras cerca de la zona donde se llevó a cabo el secuestro? —inquire Berta—. Fue en la calle San Marcial, ¿no?

—Sí, cerca de la calle Urbietta. Ninguna imagen —contesta Ibón—. Parece ser que volvieron a inhibir las cámaras de vigilancia.

La inspectora conoce lo suficiente al detective como para saber que debe estar frustrado porque, una vez más, Chloe le ha demostrado que lo digital ayuda a resolver casos. *Y eso, para un macho alfa amante de lo analógico, es difícil de aceptar*, piensa Berta.

—Parece la historia de este caso... —sentencia luego.

—¿Cuál? —pregunta Chloe.

—No disponer de ninguna imagen de las cámaras de seguridad.

La inspectora recuerda lo que habló con Heiko. El hecho de que inhiban los sistemas de seguridad o que sustituyan la imagen del asesino por un estúpido muñeco en los vídeos, todo ello apunta a que la tesis de Heiko es correcta. Hamlet podría ser alguien con el dinero suficiente para contratar a ingenieros muy especializados, serlo él mismo o ambas cosas.

—¿Cuántas personas tienen un coche de ese tipo en el País Vasco? —inquire Berta.

—Más de diez mil —contesta Chloe.

—Nunca me habría imaginado que a la gente le gustaran tanto los coches eléctricos —afirma Ibón.

—Ya ves... —repite Berta.

—Más de ochenta mil en toda España —añade Chloe.

—Demasiados —dice la inspectora—. Por otro lado, ¿has encontrado alguna relación entre Fermín Echevarría y Alicia Ortega? —le pregunta luego a Chloe.

—De momento, ninguna más allá de la evidente: que ambos eran tremendamente ricos —contesta esta.

—Está bien, seguid tirando del hilo del coche a ver qué conseguimos.

Por mi parte, me temo que ha llegado la hora de ir a buscar a ese tal Bombón, piensa Berta.

Sábado, 20 de febrero
Berta

observa con curiosidad el interior del coche, un lujoso Maserati Ghibli dotado con un poderoso motor de más de trescientos caballos. En el volante destaca un impresionante tridente plateado como el que poseía el dios Neptuno. La tapicería de los asientos es de una sofisticada piel negra con ribetes rojos. Una enorme pantalla multimedia en el centro del salpicadero muestra el título de la canción que está sonando en estos momentos: *Sound of silence*, de Disturbed, un grupo del que la inspectora no había oído hablar nunca antes de hoy.

Conducen en dirección al paseo de la Concha, hacia la famosa discoteca donde, según Heiko, se encuentra Bombón. De repente, el semáforo se pone en rojo y este reduce la velocidad hasta detenerse detrás de otro vehículo. Un grupo de chicas que caminan por la acera a su izquierda hacen gestos en dirección al impresionante deportivo mientras se ríen con coquetería. Heiko les devuelve la sonrisa, mientras que Berta se siente algo incómoda pensando que las chicas seguramente pensarán que ella es la madre del conductor.

—¿Cómo sabes que Bombón está en esa discoteca? —le pregunta Berta, tratando de volver a centrarse en lo que deben hacer hoy.

—Porque tengo una excelente red de contactos —responde Heiko relajado.

Ella frunce el ceño, mostrando que no está demasiado satisfecha con la respuesta. Mientras, el semáforo cambia a verde y él acelera nuevamente en dirección a su destino. El sonido del vehículo le recuerda a Berta al de los monoplazas que compiten en las carreras que emiten los domingos por televisión. En ese instante se da cuenta de que quizás no tiene un momento mejor para preguntarle a Heiko aquello en lo que lleva varios días pensando.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dice.

—Claro —contesta él.

—¿Por qué crees que está vivo?

Heiko se sorprende y, durante un corto espacio de tiempo, gira la cabeza y se la queda mirando con curiosidad. Luego vuelve la vista a la carretera e inquiere:

—¿Quién?

—Mikel.

En realidad, esa no es la pregunta que martillea el cerebro de Berta desde hace días. En realidad, la pregunta que se realiza a sí mismo insistentemente es: ¿hasta dónde debe estar dispuesto a llegar alguien por recuperar a su hermano?

—Quiero decir —le aclara la inspectora— que ya hace diez años que desapareció sin dejar rastro. Eso es mucho tiempo...

—Lo que dices es cierto —replica Heiko—, aunque Mikel tenía motivos fundados para marcharse de casa.

—¿Cuáles? —pregunta ella.

—¿Te parece poco ser el hijo homosexual y heroinómano de una familia rica del Opus Dei? —se sincera él.

—Tengo entendido que también era la persona en la que tu padre confiaba para preservar el legado familiar.

—Así es —responde Heiko—. Somos solo tres hermanos: Mikel, que es el primogénito, mi hermana pequeña Idoia y yo.

Berta se da cuenta de que ha utilizado el presente para describir a su hermano. Respecto a Idoia, la inspectora también ha leído toda la información que le preparó Chloe sobre ella. Al parecer, es una escritora de éxito que publica novelas románticas que tienen mucho éxito entre los jóvenes.

—Quizás Mikel se fue del país para evitar todas esas presiones familiares —sugiere la inspectora.

—Eso es lo que dijeron algunos periódicos, pero a mí no me encaja —responde Heiko.

A unos cientos de metros de donde están se encuentra la discoteca, una construcción en forma de pirámide con un gran letrero luminoso sobre la entrada. Son casi las doce de la noche y una larga cola de gente espera ya para acceder al local.

—Verás —continúa Heiko—, mi hermano era un desastre, un tipo demasiado sensible incapaz de formar parte de un mundo que se le antojaba atroz y despiadado. Pero, de una forma u otra, también era un valiente, y no me lo imagino huyendo del país por ese motivo.

—Entonces, ¿dónde crees que puede estar?

—No lo sé, Berta —contesta él mientras aprieta con fuerza el volante con las manos—. Pero lo que sí sé es que seguiré haciendo todo lo que esté en mi mano para encontrarlo.

Sábado, 20 de febrero
Heiko

se sienta en la discreta mesa del reservado de la moderna discoteca. Los respaldos de las sillas son bañeras inclinadas iluminadas por una tenue luz amarillenta. Él va vestido con un traje ajustado de color azul, impecable camisa blanca sin corbata y unos zapatos negros de piel de cocodrilo encerada de la marca Louis Vuitton. Escucha la música que suena a todo volumen por los altavoces, maldiciendo en silencio el día en que se puso de moda el reguetón.

A su lado se encuentra Berta, quien, a diferencia de él, no parece demasiado preocupada por la vestimenta: zapatillas ajadas de deporte, unos sencillos vaqueros, jersey de lana blanca con alguna que otra bola y la sempiterna cazadora de cuero de color marrón. No hay demasiada luz en el reservado, aunque se encuentran tan cerca de Bombón que Heiko puede ver la marca de su reloj: un carísimo Jacob & Co con diamantes engastados en el bisel. Viste pantalones vaqueros holgados y una camiseta blanca y roja de jugador de baloncesto. Una larga y gruesa cadena de oro rodea su cuello y tiene el pelo muy corto teñido de rubio platino. Está sentado en una mesa delante de ellos, junto a dos bellas mujeres jóvenes, rodeados por varias botellas vacías de champán.

¿*Qué demonios hacía Mikel con un tipo como este?*, piensa Heiko, que nota cómo se le acelera el corazón al saber que, en cualquier caso, es la primera vez desde hace años que está cerca de alguien que podría decirle dónde se encuentra su hermano —o *qué le pasó*, se dice recordando la complicada pregunta de la inspectora—. Se dispone a levantarse para acercarse hasta el hombre cuando Berta le hace un gesto y le ordena lo siguiente:

—Espera, yo soy la policía. Yo me encargo.

Él no contesta. La inspectora se pone de pie y se dirige decidida hacia Bombón. Heiko la sigue algo incómodo, no en vano no está acostumbrado a mantenerse en un segundo plano en este tipo de situaciones. Cuando llegan junto a la mesa del traficante, una de las chicas termina de servirse una nueva copa de champán mientras este se queda mirando a Berta y exclama:

—¡Otra tía buena decidida a unirse a la fiesta! ¿Cómo te llamas, cariño?

La inspectora le devuelve la mirada con cara de sorpresa. Varias rayas de cocaína se alinean sobre un pequeño espejo de cristal encima de la mesa. Finalmente, ella mete la mano en el interior del bolsillo de la chaqueta, agarra la placa de policía y espeta lo siguiente mientras la muestra:

—Inspectora Berta Sanders, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Encantado de conocerte, ca-ri-ño.

—¡Una poli! No sabes lo que me ponen —replica el traficante, que parece totalmente colocado—. ¿Y el maromo? —añade señalando a Heiko—. ¿Quién es? ¿El comisario general?

Heiko avanza un paso, acercándose lo suficiente a Bombón. Sin embargo, decide no hacer nada todavía, siente curiosidad por ver cómo gestiona Berta una situación tan complicada.

—Verás, Bombón —repite ella—, ni es mi maromo, ni es el comisario general.

Al oír cómo lo ha llamado Berta, una de las chicas se cubre la boca para tratar de disimular una sonrisa. Sin embargo, a Bombón no parece hacerle ninguna gracia, porque le pregunta en tono agresivo:

—¿Cómo me has llamado?

—Bombón —repite ella—. Así te llaman tus amigos, ¿no?

—Nadie me llama ya así. Y tú tampoco deberías hacerlo si no quieres tener problemas — contesta el traficante, dispuesto a ponerse en pie.

Una de las chicas, que todavía tiene restos de polvo blanco bajo la perfecta nariz operada, intenta detenerlo agarrándolo del hombro. Sin embargo, Bombón se zafa fácilmente y termina levantándose. Se coloca frente a Berta y la mira fijamente. Es alto, debe medir metro ochenta y cinco, y sus ojos son pequeños y amenazadores como los de un chimpancé enfurecido.

—Mira, cariño —dice Bombón—, no sé qué coño quieres, pero lárgate de aquí echando hostias o vas a tener problemas —la amenaza luego al tiempo que muestra una navaja automática de hoja larga y afilada que ha sacado del bolsillo del pantalón.

A pesar de que el hombre es mucho más corpulento que Berta y de que va armado, ella no parece amilanarse. No obstante, Heiko decide intervenir para evitarse problemas y golpea con el canto de la mano la mandíbula de Bombón. Este, que no se esperaba el golpe, suelta la navaja, da un grito y empieza a sangrar por la boca. *Nunca falla*, piensa Heiko, que sabe que la sangre es el resultado de que alguno de los dientes incisivos se haya partido. También sabe que el dolor que va a sentir el traficante a lo largo de las próximas horas va a ser insoportable.

—¡Cabronazo! —exclama Bombón, aunque se le entiende con dificultades.

—¡Heiko! —grita también la inspectora, que recoge la navaja del suelo, la pliega y se la guarda en el bolsillo—. ¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

Las dos chicas se levantan y se disponen a salir corriendo. Sin embargo, una de ellas todavía tiene tiempo de pasar el dedo por encima de la cocaína y frotárselo contra las encías. El resto de los clientes del reservado los miran con curiosidad, pero no parecen demasiado preocupados. Sin duda, no es la primera vez que asisten a una pelea, y no será la última.

—Tenía una navaja y he pensado que necesitabas ayuda... —se excusa Heiko levantando los hombros.

—¡Está bien, está bien! —contesta ella abrumada mientras coge un pañuelo de papel del bolsillo de la chaqueta y se lo ofrece a Bombón—. ¡Pero recuerda que la policía soy yo!

De repente, dos tipos fornidos, que más bien parecen dos armarios roperos gigantes, se suman a la fiesta y les preguntan:

—¿Qué demonios pasa aquí?

La inspectora vuelve a enseñar la placa y les dice:

—Nada, no pasa nada. Soy la inspectora Berta Sanders y este es... —duda unos instantes mirando a Heiko— mi compañero —añade finalmente—. Ese hombre es sospechoso de asesinato y, mientras lo estábamos interrogando, se ha golpeado fortuitamente contra la mesa — afirma señalando a Bombón.

Los dos tipos de seguridad se quedan mirando al traficante. Luego miran a Berta y finalmente a Heiko. Parecen dudar sobre lo que deben hacer.

—Está bien, está bien —dice finalmente el más grueso de los dos—, pero no queremos más follón, ¿entendido?

—Por supuesto, caballeros —les contesta Heiko, que se desabrocha la americana y se sienta—. Bombón, siéntate un ratito con nosotros —añade luego golpeándose la pierna con la palma de la mano.

El traficante lo mira aterrorizado. No en vano, todavía tiene los ojos llorosos y restos de sangre en la comisura de los labios. Luego se limpia la sangre con el pañuelo que le ha dado Berta, lo mira para comprobar la magnitud del problema y lo tira arrugado sobre la mesa antes de sentarse. La inspectora hace lo propio y se coloca junto a Heiko. Esta vez, él no espera a que

Berta controle la situación. Saca una foto de Mikel del bolsillo de la chaqueta y se la muestra a Bombón antes de decir:

—¿Lo conoces?

El traficante mira la imagen, pero se mantiene en silencio. En ella, Mikel va vestido con unos viejos vaqueros desgastados y una camisa blanca de manga larga por fuera del pantalón. *En esa época siempre llevaba manga larga*, recuerda Heiko, era la única forma de ocultar las venas quemadas por la heroína.

—¿Lo conoces? —repite Heiko, que está empezando a ponerse nervioso.

Bombón mira a Berta como si tratara de pedir clemencia, pero esta parece inmune y le hace un gesto claro con la cabeza para que conteste.

—Sí, pero hace mucho tiempo que no lo veo —contesta finalmente el traficante antes de sorber los mocos.

Los dos guardias de seguridad se han quedado unos minutos hasta ver que todo volvía la normalidad, pero ya han abandonado la sala. De fondo suena una horrorosa canción que habla sobre una tía que está «rica» y a la que el cantante «tiene que apretar».

—¿Dónde lo viste por última vez? —le pregunta Berta.

—¡No lo sé, tía! ¡Hace más de diez putos años que no lo veo! —suplica el traficante.

Heiko se mueve inquieto sobre la silla. Bombón comprende perfectamente lo que le está tratando de decir, porque recupera la memoria de inmediato.

—Consumíamos heroína juntos. Sin embargo, él era un puto yonqui. Yo no —niega agitando las manos con vehemencia—. Por esta razón, yo lo superé y ahora jodo, ya no me joden.

—¿Dónde lo viste por última vez? —insiste Berta, sin hacer caso de las palabras de Bombón.

—Nos chutábamos en un narcopiso de San Francisco. Recuerdo que los días antes de que desapareciera estaba siempre rayado.

—¿Qué quieres decir? —inquieta Heiko.

—Que decía que lo iban a matar. Que sabía demasiado y que lo iban a matar por ello. De hecho, caminaba mirando siempre hacia atrás y no se atrevía a ir solo por la calle.

—¿Te dijo de quién tenía miedo? —pregunta Heiko.

—Sí, me lo dijo, pero era todo tan extraño que no le hice caso.

—¿De quién? —inquieta Heiko.

—De una sicaria, supongo. Decía que una mujer a la que llamaban la Filósofa quería matarlo.

Lunes, 22 de febrero

Berta

lee la palabra «PISTAS» escrita con un grueso rotulador rojo en la parte superior de la página en blanco del rotafolio. Debajo de esa palabra hay escritos únicamente dos nombres: el de una persona de la que no saben nada más —la Filósofa— y el de una marca y modelo de coche —Volkswagen ID.3—. *Teóricamente, esas dos pistas nos deberían llevar hasta Hamlet. Sin embargo, es como si estuviéramos viendo la punta de un iceberg, un grandioso pedazo de hielo que, bajo la aparentemente sencilla forma que flota sobre el agua, esconde una parte inferior extremadamente compleja*, se dice Berta.

—¿Sabemos algo más del coche? —pregunta Ibón señalando el rotafolio.

—Sí, que ese modelo lo tienen demasiadas personas —contesta Berta.

Ibón suspira decepcionado.

—¿Y la Filósofa? —inquire después—. ¿Quién se supone que es esa mujer?

—Se trata del nombre de una sicaria que, al parecer, tenía el encargo de matar a Mikel Arizkun. La pregunta es, en caso de que eso sea cierto, quién lo ordenó y qué conexión puede tener con Hamlet.

Berta sabe que Ibón no cree que lo que está haciendo con Heiko los lleve a ninguna parte. De hecho, ella empieza a pensar lo mismo. Arrancar una línea de investigación paralela con un miembro de una poderosa familia vasca que vio desaparecer misteriosamente a uno de sus hijos es el mejor camino para meterse en un nuevo lío con los jefazos. Sin embargo, también sabe que el detective no la va a reprobar por ello, le tiene demasiado respeto como para hacerlo.

—¿Sabemos dónde encontrarla? —inquire el detective.

—No —replica ella con contundencia.

Sea quien sea esa mujer, no han logrado encontrar ninguna pista sobre ella. Su nombre no aparece en las bases de datos de la Policía Nacional, y Chloe ha sido incapaz de encontrar nada sobre ella. De repente, se abre la puerta de la sala de coordinación y aparece Chloe. Va vestida con un recatado vestido blanco que tiene un efecto bordado en color amarillo a la altura de los puños y el cuello. Al mismo tiempo que la detective entra en la sala de coordinación, resuena violentamente un trueno en el exterior de la comisaría, lo que hace que la escena parezca el preludio de una inquietante escena de una película de terror.

Chloe sujeta el portátil entreabierto con una de las manos y, antes de depositarlo sobre la mesa que ocupa el centro de la sala, exclama:

—¡Lo tenemos!

—¿A quién? ¿A la Filósofa? ¿Al conductor del ID.3? —pregunta Berta, sorprendida de ver tan alterada a la usualmente discreta detective coreana.

—Al segundo —replica Chloe.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunta Ibón.

—Fácil, haciendo un análisis de las publicaciones en redes sociales de los propietarios de ese modelo de coche que viven en el País Vasco.

Aunque prefiere no preguntar a Chloe cómo ha sido capaz de encontrar los usuarios en redes sociales de los propietarios de un modelo de vehículo, la inspectora nota cómo se le acelera el corazón.

—¿Qué has encontrado? —le pregunta a Chloe.

—Verás, hay un tipo en Twitter que se hace llamar Antisistema 666. En su perfil se describe con una frase de Lenin: «La victoria de la revolución será la dictadura del proletariado y el campesinado».

—Joder, qué manía de usar alias tiene la gente —la interrumpe Ibón.

—Cierto, aunque este tipo no tiene reparos en usar su verdadero nombre en algunas de las publicaciones que hace —continúa la detective—. Que, por cierto, son varias al día.

—¿Cómo se llama? —inquire Berta.

—Antxón García —responde Chloe—. Tiene veinticuatro años, ni estudia ni trabaja y vive con sus padres en Laukiz, el mismo lugar donde vivía Fermín Echevarría.

Berta mueve la cabeza y sonríe. *Qué fácil es ser revolucionario si tienes dinero*, piensa.

—Pero, lo más importante —continúa la detective—, ¿a qué no sabéis qué coche tiene?

Ibón y Berta miran orgullosos a Chloe. Los dos saben que esa mujer que escapó de una terrible dictadura situada en el otro extremo del mundo ha terminado convirtiéndose en una pieza clave del equipo de trabajo que forman ellos tres.

—¡Exactamente! —exclama la detective—. Un coche eléctrico de la marca Volkswagen, ¡un ID.3!

—Pinta bien —afirma Ibón—, aunque el hecho de que sea un niño revolucionario con dinero no lo convierte en un asesino.

—Vuelves a estar en lo cierto, mi querido Watson —bromea Chloe—, pero si ese niño hace publicaciones en Twitter en las que amenaza a Echevarría por ser, y cito textualmente, «una rata capitalista que oprime a sus trabajadores», las cosas cambian. Y si se refiere a Alicia Ortega como una «vieja frígida que se merecería sufrir como lo hacen los animales con los que su empresa experimenta», todavía más.

Debería haberse dedicado al cine, piensa Berta.

—Podría encajar —sugiere Ibón—, un antisistema que se venga de los ricos por oprimir a los trabajadores o hacer sufrir a los animales.

—¿Cuándo hizo Antxón esas publicaciones? —inquire Berta.

—Esas, en concreto, hace cuatro semanas —contesta Chloe—, aunque hay muchas más. En realidad, no solo amenaza a Ortega o Echevarría. También lo hace con el Gobierno y las fuerzas de seguridad. Pero, especialmente, se mete con los ricos. Con los del País Vasco, para ser más exactos.

—Es suficiente —replica Berta.

Luego da un aplauso, agarra la chaqueta de cuero que descansaba sobre el respaldo de la silla, se la coloca rápidamente y ordena lo siguiente a Ibón:

—Nos vamos. Tenemos un nuevo sospechoso al que interrogar.

Lunes, 22 de febrero
Heiko

está tumbado sobre la cama de la habitación, mirando en silencio al techo. De fondo se oye el memorable arranque de *Nothing else matters*, la famosa balada de los Metallica. A los pies de la amplia cama de matrimonio se encuentran Domingo y Jueves retozando perezosos. Jueves es una hembra, y Heiko empieza a pensar que la relación que tiene con Domingo va más allá de compartir un lugar donde vivir.

Escucha pensativo los acordes de la guitarra acústica. Sobre la mesilla de noche, un enorme termo vacío de café que le preparó ayer Celeste. A pesar de que lo ha intentado durante toda la noche, por primera vez desde que se dedica a buscar gente no es capaz de encontrar a alguien. Aunque hay decenas de páginas en la *deep web* que ofrecen los servicios de sicarios —algunas tan sofisticadas que incluso puedes seleccionar el tipo de servicio que deseas, como secuestrar, mutilar o asesinar—, la mayoría de ellas son una estafa. Sin embargo, hay otras que no. Hay otras en las que cualquiera puede encargarse de un asesinato en España y quedar impune si utiliza la tecnología adecuada. Y es en esas páginas donde Heiko ha preguntado por la Filósofa. No obstante, nadie parece saber nada. Ni rastro de la sicaria en la web oscura. Además, los contactos de Heiko en los bajos fondos tampoco han oído hablar de esa mujer. Ni siquiera Berta ha encontrado nada en las bases de datos de la policía.

Se pasa la mano suavemente por el rostro mientras recuerda las palabras de Hamlet: «Yo solo te doy las pistas, eres tú el que debes seguirlas para encontrar a tu hermano». *Pues me temo que va a ser que no*, piensa. *Me temo que voy a necesitar alguna otra pista*. Sin embargo, no sabe nada del asesino desde la última vez que habló con él. De repente, suena el teléfono; no es el Rockphone, se trata del otro móvil.

—Ahora no... —se queja en voz alta.

Se incorpora y se queda sentado unos segundos sobre la cama escuchando el irritante sonido del tono de llamada. Finalmente, agarra el dispositivo móvil que se encuentra encima de la mesilla de noche y mira la pantalla. Es Jon quien llama. Aunque no le apetece demasiado hablar con nadie, descuelga el teléfono y lo saluda:

—¿Qué tal, Jon?

—Bien, ¿y tú?

—En casa, descansando. ¿Qué quieres? —pregunta Heiko, que no desea alargar demasiado la conversación.

—Verás, estoy intentando hablar con tu madre por un tema de la Fundación, pero no lo consigo. ¿Sabes dónde está?

Jon también es el abogado de Gaia, el responsable de gestionar todos los temas legales de la Fundación Orkestra: actas de los patronatos, búsqueda de financiación y un sinfín de actividades necesarias para facilitar el funcionamiento de la compleja organización que preside su madre.

—No —niega Heiko—, comí con ella hace unos días, pero desde entonces no la he vuelto a ver.

—Entiendo...

—La verdad es que la última vez que la vi estaba preocupada —le explica Heiko—. Quizás ha decidido tomarse unos días de descanso.

—Puede ser —replica Jon—. Por cierto, ¿por qué estaba preocupada?

—Por Hamlet —sentencia Heiko.

—Me imagino —repite el abogado—. Tengo que decirte que no es la única que está preocupada. Algunos de mis mejores clientes han contratado los servicios de guardaespaldas. Es normal, ese criminal está matando a la gente rica del País Vasco. Por cierto, ¿te volvió a llamar Hamlet?

Sí, la realidad es que ese loco volvió a llamarme, piensa Heiko, que duda si explicarle al abogado lo que está sucediendo. Normalmente, no le gusta compartir sus fracasos. Sin embargo, no sería la primera vez que Jon logra sacarlo de un apuro.

—Sí, me volvió a llamar —le explica finalmente.

—¿Cuándo?

—Después del asesinato de esa mujer, Alicia Ortega. Y me dio la primera pista para encontrar a Mikel.

—¿Qué te dijo? —inquire el abogado.

—Me dio el nombre del camello que le vendía la droga a Mikel, un tal Jamal Bouchar.

—Increíble...

—Sí. Y lo más increíble es que decía la verdad. Fui a visitarlo y me habló de un tal Bombón, un amigo de Mikel, otro yonqui que andaba con él justo antes de que mi hermano desapareciera.

Heiko obvia explicarle a Jon que está llevando a cabo toda la investigación de la mano de la inspectora de policía Berta Sanders. Sabe que, como su abogado, le va a exigir que deje de hacer locuras, algo que él no está dispuesto a acatar.

—Me imagino que también le hiciste una visita —sugiere Jon.

—Así es. Me explicó que, los días previos a su desaparición, Mikel tenía miedo de que lo asesinaran. Al parecer, según decía él, alguien había ordenado a una sicaria que lo hiciera. ¿El motivo? No lo sé, no me lo dijo. Y aquí es donde las cosas se complican —continúa Heiko—: no he podido encontrar nada sobre esa sicaria a la que llaman la Filósofa. Ni mi red de contactos, ni buscando en la web oscura, nada. Es como si esa mujer fuera un fantasma.

Heiko observa a Domingo, que se levanta y encorva el lomo mientras se despereza. Jon se queda un rato en silencio, como si estuviera pensando en algo.

—Verás, hace un par de semanas, por un caso en el que estaba trabajando, me presentaron a alguien que creo que podría ayudarte —dice el abogado.

Heiko enmudece mientras trata de procesar las extrañas palabras de Jon.

—¿Qué quieres decir? —pregunta pasados unos segundos—. ¿De quién estás hablando?

—De Atenea.

—¿Atenea? —repite él, pensando en la diosa griega de la sabiduría.

—Así es. Se trata de la exesposa de un poderoso judío ultraortodoxo. Hace años que abandonó la comunidad religiosa y se separó de él, pero a lo largo de su vida ha sido capaz de crear una red secreta de conocimiento que creo que podría serte de gran ayuda.

Heiko sabe que Jon no ha tenido una vida fácil; que cuando era pequeño perdió a su padre y, años más tarde, a su hermano gemelo; que, cuando tenía dieciocho años, abandonó a su madre en España y emigró a estudiar a Estados Unidos gracias a una beca de una universidad de allí. También sabe que, una vez en Estados Unidos, fue capaz de labrarse una importante fortuna. Y es obvio que uno no se hace millonario siendo un santo, y que un abogado con un maletín puede robar más que un millar de hombres con armas de fuego. Por todo ello, decide no preguntarle a Jon cómo conoció a esa extraña mujer de la que le está hablando. No obstante, hay algo que sí necesita saber antes de decidirse a contactar con ella:

—¿Y qué pide esa tal Atenea a cambio de encontrar a alguien?

—Eso es lo complicado: no solo cobra dinero. Si te ayuda, pasas a formar parte de la red y quedas en deuda con ella.

Martes, 23 de febrero
Berta

observa a Antxón García sentado con las piernas exageradamente abiertas frente a ellos. Va vestido con unos vaqueros rotos y una camiseta negra arrugada en la que puede leerse el lema de una vieja canción del grupo vasco Cicatriz: «Aprieta el gatillo». Colgando del cuello de la camiseta, unas gafas de la marca Oakley con montura oscura y cristales polarizados amarillos.

Este hombre es una joya, piensa la inspectora. «Nini», antisistema y tremendamente altivo; como solo pueden serlo los niños ricos, los que lo han tenido todo en la vida sin tener que esforzarse, los que creen que el dinero cae del cielo o lo fabrica papá si ellos lo necesitan. En cualquier caso, el joven se ha convertido en el principal sospechoso de la investigación y lo han traído hace un par de horas a comisaría para interrogarlo, todo ello previa aprobación de Gonzalo, que no ha dejado de quejarse de su mala suerte porque los muertos y los sospechosos sean todos ricos y vivan en el País Vasco.

—¿Son de usted estos tuits? —le pregunta Ibón a Antxón mientras le muestra una copia en papel de los mensajes amenazantes que envió a las víctimas hace algunas semanas y que encontró Chloe.

El joven mira de soslayo el papel y responde con actitud chulesca:

—Sí, creo que sí.

—¿Y sigue usted pensando que, leo textualmente, Fermín Echevarría era «una rata apestosa» o Alicia Ortega «una vieja frígida a la que violar y matar sin dilación»? —continúa presionando Ibón.

Antxón se revuelve en el asiento, pero enseguida recupera la compostura para responder:

—En términos prácticos, no. Pero, en términos teóricos...

Nos ha salido erudito, piensa Berta, a la que no le faltan ganas de arrear una sonora bofetada al joven. Sin embargo, se contiene y hace un gesto a Ibón para que continúe.

—¿Tiene usted un vehículo de la marca Volkswagen ID.3? —inquire este.

—Mi familia es rica, tiene muchos coches.

—¿Tiene usted un vehículo de la marca Volkswagen ID.3? —repite Ibón, sin hacer caso de la evasiva del hombre.

—No lo sé, puede ser.

Lo tienes, piensa Berta. No en vano, Chloe les ha facilitado todos los detalles. El coche lo compró el padre en el año 2019, justo después de su lanzamiento, y lo puso a nombre de Antxón.

—¿Nos puede decir dónde estuvo el jueves 4 de febrero y el sábado 13 de febrero? —cambia de pregunta Ibón.

Antxón resopla despectivamente antes de responder:

—Ni idea, ni siquiera me acuerdo de dónde estuve ayer.

El detective no está dispuesto a dejarse llevar por la actitud desdeñosa del sospechoso y continúa el interrogatorio:

—El pasado 4 de febrero desapareció Fermín Echevarría. Posteriormente, fue asesinado. Supongo que sabe que lo dieron de comer vivo a unos cerdos.

Antxón sonríe. Berta apenas puede contenerse, las ganas de atizarle comienzan a ser irrefrenables.

—El pasado 13 de febrero desapareció Alicia Ortega —continúa Ibón—. A ella la devoró un

tiburón tigre. ¿Podría decirnos dónde estuvo esos dos días?

—Con el grupo, supongo.

Berta sabe que con «el grupo» se refiere a un violento colectivo antisistema que suele operar principalmente en Vizcaya. Manifestaciones contra Europa y contra las fuerzas de seguridad del Estado, ocupaciones de viviendas, todo un sinfín de actividades ilícitas en pro de una supuesta revolución. En realidad, ellos sospechan que los asesinatos deben haber sido cometidos por más de una persona, por lo que la idea de que los hayan llevado a cabo varios miembros de ese agresivo grupo es algo que podría tener sentido. *Lo único que no cuadra con esta teoría, piensa Berta, es la llamada a Heiko. ¿Para qué iban a llamarlo estos tipos y ofrecerle ayuda para encontrar a su hermano desaparecido?*

—¿Hay alguien que pueda corroborar que estaba con ellos esos días?

—No sé, tronco. Ni idea —sentencia Antxón.

Berta ya no puede soportar más la actitud irreverente de este. Sin embargo, cuando se dispone a arremeter contra él, se abre violentamente la puerta y aparece un hombre gordo y con traje gritando:

—¡No digas nada, hijo! Y ustedes dos —añade mirando con ojos furiosos a los policías—, ¿me pueden explicar qué hacen interrogando a mi cliente sin la presencia de un abogado?

Martes, 23 de febrero
Heiko

aprieta el botón de videoconferencia segura del Rockphone. El teléfono conecta con la destinataria de la llamada a través de un canal encriptado de información. Pasan unos segundos hasta que en el recuadro superior de la pantalla del móvil aparece la mujer, sentada frente a la mesa de un amplio despacho. En el inferior, se ve a Heiko sentado en el sofá del salón de su casa. Según le ha contado Jon, Atenea nació en el seno de una familia judía ultraortodoxa de Mea Shearim. De pequeña, era una niña extremadamente inteligente a la que le encantaba relacionarse con los demás. Sin embargo, durante años vivió subyugada por las estrictas reglas de la comunidad ultrarreligiosa, siendo su único destino casarse con otro miembro de la comunidad y formar una gran familia. Y así lo hizo, a los diecisiete años se casó con su actual exesposo en un matrimonio concertado por las dos familias. Ella solo había visto al que sería su marido una vez antes de casarse. Después de contraer matrimonio, ella tuvo que ponerse inmediatamente a trabajar. Las reglas dictaminan que los hombres ultraortodoxos meditan y estudian la Torá, mientras que ellas trabajan y aportan los ingresos necesarios para mantener a la familia. A diferencia de la mayoría de las mujeres ultraortodoxas, que se convierten en talentosas programadoras informáticas, Atenea se dedicó a evolucionar el negocio que habían levantado su madre y su abuela, y otras mujeres de la familia antes que ellas, un negocio basado en conectar gente entre sí y cobrar por ello. De esta forma, Atenea introdujo tecnología para poder ofrecer unos servicios más eficientes. En concreto, un móvil «*kosher*» que, aunque tenía la mayor parte de las funciones desactivadas según las directrices que un comité de rabinos había pautado para cumplir con los preceptos religiosos, permitía ofrecer servicios no solo a los miembros de la propia comunidad, sino también a los de otras. Así pues, con el tiempo, centenares de personas llamaban por teléfono a Atenea cada día para pedirle cosas, normalmente productos prohibidos por la ley rabínica, y ella los conectaba con las personas adecuadas para que atendieran sus peticiones. Cada vez que conseguía ayudar a alguien le pedía a cambio una pequeña cantidad de dinero y algo más. Ese algo más era simplemente que la persona le devolviera el favor si alguna vez ella lo necesitaba. Y así, poco a poco, empezó a tejer una red de contactos cuyos integrantes le debían favores. Por desgracia, su marido descubrió todo el pastel y Atenea fue obligada a abandonar la comunidad. Ella no se vino abajo, más bien todo lo contrario. Abandonó Mea Shearim y se instaló en un piso en el centro de Tel Aviv al que, con el tiempo, convirtió en su centro de trabajo. Al cabo de unos años, y sin la ayuda de nadie, personalidades locales de la política y del mundo de los negocios, así como militares, se fueron incorporando a la red de contactos de Atenea. El enfoque era el mismo: la mujer les resolvía un problema y ellos le pagaban, además de quedar en deuda con ella. Con el tiempo, fue capaz de crear una red de conocimiento cuyos poderosos miembros compartían información, formando una extraña cadena de favores, una red que hoy en día era utilizada por los gobiernos de todo el mundo para resolver aquellos problemas de los que ni los servicios secretos querían hacerse cargo.

—Buenos días, Heiko —saluda Atenea—. Encantada de conocerte.

Las palabras de la mujer resuenan con fuerza en el salón. Hoy no hay nadie más que él en la casa. Ni siquiera Celeste, que se ha ido a primera hora de la mañana porque tenía que hacer un recado.

—*Shalom*. Lo mismo digo —saluda él.

—¿*Shalom*? —pregunta ella mostrando una hermosa sonrisa—. Ya me habían advertido de que tienes un pasado israelí —añade luego.

—Algo así —replica él recordando a Aviv, el oficial de la armada con el que tuvo una aventura que duró casi dos años.

—Está bien, supongo que me llamas porque necesitas que te haga un favor.

Aunque mayor, es una mujer bella y elegante. Debe tener unos sesenta años, lleva unas discretas gafas redondas de intelectual y tiene el pelo corto y rubio peinado con la raya al lado.

—Así es.

—Bien, déjame explicarte antes cómo funciona esto —le dice Atenea—. Como te habrán dicho, gestionamos una exclusiva red de conocimiento de la que solo puedes participar si alguno de sus miembros te recomienda.

Bendito Jon, se dice Heiko mientras escucha las palabras de la mujer.

—Las reglas de funcionamiento son las mismas desde tiempos inmemoriales —continúa ella—, desde que mis antepasadas la crearon, las llamadas Soldados de Hades. Nos puedes pedir una única cosa a la vez, y, cuando lo hagas, pasarás a estar en deuda con nosotros. Podemos tardar horas, días, meses o años, pero puedes estar seguro de que siempre damos respuesta a lo que nos piden. Por otro lado, la deuda la cobraremos cuando lo estimemos oportuno. Normalmente, no será una deuda de sangre, aunque nunca se sabe —le explica la mujer, mostrando las palmas de las manos.

Jon ya le advirtió a Heiko sobre ese riesgo. Sin embargo, él sabe que la única opción que tiene en estos momentos para encontrar a la Filósofa pasa por usar los servicios de alguien como Atenea, por lo que está dispuesto a asumirlo.

—Y lo último, pero no por ello menos importante: hasta que no resolvamos tu petición y cobremos la deuda, no puedes pedirnos nada más. Ahora que conoces las reglas, ¿qué es lo que quieres pedirnos?

Después de que Jon le explicara cómo operaba Atenea, Heiko ha meditado largo y tendido sobre las diferentes opciones que tiene. Puede pedir ayuda a Atenea para encontrar a Mikel. También para encontrar a Hamlet. O, lo que parece *a priori* más fácil, a la Filósofa.

—Necesito que encuentres a mi hermano —le pide finalmente.

—¿Cómo se llama?

—Mikel Arizkun Aguirre. Desapareció hace diez años.

Atenea se queda un rato pensativa.

—Eso no será posible —dice finalmente.

—¿Qué quieres decir? —replica Heiko—. ¿Por qué?

—Porque hay una regla más que nos lo impide: no buscamos a la misma persona más de una vez.

No es posible, piensa Heiko sin dejar de mirar la pantalla del Rockphone.

—¿Quién te pidió buscar a mi hermano? ¿Lo encontraste? —pregunta a continuación alterado.

—No puedo darte ese dato, lo único que puedo decirte es que me lo pidió una mujer.

Miércoles, 24 de febrero
Berta

lee atentamente el mensaje de WhatsApp que le acaba de enviar Gonzalo:

Tema abogado de Antxón controlado. Hagamos lo que tengamos que hacer...

Sabe lo que eso quiere decir: que el abogado del antisistema no va a interponer ninguna denuncia contra ellos. Y, además, que Gonzalo está por la labor de detener a ese estúpido niño si encuentran pruebas razonables contra él. Aunque, de momento, van por el mal camino, porque varios de sus colegas del grupo antisistema han testificado que estuvo con ellos los días que desaparecieron Echevarría y Ortega. *Probablemente sea mentira, pero es lo que hay*, piensa Berta antes de ordenar lo siguiente a Ibón:

—De momento, que lo mantengan vigilado, especialmente lo que publica en redes sociales. Es un chulo y se cree que somos tontos, la combinación ideal para que cometa un error y podamos enchironarlo.

—Está bien —responde el detective, dispuesto a abandonar la sala y cumplir con las órdenes.

De repente, se abre la puerta y entra Chloe.

—¿Tienes un momento? —inquire mirando a Berta.

—Por supuesto —responde esta.

—Creo que he encontrado una posible relación entre Alicia Ortega y Fermín Echevarría —informa la detective coreana—. Diría más: por extraño que parezca, esa relación incluiría también a ese tal Heiko Arizkun Aguirre que afirma recibir llamadas del asesino —concluye mirando a Berta.

La inspectora nota cómo se le acelera el corazón.

—¿De qué se trata? —le pregunta.

—Verás —replica Chloe—, la madre de Heiko, Gaia Aguirre, dirige la Fundación Orkestra, ¿no?

—Hasta ahí, nada que no sepamos —la interrumpe Ibón, que ha decidido quedarse en la sala.

—Así es, y supongo que también sabes que cualquier fundación tiene un patronato, que es el órgano de gobierno de esta.

Berta hace un gesto con la cabeza para indicarle que deje para más tarde la habitual discusión con Ibón y ahora continúe.

—Y un patronato no es un órgano de administración cualquiera, es algo muy importante. De hecho, el patronato de la Fundación Orkestra que preside la madre de Heiko está formado por varios miembros —dice Chloe—. ¿Adivináis quiénes son?

Ibón abre los ojos como si no se creyera lo que la detective está a punto de decirles. Sin embargo, Berta enseguida cree que lo que piensa Ibón posiblemente sea demasiado bonito para ser verdad.

—Pues no, no son ni Alicia Ortega ni Fermín Echevarría —les confirma Chloe.

Ibón expresa su desencanto moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No te frustres tan rápido —le pide la detective—. El patronato de la Fundación Orkestra no está formado por personas, está formado por tres sociedades *offshore* con sede en Panamá.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Ibón.

—Las sociedades *offshore* —le explica Berta— son empresas con sede en el extranjero, normalmente en paraísos fiscales. Suelen aportar varias ventajas a sus propietarios, aunque las

más interesantes son que no pagan apenas impuestos y que son prácticamente secretas.

—Así es, aunque para una *exhacker* del bendito Kim Jong-un escarbar en una sociedad de ese tipo no suele ser un problema —les confiesa Chloe en tono irónico.

—A ver si lo entiendo —dice Ibón—. A pesar de tratarse de sociedades secretas, ¿has logrado averiguar a quién pertenecen?

—Sí —responde Chloe con una enorme sonrisa.

—¿Y a quién pertenecen?

—Una sociedad pertenecía a Fermín Echevarría, la otra, a Alicia Ortega, y la tercera, a un matrimonio de apellido Echanove que regenta una tienda de antigüedades en el centro de San Sebastián.

—Curioso... —sentencia Berta.

—Todavía lo es más si tenemos en cuenta que las tres sociedades han sido creadas por el mismo bufete. Se trata de Jon Goytisolo Asociados, que, además, es el bufete con el que trabajan Heiko y su madre.

Miércoles, 24 de febrero
Berta

le explica a Gonzalo lo que han descubierto sobre la Fundación Orkestra. El inspector jefe la escucha atentamente, sentado frente a ella en el interior de su despacho en comisaría. Berta se mantiene de pie, gesticulando demasiado, mostrando dificultades para estarse quieta. No en vano, tiene la sensación de que por fin están logrando avanzar en la investigación de forma efectiva.

—¿Me estás diciendo que dos de las víctimas formaban parte del patronato de esa fundación? —inquire Gonzalo—. ¿La misma que preside la madre de ese tal Heiko, que afirma que el asesino lo llama para darle pistas?

—Así es —contesta Berta.

—Coño, esto es cada vez más raro. ¿Y el tercer patrono? ¿Qué sabemos de ellos?

—Artur y Aimara Echanove, dos anticuarios que tienen una exclusiva tienda en el centro de San Sebastián, Antigüedades Echanove. Venden arte oriental, principalmente. También son ricos, se estima que tienen una fortuna superior a los cien millones de euros, solo en obras de arte.

—¿Cómo has obtenido esa información?

—Chloe —da Berta por única respuesta.

—Bendita chica —se sincera Gonzalo—. Te juro que, si fuera a ser yo el director de la NUPCO, os ibais todos para allá conmigo.

—¿De qué?

—La NUPCO, la unidad especial que se está creando para la prevención de nuevas formas de crimen organizado.

—Gonzalo, no me interesan las gilipolleces que hacen los jefazos. Ahora mismo lo único que me interesa es atrapar a Hamlet.

—Sí, perdona, tienes razón —se disculpa el inspector jefe—. A mí también. Y está claro que ahora podríamos disponer de una ventaja sobre el asesino. Sabemos que existe una posibilidad de que las siguientes víctimas sean los Echanove. Debemos asignarles un equipo de vigilancia.

—¿Un equipo? —inquire Berta tratando de aguantarse la risa—. ¿Estás de coña? Si llevamos en crisis desde el 2008. Lo máximo que podemos asignarles es un policía espabilado a tiempo parcial, y eso es algo que ya he hecho.

—Vale, vale —dice Gonzalo—. A veces me olvido de que somos una institución pública. Está bien, supongo que con eso será suficiente.

Berta se da cuenta de que el inspector jefe tiene mejor aspecto que la última vez que hablaron en su casa. Posiblemente, ya no está obligado a soportar tanta presión. Los Echevarría deben haber entendido por fin que es imposible que Martínez matara a Alicia Ortega y a la vez estuviera huyendo de la policía. Bueno, más bien el hijo, porque desafortunadamente la madre ya no se entera de nada. *Aunque, a decir verdad, piensa Berta, mejor para ella, porque así esa pobre mujer no ha tenido que escuchar toda la basura que se ha vertido sobre su marido en televisión.*

La inspectora se queda un rato en silencio hasta que finalmente se decide a decirle a Gonzalo lo que lleva tanto rato pensando:

—El otro día vi a Marcos.

—¿Sí?

—Sí, estaba en la escuela, con sus hijas.

—Ya iría siendo hora de que hablarás con él y arreglarais las cosas —dice Gonzalo.

—Es posible —replica ella sin demasiada convicción.

Miércoles, 24 de febrero
Heiko

da un largo trago a la Coronita. Frente a él, en un desangelado Psychodromo, se sienta Berta, que también está bebiendo una cerveza. La cuarta, en concreto. La mesa está repleta de botellas vacías con restos de rodajas de limón en el interior. Heiko no suele beber tanto y nota cómo su cerebro procesa a menor velocidad de la habitual.

—¿Qué vais a hacer con él? —inquire.

La inspectora le ha explicado quién es Antxón García y por qué es sospechoso. Después de hablarlo entre ellos, los dos saben que hay cosas a favor y en contra de que ese tipo sea el asesino, solo o en colaboración con otros miembros del grupo antisistema al que pertenece. A favor: que tenga un Volkswagen ID.3 y odie a los ricos. También que tenga dinero. En contra: que tiene una coartada y que no saben cómo podría haber pirateado el Rockphone de Heiko.

—De momento, lo vamos a tener vigilado, a ver qué pasa —explica Berta.

Heiko asiente y da un nuevo trago a la cerveza ya caliente. Cuando el líquido amarillento alcanza su garganta, arruga la nariz y hace un esfuerzo por tragar. Es de noche y en el exterior está lloviendo a cántaros. Una cortina de agua baña la puerta del deslustrado bar al que hace rato que ya no entra nadie. Asier trata de mantener seco el suelo de baldosas esparciendo pacientemente restos de serrín sobre él. Mientras lo hace, tararea la canción *No limit*, de los sensacionales 2 Unlimited. A Heiko, el hombre le recuerda a un juglar jubiloso tratando de alegrar el día a los clientes.

—¿Y tú? —pregunta Berta—. ¿Tienes alguna novedad sobre Hamlet? ¿La Filósofa?

—Sobre Hamlet, no —responde él—. Sobre la Filósofa, digamos que he pedido ayuda a una amiga de un amigo para encontrarla.

Heiko recuerda la conversación con Atenea. Finalmente, le pidió ayuda para encontrar a la Filósofa. De momento, lo único que sabe es que está en deuda con esa extraña mujer israelí, pero no sabe qué puede suponer eso ni cuándo resolverá ella su petición. Por esta razón, prefiere no darle más detalles a la inspectora sobre lo que ha sucedido. Tampoco sobre el hecho de que alguien, posiblemente el asesino, había pedido a Atenea encontrar a su hermano.

—Entiendo. Por cierto —añade de repente Berta—, ¿quién es Jon Goytisoló?

—¿Quién? —replica Heiko sorprendido. Por un momento, llega a crear que ella lo sabe, que sabe que fue Jon quien le facilitó el contacto de esa extraña mujer.

—Jon Goytisoló —repite la inspectora—. Creo que es tu abogado y el de tu madre.

—Así es. ¿Por qué? ¿Qué ocurre con él?

—Verás —le responde Berta en tono serio—, las dos víctimas pertenecían al patronato de la Fundación Orkestra que dirige tu madre. Hay además un tercer patrono, Artur y Aimara Echanove, un matrimonio de anticuarios. Todos ellos comparten abogado con vosotros, Jon Goytisoló, ¿lo sabías?

Heiko no lo sabía. Nunca hasta ahora se había preocupado por lo que hacía su madre, más allá de saber que ayudaba a críos necesitados a través de la fundación de la empresa de su marido. El hecho de que vuelva a aparecer una conexión entre los asesinados y su familia es algo que le inquieta enormemente. En cualquier caso, se da cuenta de que Berta y él solo comparten aquella información que creen que es estrictamente necesaria para conseguir sus propios objetivos. *Si queremos tener éxito, debemos hacer las cosas de otra forma*, se dice antes de

responder:

—No lo sabía, aunque Jon es un buen abogado y no me extraña que tenga ese tipo de clientes. Ya sabes, para lo bueno y para lo malo, entre los ricos siempre se corre la voz.

—Es posible. En cualquier caso, ¿por qué iban a formar parte del patronato de una fundación a través de una sociedad *offshore*?

—No lo sé —responde Heiko—, posiblemente por temas fiscales. No creo que tenga mayor relevancia. En cualquier caso, deberías hablar con Jon. Si hay alguien que te puede aclarar lo que sucede es él.

—Está bien, así lo haré.

—Y yo te avisaré si averiguo algo más sobre la Filósofa —replica Heiko, y esta vez lo dice convencido.

Jueves, 25 de febrero
Berta

está esperando sentada en un elegante sofá de cuero negro de cinco plazas en una amplia oficina situada en la planta treinta y ocho de la Torre Iberdrola, una especie de obelisco de acero y hormigón en pleno centro de Bilbao. A su lado se sienta Ibón, que está ojeando la prensa económica con desgana. Frente a ella, un impresionante letrero de mármol blanco con lujosas letras doradas cuelga de la pared detrás de la recepcionista. En él puede leerse: «JG Asociados», el nombre del bufete de abogados propiedad de Jon Goytisolo.

Berta empieza a repiquetear con el pie sobre el lujoso suelo alicatado. Llevan más de veinte minutos esperando y está empezando a ponerse nerviosa. Cuando han llegado, la recepcionista, una pija redomada que luce una melena perfecta de pelo liso rubio que parece tener vida propia, la ha mirado de abajo arriba antes de dignarse a hablar con ella. Cuando Berta le ha dicho quiénes eran y lo que habían venido a hacer —«hablar con el señor Goytisolo»—, la mujer ha emitido una especie de gruñido y les ha mandado esperar sentados en el sofá. Berta cree que, si dependiera de la recepcionista, la mujer habría cubierto el sofá con una manta protectora para evitar que agentes de policía de clase baja lo contaminaran.

De repente, la recepcionista se levanta del asiento. Americana azul, falda del mismo color y camisa blanca. A Berta le recuerda al uniforme de las azafatas de Iberia. Cuando empieza a caminar hacia donde están ellos, el sonido de los tacones de aguja retumba en la sala de espera, que, salvo por ellos, está vacía.

—El señor Goytisolo ya está libre. Sígueme —ordena antes de alejarse.

¿*Por favor?*, piensa Berta al tiempo que se levanta. Ibón deja el periódico sobre una mesita de cristal dorada situada al lado del imponente sofá y hace lo propio. Los dos caminan en silencio detrás de la recepcionista. A paso rápido, cruzan toda una planta repleta de abogados jóvenes que parecen dispuestos a comerse el mundo. Hombres y mujeres elegantes se mueven de un lado a otro hablando por el teléfono móvil con gesto serio. Cuando llegan hasta la puerta de un amplio despacho situado en el extremo izquierdo de la planta, la recepcionista se detiene, se atusa el pelo y llama a la puerta diciendo:

—Señor Goytisolo, su visita está aquí. ¿Puede pasar o necesita más tiempo?

—Que pasen, por favor —contesta el abogado desde dentro—. Gracias, Corine.

La recepcionista se da la vuelta y los mira con gesto altivo durante unos segundos hasta que dice:

—Ya han oído, pueden pasar.

—Gracias, Corine —contesta Berta con ironía, dudando si zancadillear a la mujer.

Cuando esta se ha alejado, la inspectora abre la elegante puerta de madera de nogal y entra decidida, acompañada de Ibón. Dentro, se encuentran con un hombre de unos cuarenta años sentado tras una moderna mesa de despacho. Tiene el pelo liso peinado con gomina. Luce un bigote elegante y esculpido, parecido al de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*.

—Buenos días, siento haberles hecho esperar, pero tenía que contestar la llamada de un cliente —se disculpa Jon—. Espero que Corine les haya atendido adecuadamente.

—Oh, no se preocupe, la verdad es que ha sido muy agradable —miente Berta mientras Ibón esconde una sonrisa—. ¿Dispone ahora de unos minutos para atendernos?

—Claro que sí. ¿Desean tomar algo? ¿Un café?

—No, gracias —contesta Berta, que no desea perder más tiempo.

—Está bien. Siéntense si lo desean —replica el abogado señalando las dos sillas frente a él con la cabeza—. Ustedes dirán... —añade luego mostrando las palmas de las manos.

Berta e Ibón retiran las sillas y toman asiento a la vez. A la inspectora le cuesta concentrarse, la vista de la ciudad de Bilbao a varias decenas de metros de altura es realmente impresionante. Finalmente, hace un gesto a Ibón para que tome la palabra:

—Señor Goytisolo, ¿es usted el fundador de la empresa JG Asociados? —pregunta este.

—Así es —responde el abogado—. Fundador y presidente.

El hombre tiene el aspecto de alguien que lleva demasiadas horas trabajando. Va sin corbata y lleva la camisa blanca arremangada. A pesar de que Berta percibe un detalle en el antebrazo que llama poderosamente su atención, se mantiene en silencio.

—¿Cuánto hace que la creó? —continúa Ibón.

—Hace once años. Hice mis estudios de Derecho en Estados Unidos y, al terminar la carrera, trabajé allí durante varios años. Al final, decidí regresar a España y fundar esta empresa. Y hasta hoy... —les explica.

—Le felicito —dice Ibón—. No es fácil crear algo así de la nada.

—No, no lo es —repite el abogado sonriendo levemente.

A Berta le cae bien el empresario. A pesar de todo lo que ha sido capaz de hacer y lo que tiene, parece humilde y sincero cuando habla. Sin embargo, por el tono de voz que utiliza, Ibón no parece tener la misma opinión que ella.

—Por cierto —continúa el detective—, ¿entre los clientes de la empresa se encuentra actualmente la Fundación Orkestra?

Jon se queda un rato pensativo.

—Es posible —contesta finalmente.

—¿Qué tipo de trabajos hacen para esa empresa?

—Verán, no es un cliente que lleve yo directamente, pero supongo que actuaremos como su departamento legal. De hecho, trabajamos con numerosas fundaciones y ONG, es una de nuestras áreas de negocio clave.

—Sin embargo, hemos visto que, en este caso, también trabajan para los patronos de la Fundación.

—¿Para quién?

—Alicia Ortega, Fermín Echevarría, Artur y Aimara Echanove. Todos ellos son clientes suyos y patronos de la Fundación Orkestra a través de sociedades *offshore* que su bufete les creó.

—Tener sociedades *offshore* no es ilegal —le aclara el abogado, aparentemente molesto—. De hecho, muchos de nuestros clientes tienen sociedades de este tipo.

—Lo sabemos, señor Goytisolo —dice Ibón—, pero entenderá que si dos de esos clientes son asesinados salvajemente le preguntemos por ello —sentencia luego.

—Mire, agente —contesta Jon—. Siento mucho lo que les ha ocurrido al señor Echevarría y a la señora Ortega. Espero que el peso de la ley caiga con fuerza sobre el malnacido que lo ha hecho, pero no veo la relación entre que nosotros gestionemos sus asuntos legales y los asesinatos. De hecho, debe usted saber que la mayoría de los miembros de la alta sociedad vasca son clientes nuestros. Tener ese tipo de clientes dice mucho de nuestra profesionalidad y buen hacer.

—Disculpemos, Jon —interviene Berta, que ve con preocupación cómo el abogado se está poniendo a la defensiva—. Quizás hemos planteado mal el tema. Por supuesto que no

pretendemos recriminarle nada, sencillamente queremos saber por qué esas personas utilizaron sociedades de ese tipo para formar parte de la Fundación.

—No lo sé, la verdad, aunque si lo supiera tampoco se lo diría, forma parte del secreto profesional.

—Lo entiendo —repite Berta, que, con los años, ya se ha acostumbrado a este tipo de respuesta de los abogados—. Sin embargo, ¿podría decirnos si alguna de esas personas le manifestó su inquietud por algo antes de que la mataran?

—No, no lo hicieron —replica Jon en tono serio—. Puede estar segura de que, si lo hubieran hecho, habría acudido inmediatamente a la policía.

—Está claro —dice Berta.

—Y ahora, si no tienen nada más... —añade el abogado mientras se pone en pie.

—Nada más —replica Berta, que le hace un gesto a Ibón para que se levante.

Una vez de pie, ambos se dan la vuelta, pero, antes de irse, la inspectora se gira nuevamente y le dice señalándole el antebrazo:

—¿Puedo verlo?

—¿El qué?

—Es un tatuaje, ¿no?

—¿Esto? —contesta el abogado, que se arremanga todavía más la camisa para mostrárselo.

Berta lee en silencio lo que el hombre lleva escrito en el antebrazo con letras de estilo gótico de color negro: «En esta vida o en la otra». Lo que es curioso es que el punto de la i no está escrito con tinta, sino que es una extraña marca de nacimiento del abogado.

—Es bonito —dice ella.

—Alguna vez he pensado en borrarérmelo —explica el hombre—, pero ya sabe, a veces uno prefiere mantener vivos los recuerdos de la juventud.

De repente, se abre la puerta del despacho y entra la recepcionista.

—Disculpen, pero el señor Goytisolo tiene trabajo —les dice mostrando una falsa sonrisa.

Viernes, 26 de febrero
Heiko

da un sorbo de café y siente el efecto revitalizador del líquido que se obtiene moliendo los granos extraídos de las heces de civetas que previamente se han alimentado de bayas. Alza la muñeca y mira la hora en el exclusivo TAG Heuer con la caja de titanio negro. Se da cuenta de que es demasiado tarde. Lleva todo el día tratando de ordenar en el interior de su cabeza todo lo que sabe hasta el momento. Por una parte, Hamlet le habló de Jamal Bouchar, que le habló de Bombón, que le habló de la Filósofa, una peligrosa sicaria de la que nadie parece saber nada.

De momento, tampoco tiene noticias de Atenea, aunque no está seguro de que la mujer nacida en Mea Shearim pueda ser capaz de conseguir la información que él le pidió. Todavía ahora, después de hablar con ella, le parece increíble que alguien tenga una red de conocimiento tan extensa como para encontrar a la Filósofa. En cualquier caso, las preguntas siguen siendo las mismas desde el día que hablaron con Bombón: ¿quién querría matar a Mikel y por qué? Quizás le debía dinero a algún traficante, quizás vio u oyó algo que comprometía a algún personaje de los bajos fondos... *Es imposible, pueden ser demasiadas cosas*, piensa Heiko, que se termina el café y deja la taza sobre la mesa del despacho.

Se queda mirando pensativo la pantalla del ordenador. Maximiza la ventana de Spotify y selecciona *Deutschland*, la canción que da título al álbum de Rammstein. Mientras escucha la poderosa guitarra de la intro, recuerda la última pista proporcionada por Berta. El hecho de que las dos víctimas de Hamlet fueran patronos de la fundación que dirige su madre tampoco parece llevar a ninguna parte. Lo único que demuestra ese hecho son dos cosas. La primera es que, como a otros ricos, a Fermín Echevarría y Alicia Ortega les gustaba ayudar a los demás. La segunda es que no querían que eso se supiera. Seguramente, esa fue la razón de que decidieran formar parte del patronato de la Fundación Orkestra a través de sendas sociedades *offshore*. Sin embargo, no deja de ser extraño tantas coincidencias. Primero, la relación de su padre con Echevarría. Ahora, la de su madre con las dos víctimas. Quizás ha llegado la hora de hablar con Gaia y tomar precauciones. *Aunque eso podría inquietarla todavía más*, piensa él recordando la última conversación con la mujer en el restaurante.

De repente, suena el teléfono móvil. Heiko lo agarra y mira la pantalla. Es su madre quien lo llama, como si le hubiera leído el pensamiento desde la distancia:

—¿Sí? —contesta él.

—Heiko —dice la madre en tono preocupado—, debes venir a casa inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —inquieta él, que nota cómo el corazón comienza a martillearle el pecho con fuerza.

—Se trata de papá. Ha tenido un ataque cardíaco en casa y ha muerto —anuncia la madre entre sollozos.

Domingo, 28 de febrero
Heiko

escucha en silencio las palabras del párroco, un hombre apacible, de barriga generosa, rostro sonrojado y sin apenas pelo. Puede sentir el tremendo peso de estas, como si se desplazaran pausadamente entre las viejas paredes de la iglesia, rebotando desde el suelo hasta las vidrieras de las siete ventanas dobles del ábside. Desde allí, las imágenes de los doce apóstoles y los sagrados corazones de Jesús y María parecen observarlo todo.

Al lado de Heiko, en la primera fila de una abarrotada catedral del Buen Pastor, se encuentran su madre y su hermana completamente abatidas, vestidas de riguroso negro. Él viste gabardina, un discreto traje oscuro, camisa blanca y corbata de brillante seda negra. Gaia parece mostrarse más entera, pero Idoia muestra un aspecto adormecido, efecto seguramente de los medicamentos que habrá tenido que tomar para abandonar la casa de sus padres, de la que habitualmente no sale.

—Ignacio Arizkun Barrenengoa, Iñigo para sus amigos, era, ante todo, un hombre leal —está diciéndolo el párroco.

Por un momento, a Heiko le parece que está soñando, que aquel del que hablan no es su padre y que este no puede haber muerto por algo tan irrelevante como un simple ataque al corazón. También siente como si todo el odio acumulado a lo largo de estos años hubiera dejado de tener sentido. *¿Para qué ha servido, si mi hermano sigue desaparecido y mi padre ahora está muerto?*, se pregunta. No ha sido capaz de sobrevivir a un nuevo ataque cardíaco. Según el médico, la causa ha podido ser el estrés, era demasiado mayor para seguir liderando una empresa que facturaba varios cientos de millones de euros. Aunque también estaban las premonitorias palabras de su madre en el restaurante, cuando le advirtió que Iñigo podría tener un nuevo ataque al corazón porque estaba obsesionado con los asesinatos de Hamlet. *¿Era solo el miedo irracional de una persona mayor, o era algo más?*, no puede dejar de pensar Heiko después de lo que ha pasado.

—Leal a Dios —continúa el párroco—, a quien aprendió a amar desde que nació en el seno de una familia cristiana; leal a su familia, a la que amó y adoró sin ambages, y leal a su vocación al Opus Dei, a la que se consagró durante todas las etapas de su existencia.

Heiko se da la vuelta un momento y observa abrumado la multitud en el interior de la iglesia. Primero ve a Berta, vestida con un abrigo largo y un sencillo vestido oscuro en el fondo de la planta rectangular construida en forma de cruz latina. Cerca de ella, aunque en una fila diferente, se encuentra Jon. Distingue también a estirados mandamases de la Obra compartiendo banco junto a humildes empleados de Orkestra, a los que él recuerda de épocas pasadas. Todos ellos parecen coincidir en algo: que Iñigo era un buen tipo, alguien que merecía el respeto y aprecio de la comunidad. Sin embargo, Heiko no ha cambiado su forma de ver las cosas. *Honrarás a tu padre y a tu madre, dicen. ¿Y a tus hijos? ¿Qué dice ese Dios tan supuestamente bondadoso sobre los hijos? A la mierda*, piensa Heiko, que, a pesar de todo, no está dispuesto a derramar ninguna lágrima por la muerte de su padre.

El cielo está tan encapotado que, aunque son solo las once de la mañana, en el cementerio de Polloe está tan oscuro como si fuera de noche. Sin embargo, por alguna extraña razón, todavía no llueve, aunque de vez en cuando se oye el retumbar de los truenos en la lejanía. Los dos sepultureros introducen lentamente el féretro de madera noble en el interior de la cavidad rectangular que ocupa el centro del majestuoso panteón familiar, en el nicho que estaba reservado para el progenitor de los Arizkun. El señorial monumento funerario consta de una hilera de columnas en la parte superior a la que se llega a través de dos escalinatas laterales que rodean una imponente escultura central, una obra que mandó construir el padre de Heiko basándose en la figura de *El beso de la Muerte* que se encuentra en el cementerio de Montjuic en Barcelona. Está formada por un esqueleto en cuya espalda se han formado dos poderosas alas y que observa cómo viaja el alma de un niño al más allá mientras le hace el signo del beso con la mano.

Gaia se mantiene al lado de Heiko agarrada de su brazo. Idoia hace lo propio con su madre. Salvo por los silenciosos sepultureros, no los acompaña nadie más. Ese fue el deseo expreso del padre en su testamento, y ellos lo han respetado escrupulosamente. Los cipreses se agitan por efecto del fuerte viento, recordándole a Heiko los árboles que poblaban el jardín de la casa en la que veraneaban en Comillas. De repente, lo asaltan los recuerdos de otros tiempos felices compartidos en familia, con sus padres y sus hermanos, antes de que él se tuviera que cambiar el orden de los apellidos. Las largas comidas en el archiconocido restaurante Boga Boga, en el bonito pueblo pesquero de San Vicente de la Barquera, mientras sus padres degustaban una maravillosa merluza y ellos se hartaban de comer un delicioso helado de vainilla. Los días que los dejaban ir solos a la ventosa playa de Comillas, en cuyo arenal jugaban durante horas a la pelota y a las palas. Como si pudiera leer sus pensamientos, las lágrimas descienden inexorablemente por las mejillas de la madre. Heiko trata de mantenerse en silencio, aunque hay algo en lo que no puede dejar de pensar: *de una forma u otra, ese malnacido de Hamlet ha hecho también daño a mi familia. Debo atraparlo, se dice, y no solo porque pueda decirme dónde se encuentra Mikel.*

Cuando los sepultureros terminan el trabajo, colocan cuidadosamente la lápida en la que los apellidos de la familia están escritos con bonitas letras ribeteadas en oro. Luego se giran, les hacen un gesto grave con la cabeza y se alejan caminando. Al llegar a la entrada del panteón, abren las puertas de aluminio negro y puntas doradas y desaparecen parsimoniosamente en la oscuridad. Se oye el sonido estruendoso de un trueno a lo lejos, como si fuera el colofón de la triste ceremonia. También el ruido de gotas gruesas de lluvia repicando contra el suelo de hormigón en el exterior.

Gaia susurra una oración mientras Idoia continúa llorando en silencio. De repente, Heiko nota que el Rockphone vibra en el bolsillo del pantalón. Sabe que no es el momento adecuado, pero también intuye que debe tratarse de algo importante: o es el asesino quien trata de comunicarse nuevamente con él, o es Atenea. Saca apresuradamente el teléfono móvil del bolsillo y lee el siguiente mensaje en la pantalla del dispositivo: «Tengo información sobre la Filósofa».

—¿Qué has encontrado? —le pregunta Heiko a Atenea en la soledad de su casa.

—La Filósofa no es una sicaria —le contesta ella a través del teléfono—. Esa es la razón de que tu red de contactos no encontrara nada —aclarar a continuación.

—¿Estás segura? —insiste él—. Bombón insinuó que había una sicaria que quería matar a Mikel.

—Eso es. Debió insinuarlo, pero no creo que lo asegurara. No sé a qué o a quién se refería con ese nombre, pero te puedo garantizar que no es una sicaria —sentencia Atenea—. Lo siento, Heiko, tu petición queda resuelta, aunque te mantendré informado si averiguamos algo más —añade antes de colgar.

Lunes, 1 de marzo
Artur

llega al lugar donde los han citado, acompañado de Aimara. Los anticuarios han venido en coche, un sencillo Opel Corsa que han dejado aparcado en un lateral del pedregoso camino de la entrada. La vivienda es un viejo caserón solitario situado en medio de la montaña, en el pequeño pueblo de Zegama, en la ladera de la sierra de Azkorri. Tiene un tejado a dos aguas formado por tejas de arcilla roja que han sido reacondicionadas. La fachada principal también se ha pintado recientemente de blanco. La adornan varios balcones con persianas mallorquinas de madera y barandillas de aluminio negro de las que cuelgan macetas con geranios rojos.

Artur ahueca las manos y echa el aliento sobre ellas. Observa la pintura de un blanco reluciente y recuerda que la nota decía que estaban reformando la finca para abrir un nuevo negocio. Coge el papel arrugado del bolsillo y lo vuelve a leer. Ahora que están aquí, se percata de que es raro que la nota no estuviera firmada y que la mujer que lo llamó no le dijera su nombre. Sin embargo, no le da mayor importancia, con el paso del tiempo se ha dado cuenta de que determinadas normas de comportamiento que ellos daban por sentadas se han ido perdiendo ineludiblemente. En cualquier caso, ellos han llegado diez minutos antes de lo previsto, fiel al principio de Artur que dice que la puntualidad es la cortesía de los reyes.

—Maldita sea —se queja Aimara—. Esto está lleno de abejas —añade agitando la mano frente al rostro para espantar a uno de los insectos que revolotea cerca de ella.

—Es posible —contesta él a la defensiva, después de volver a guardar la nota—. En internet decía que había sido la sede de una empresa dedicada a la apicultura.

—¡Uff! —suspira ella—, qué poco me gustan estos bichos.

—No te preocupes, cariño —trata de tranquilizarla él, recordando la imagen del valioso jarrón de la dinastía Ming—. Entremos en la casa, seguro que dentro estarás mejor —propone acercándose luego hasta el viejo portón de la entrada y agarrando la aldaba de bronce.

Golpea la puerta con la aldaba varias veces, pero nadie contesta. Aimara está empezando a ponerse nerviosa a causa de las abejas mientras Artur insiste.

—¿Sí? —contestan de repente desde el interior de la casa. Artur reconoce inmediatamente la voz de la mujer con la que habló por teléfono.

—Buenos días —la saluda—. Somos Artur y Aimara Echanove. Habíamos quedado hoy para ver las obras de arte oriental.

—¡Ah, sí! —contesta ella. Por el tono de voz que utiliza, Artur se empieza a temer que ni siquiera van a tener preparadas las piezas, lo que supondrá tener que regresar a San Sebastián mucho más tarde de lo previsto—. Pasad, pasad —añade la mujer, que abre la puerta y los invita a pasar. El tuteo es otra de las normas a las que Artur no termina de acostumbrarse.

Ellos entran en la casa. Dentro les espera un amplio salón decorado con muebles modernos y cuyas paredes también parecen haber sido pintadas de color blanco hace poco.

—¡Bienvenidos! —los saluda la mujer.

Tiene un pelo largo y oscuro que merecería un buen lavado. Va vestida con unos pantalones manchados de pintura y una vieja camisa de flores arrugada. *No parece que sea una gran experta en arte oriental*, piensa él antes de decir:

—Gracias. Yo soy Artur, y ella es mi mujer, Aimara —añade haciendo un gesto con la cabeza.

—Espero que no hayáis encontrado mucho tráfico viniendo hasta aquí, a veces se forman colas interminables en la autopista A-1.

—No, qué va —responde él—. Hemos venido muy bien.

—¿Por qué hay tantas abejas? —pregunta Aimara, que todavía parece incómoda por lo que ha pasado en la entrada de la casa.

—¿Abejas? —repite la mujer, sorprendida por la pregunta—. Eso es porque los que vivieron aquí antes de nosotros trabajaban con ellas. De hecho, todavía quedan algunas colmenas en el interior de la casa, aunque ya están vacías. ¿Por qué? ¿Te han picado?

—No, no —se apresura a contestar Artur—. No le han picado, ¿verdad, cariño?

—No, pero casi —le espeta ella en tono seco.

—Bueno, seguro que no hay para tanto —replica la mujer, que parece no darse cuenta del malestar de Aimara—. En cualquier caso, si venís dentro de unos meses, ya no estarán, estamos reformando la casa para que puedan venir de vacaciones los de San Sebastián. Será una..., ¿cómo lo llamáis los de ciudad?

Artur tarda un rato en descubrir lo que parece querer decir la mujer.

—¿Una casa rústica? —sugiere alzando las cejas.

—Eso es, una casa rústica —afirma ella mostrando una sonrisa afable.

Artur se da cuenta de que la conversación no lleva a ninguna parte y decide ir al grano para terminar cuando antes y regresar a la tienda.

—Disculpe, ¿podríamos ver las piezas?

—¿Las qué? —pregunta la mujer frunciendo el ceño.

Artur la mira sorprendido antes de decir:

—Las diez piezas de las fotos: los jarrones, las tallas y las pinturas. Aunque, a decir verdad, la que más nos interesa es el jarrón con dibujos de plantas marinas de color azul.

—¡Ah! Perdona, no sabía que se llamaban «piezas». Como no soy del mundillo... Por supuesto que las podéis ver, para eso os he hecho venir —afirma ella guiñándoles un ojo—. Pero antes quiero invitaros a tomar un buen café que seguro que os ayuda a entrar en calor.

Artur hace un gesto de resignación con la cabeza a Aimara, que no parece demasiado decidida a aceptar la invitación.

—Está bien —se adelanta él—. Seguro que nos viene bien, muchas gracias.

La mujer se da la vuelta y se dirige hacia la cocina canturreando una canción. Cuando se ha alejado lo suficiente, Aimara dice:

—No sé qué diablos estamos haciendo aquí.

—Tranquila —le pide él—. Verás como al final hacemos un buen negocio.

—Sí, como siempre —replica ella enfurruñada.

Al cabo de unos segundos, reaparece la mujer con una bandeja sobre la que se apoyan dos tazas humeantes de café. Llega hasta ellos y se las ofrece haciéndoles un gesto con la cabeza:

—Aquí tenéis, un café cargado, bieeeeeen caliente.

Artur agarra la taza por el asa y dirige una mirada suplicante a Aimara para que haga lo mismo. Lo único que quiere es que la compra sea un éxito y se ejecute rápido. Ella parece dudar hasta que se decide a hacerlo.

—¡Perfecto! Mientras vosotros disfrutáis del café, yo voy a por ese jarrón. Ahora vuelvo, lo tenemos en una habitación tapado para que no lo manchen los pintores —les explica para darse la vuelta y alejarse hacia la puerta del salón.

En cualquier caso, no me vendrá mal un café. Además, este tiene buena pinta, piensa Artur al

tiempo que se acerca la taza hasta los labios. Da un sorbo y, aunque nota un sabor extraño, no dice nada.

—No está mal, Pruébalo —le pide a su mujer.

Ella lo mira dubitativa, pero finalmente también bebe un sorbo. Artur sonríe y se termina el café de un trago. Está contento, pues sabe que es posible que en unos minutos sean dos millones de euros más ricos. Como la mujer tarda en traer las piezas, se dedica a inspeccionar el salón. *Qué raro, piensa, la decoración es demasiado moderna y no pega nada con la forma de ser de la dueña.* Por otro lado, sobre la mesa del comedor descansan un estuche de maquillaje y una colonia. *Deben tener hijos adolescentes,* se dice Artur. Vuelve a mirar a Aimara, pero se da cuenta de que no la ve demasiado bien. Es como si estuviera borrosa, como si la viera a través de agua encharcada. Cierra los ojos durante unos segundos, pero cuando los vuelve a abrir no ha cambiado nada. Ella también parece encontrarse mal, porque se pasa la mano por la frente, en la que han comenzado a aparecer gotas de sudor.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —le pregunta Artur antes de que ella caiga desmayada sobre el suelo.

Al cabo de unos segundos, a él le sucede lo mismo. Cuando la mujer regresa al salón, no porta ningún jarrón de la dinastía Ming.

§§§

La sombra observa a la pareja de anticuarios que espera frente a la entrada del antiguo caserón. La mujer parece disgustada mientras agita la mano para alejar a unas abejas que revolotean junto a ellos. *Eso no te va a funcionar más tarde,* piensa él, escondido entre los frondosos árboles al otro lado del camino.

Aunque han pasado muchos años, el matrimonio apenas ha cambiado. Ella, que va vestida con un elegante traje chaqueta de color beis, parece tan altiva y presuntuosa como siempre. Él continúa presentando ese aspecto de recatado intelectual incapaz de matar una mosca. Sin embargo, el odio irrefrenable que brota de lo más profundo del corazón de la sombra es testigo de que eso no es del todo cierto.

Mañana terminará la primera parte de la función, se dice la sombra cuando ve cómo se abre la vieja puerta de madera de la casa. *Pero, para que eso sea así, antes tengo que lidiar con un pequeño problema,* piensa mirando hacia el coche deslustrado que hace un rato se ha detenido en la calle principal, justo detrás del Volkswagen ID.3 y cerca del Opel Corsa de los Echanove. En su interior, un tipo campechano de pelo y perilla canosos fuma un cigarrillo mientras observa a la pareja. Aunque es de día, el cielo está encapotado y la lumbre brilla como si fuera de noche, iluminando el rostro gordezuelo del hombre.

Quién demonios es este tipo, se dice la sombra. Sabe que esta vez la forma de actuar ha sido más compleja que en las anteriores ocasiones. El hecho de que sea una pareja les ha impedido secuestrarlos en algún lugar de la ciudad, como hicieron con las otras víctimas. Una sauna, en plena calle, qué más da, todo es posible si lo haces adecuadamente y tienes suficiente escopolamina.

Sin embargo, en este caso han tenido que tenderles una trampa en un pueblo a las afueras, en la casa que él compró hace unos meses cuando decidieron convertirse en Hamlet y poner en

marcha el plan en el llevaban tanto tiempo trabajando: una trampa en la que solo alguien tan avaro y malvado como los Echanove podría caer, alguien que se oculta tras una pátina de bondad tan fina que la simple posibilidad de ganar todavía más dinero engañando a los demás les haga quebrarla.

De repente, el hombre del vehículo abre la guantera y extrae algo del interior. La sombra no puede verlo demasiado bien, pero parece una especie de cartera de piel, aunque, por la forma que tiene, también podría ser la funda de una placa. De una placa de policía. *No puede ser, no puede ser, no seas paranoico*, se dice la sombra tratando de convencerse de que todo son imaginaciones suyas. No obstante, el corazón golpeándole con fuerza el pecho se empeña en insinuar lo contrario.

Coloca la mano en el interior de la chaqueta y agarra lo que esconde en el bolsillo. En ningún caso está dispuesta a poner en riesgo lo que pretenden hacer. Han llegado demasiado lejos como para fallar ahora. Mientras el tipo parece dudar sobre si coger algo más de la guantera o no, la sombra se dirige a paso rápido hacia él. A su espalda se oye el ruido del agua que forma el río Oria moviéndose entre los árboles. Hace un frío intenso que se cuela por los bajos del pantalón y le pone la piel de gallina. Mira a su alrededor y se asegura de que no haya nadie, algo muy probable, pues el vecino más cercano se encuentra a varios kilómetros de la casa.

Tras asegurarse de que están solos, llega al coche. El hombre parece haber salido de dudas, porque está cogiendo algo de la guantera. Sin embargo, la sombra lo interrumpe golpeando con los nudillos el cristal de la ventanilla. El tipo deja lo que fuera que estuviera cogiendo, se incorpora y lo mira fijamente. Él trata de poner su mejor sonrisa, una que transmita la confianza suficiente como para que el hombre baje la ventanilla. Y parece que lo consigue, porque este lo hace y le pregunta:

—Buenos días, ¿qué desea?

El tono es agradable, aunque algo desconfiado. La sombra se agacha para hablar con él y entonces la ve: una pistola descansa en la guantera, oculta entre los papeles del coche. *¿Qué diablos?*, se pregunta. Se plantea avisar a la mujer en la casa y cambiar de planes. Se plantea incluso golpear al tipo hasta dejarlo inconsciente, avisar a la mujer en la casa y cambiar de planes. Pese a ello, los deseos de terminar lo que han empezado son tan fuertes que no lo hace. No está dispuesto a que los Echanove se salven, deben morir como los otros.

Casi de forma inconsciente, extrae el capuchón de la pluma. El policía pone cara de sorpresa. *Siempre ocurre lo mismo*, piensa la sombra antes de clavárselo violentamente en el cuello. Una vez, dos veces, y así hasta trece veces. En cada una de ellas, la hoja afilada entra y sale del cuello del policía como si fuera la fina aguja de una máquina de coser. La sangre todavía caliente del hombre brota con fuerza, manchando de color rojo el interior del parabrisas.

—Nadie va a detenernos ahora —susurra la sombra mientras mantiene la hoja punzante de la pluma clavada en el cuello del policía hasta que este muere.

Martes, 2 de marzo
Berta

aprieta la mandíbula mientras agarra el teléfono móvil con fuerza. Es temprano, y llueve tanto que parece que la vieja comisaría se va a inundar en cualquier momento. El intenso ruido que hace el agua al caer le recuerda a Berta al de una radio anticuada tratando de captar una emisora AM. *Bendito cambio climático, que hace que tengamos gotas frías cada dos por tres*, piensa antes de preguntar:

—¿Cuánto hace que ha llamado?

Luego se mantiene un rato en silencio, escuchando atentamente al agente que le habla al otro lado del teléfono. Se oye el ruido de un trueno que parece estar justo encima de la comisaría. La luz de uno de los fluorescentes de la sala de coordinación parpadea levemente por efecto de la bajada de tensión.

—¡Maldita sea! —exclama antes de colgar.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Ibón alzando las cejas.

—Los Echanove —contesta ella en tono serio—. Su hijo mayor acaba de denunciar su desaparición. Al parecer, ayer por la noche fueron a tasar unas obras de arte y todavía no han regresado.

—¿Sabemos adónde fueron? —inquiére el detective.

—No, no se lo dijeron a nadie.

—¿No teníamos a un agente vigilándolos? —pregunta Chloe frunciendo el ceño.

—Así es, pero, según me han confirmado, tampoco aparece —responde Berta.

—Quizás podemos analizar su móvil y ver dónde estuvo —sugiere la detective coreana.

—Podemos —repite la inspectora—, pero no cree que lleguemos a tiempo.

—¿Qué quieres decir? —inquiére Chloe.

—Que, en los asesinatos de Echevarría y Ortega, Hamlet tardó solo un día en matarlos después de secuestrarlos. Dudo que, a estas alturas, vaya a cambiar el *modus operandi*.

—Pues si eso es así... —dice Ibón.

—Tenemos veinticuatro horas para encontrarlos antes de que los mate —termina la frase Berta.

§§§

—Como nos temíamos, parece claro que algo tienen en común los tres patronos de la Fundación Orkestra, porque el asesino ha secuestrado a los únicos que quedaban vivos —dice Berta en tono grave.

La inspectora está hablando por teléfono con Heiko desde la sala de coordinación. Chloe ha ido a hablar con el responsable del Grupo de Delitos Telemáticos. Pretenden iniciar los trámites para que el proveedor de la línea de teléfono les facilite información sobre los últimos lugares en los que estuvo el agente desaparecido. Lo mismo van a intentar con el móvil de los anticuarios. Por su parte, Ibón ha marchado a interrogar al hijo de los Echanove que ha interpuesto la denuncia. Quieren ver si consiguen algún tipo de información sobre el lugar al que fueron Artur

y Aimara el día de su desaparición. Quedan menos de veinticuatro horas para que el asesino actúe, y no pueden quedarse quietos esperando.

—Me temo que así es —replica Heiko.

Berta observa la lista casi vacía de pistas en el rotafolio, así como las cruentas fotografías de las víctimas colgadas en la pared. Las observa y tiene la sensación de que llevan años investigando este caso, cuando la realidad es que hace solo unas semanas que tuvo lugar el primer asesinato. Todavía no logra entender cómo alguien puede hacerle algo tan cruel a otra persona. Ella, Ibón, Chloe, Gonzalo, todos en la brigada desean con todas sus fuerzas atrapar a Hamlet. Impedir que mate a nadie más. Por esta razón, las órdenes del inspector jefe han sido rotundamente claras: «Berta, todas las mujeres y hombres del cuerpo están a tu disposición para atrapar a ese asesino. ¡Hazlo!», le ha ordenado ya hace un rato.

—No te preocupes, he pedido a Central que manden un par de agentes a proteger a tu madre —explica Berta, que se imagina lo que debe estar pensando Heiko—. No creemos que esté en peligro, pero por si acaso. Por otro lado, yo también le haré una visita a lo largo de la mañana con el objetivo de tranquilizarla —añade la inspectora.

—Gracias —le agradece Heiko en tono sincero—. La verdad es que, después de la muerte de mi padre, solo le faltaba esto. Por otro lado, ¿dijo algo Jon sobre los patronos?

—Nada relevante, que la mayoría de sus clientes tienen sociedades *offshore* y que eso no es delito.

—Tiene razón —afirma Heiko.

—Lo sé —repite ella—, pero eso no quita que lo que hemos encontrado no puede ser solo una coincidencia. ¿Te ha dicho algo esa amiga tuya sobre la Filósofa?

—Sí —responde él—, aunque lo que me ha dicho abre otra puerta en lugar de cerrar la que tenemos ahora abierta.

—¿Qué te ha dicho?

—Que sea quien sea la Filósofa no es una sicaria.

—Joder, entonces, ¿quién es?

Berta observa a través del cristal de la sala de coordinación a la detective coreana acompañada de varios agentes. Caminan a paso rápido hacia la puerta de salida de la comisaría, ella agarrando con la mano el sempiterno ordenador portátil con el que tanto ha aportado al caso. *Espero que tengamos los datos de localización a tiempo*, se dice la inspectora, aunque esta vez no es demasiado optimista.

—Verás, he estado pensando en ello —responde Heiko—. Bombón no dijo exactamente que la Filósofa fuera una sicaria.

—La verdad es que no estoy segura de lo que dijo —se sincera Berta, recordando el día en el que hablaron con el peligroso traficante en la discoteca.

—Yo sí —replica Heiko con seguridad—. Dijo que una mujer a la que llamaban la Filósofa quería matar a Mikel y que él suponía que era una sicaria. Sin embargo, no dijo que lo fuera.

—Entonces, si no es una sicaria...

—Es una mujer que, por algún motivo que desconocemos, quería matar a mi hermano —sentencia Heiko.

—Me temo que eso no cambia nada —afirma Berta—. Seguimos sin saber nada de ella ni de la posible conexión que pueda tener con Hamlet.

—Sí, cambia algo —la contradice él.

—¿El qué?

—Mikel estudiaba Filosofía —explica Heiko—, por lo tanto, el uso de ese apodo no puede ser inocente. Significaba algo para él, y, si descubrimos qué, posiblemente encontremos a esa mujer.

§§§

Berta está sentada frente a Gaia Aguirre, la madre de Heiko y presidenta de la Fundación Orkestra, una mujer mayor, aunque extraordinariamente elegante y hermosa, vestida con un discreto traje oscuro. Luce una melena corta, peinada con la raya al lado, que enmarca un rostro cuyas arrugas se ven resaltadas por un maquillaje prácticamente inexistente.

A diferencia de la recepcionista que los atendió en el bufete de abogados, se muestra también como una mujer cercana cuando se sienta frente a ella en el despacho de la Fundación. Esta vez la inspectora ha venido sola, pues Ibón está interrogando al hijo de los Echanove. Un cuadro de una campesina que sostiene en brazos a su hijo de rostro triste, una sencilla mesa y dos sillas ocupan la sala en la que se encuentran.

—Quería agradecerle que se haya acercado hasta aquí para verme —dice Gaia—. La verdad es que Heiko me ha hablado muy bien de usted. Por cierto, ¿de qué se conocen?

Berta se sorprende. *Así que le ha hablado a su madre sobre mí*, piensa tratando de disimular una sonrisa.

—Nada importante, compartimos intereses comunes —contesta ella.

—Entiendo... —dice la madre mirándola fijamente—. Muy bien, pues ya me dirá qué desea —añade luego mostrando una sonrisa afable.

—En primer lugar, quería decirle que siento mucho lo de su marido —presenta Berta sus condolencias.

Gaia Aguirre asiente con gesto compungido. Luego cruza las manos y las apoya sobre el tablero de la mesa del despacho. En el exterior de la sala, dos agentes vigilan que nadie pueda acercarse a ella para hacerle daño. Gonzalo ha dado la orden esta mañana, pues creen que, dada su relevancia en la Fundación, el asesino también podría ir a por la mujer.

—Fue una pena que el corazón de Iñigo no resistiera —dice Gaia con tono apenado—. ¿Es usted religiosa, inspectora Sanders? —le pregunta a continuación.

Ella se sorprende por una cuestión de índole tan personal. Sin embargo, no le molesta, le parece algo normal teniendo en cuenta que se encuentra a solas en un despacho con una mujer católica que acaba de perder a su marido.

—No —contesta—. No lo soy.

—Una lástima, créame. En momentos como este, creer en Dios te permite seguir adelante. Aunque, como decía Machado: «La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos».

Definitivamente, se trata de una mujer fuerte, piensa Berta antes de decir:

—Bonita frase. Permítame que le haga una pregunta, señora Aguirre: ¿conocía a los patronos de la Fundación que han muerto asesinados? Fermín Echevarría y Alicia Ortega.

—La verdad es que no, más allá de las reuniones del órgano de administración de la empresa —contesta la mujer con aplomo—. Se trata de encuentros institucionales que tienen lugar una vez cada tres meses y que no suelen durar más de treinta minutos. No son más que una mera

formalidad.

—¿Qué cree que pueden tener en común los Echanove y esas dos personas para que Hamlet los quiera matar? —inquire la inspectora, volviendo a mirar a la mujer.

—No lo sé, la verdad. A mí me parece que todos ellos son..., eran... —Gaia parece dudar sobre qué tiempo verbal utilizar— gente decente y preocupada por los demás. No entiendo quién podría querer hacerles daño.

Berta observa a través de la ventana del despacho cómo la luz de un rayo parpadea furiosamente en el cielo durante unos segundos. La acompaña el fuerte ruido de un trueno que hace que las dos mujeres se mantengan en silencio mirando hacia el exterior hasta que el sonido se apaga.

—¿A qué se dedican en la Fundación? —pregunta la inspectora.

—Ayudamos a hijos de familias con pocos recursos.

Berta asiente con la cabeza mostrando interés.

—¿Cómo los ayudan? —pregunta luego.

—De muchas formas —responde la madre mostrando una sonrisa agradable—: campamentos de fin de semana que les permitan ampliar su visión sobre el mundo, becas para estudiar en las mejores escuelas del País Vasco o para irse al extranjero a cursar una carrera.

—Entiendo. ¿A cuántos críos han ayudado a lo largo de todos estos años?

—A muchos, la verdad —contesta orgullosa la mujer—. El mes pasado celebramos el cuarenta aniversario de la convocatoria de las primeras becas Orkestra. Durante todo este tiempo, solo dejamos de convocarlas un año.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —inquire Berta sorprendida.

Gaia se queda en silencio con el rostro serio. Durante unos segundos, parece ser consciente de que ha hablado de más. Sin embargo, finalmente vuelve a mostrar una sonrisa y dice:

—Bah, no es nada. Fue algo que pasó hace muchos años.

La inspectora se da cuenta enseguida de que Gaia no se encuentra cómoda hablando del tema.

—¿Qué pasó? —inquire intrigada.

—Verá, hace más de veinte años, durante uno de los campamentos de fin de semana, hubo un incendio en los dormitorios donde dormían los chicos —explica Gaia—. Murieron casi todos, algunos a causa de las quemaduras y otros a causa del humo que inhalaron.

—Lo siento mucho —dice Berta en tono sincero.

—Desafortunadamente, se trató de un error humano. Después del suceso, la policía descubrió que uno de los monitores, un joven de veinte años que solía trabajar con nosotros, se había emborrachado y había dejado encendida una estufa justo al lado de su cama —le explica la mujer—. Al parecer, la colcha era de algodón y prendió fácilmente. Lo demás es historia.

—¿Dónde está ahora ese joven? —pregunta Berta.

—Ingresó en prisión y, al cabo de unas semanas, se suicidó —contesta Gaia—. Ya ve usted, las desgracias nunca vienen solas.

§§§

—¿Qué habéis conseguido? —pregunta Berta.

La gota fría sigue viva y manchas oscuras han comenzado a aparecer en varias zonas del

techo agrietado que cubre la comisaría. La pintura blanca ha ido adquiriendo progresivamente un tono oscuro y las gotas de agua amenazan con desprenderse del techo y caer sobre el suelo.

—Me temo —contesta Chloe— que, como bien dijiste, no vamos a disponer de las localizaciones de los móviles antes de una semana. Y eso siendo optimistas.

Son las dos de la tarde. El tiempo se acaba, piensa Berta mientras termina su sándwich de atún y mayonesa. Luego se limpia las manos con una servilleta de papel arrugada. Cuando acaba, la tira a una papelera y pregunta a Ibón:

—¿Y el hijo de Echanove?

—Nada —responde este—. Me explicó que sus padres fueron a tasar unas obras de arte y no volvieron. Él no sabe a dónde fueron. De hecho, me dijo también que no suelen hablar de trabajo.

—¿Te pareció sospechoso? —inquire Berta.

—No —responde Ibón—. Me pareció alguien que decía la verdad.

—Está bien. Chloe, quiero que investigues lo que pasó hace unos veinte años en uno de los campamentos de fin de semana que organizaban en la Fundación Orkestra —ordena la inspectora.

—¿Qué buscamos exactamente? —pregunta la detective coreana.

—Según me explicó la presidenta de la Fundación, hubo un incendio en el que murieron varios chicos. Al parecer, se debió al descuido de uno de los monitores, que ingresó en prisión y se suicidó al cabo de un tiempo.

—¿En qué estás pensando? —le pregunta Ibón.

—Quizás alguien quiera vengar esas muertes —responde ella.

—¿La del monitor o la de los chavales? —pregunta Chloe con suspicacia.

—Cualquiera de ellas —responde Berta, observando cómo una de las gotas cae irremediabilmente desde el techo hasta el suelo.

§§§

—¿Conocía usted a Artur y Aimara Echanove? —pregunta Ibón a Antxón García.

—No tengo por qué responder a eso —dice este.

Se encuentran en la misma sala de interrogatorios que la última vez. El sospechoso lleva las mismas gafas de cristales amarillos colgadas de la misma camiseta arrugada.

—Te equivocas —le espeta Berta, que es incapaz de mantenerse en silencio—. Esta vez tenemos una orden del juez para interrogarte. Contesta a la pregunta, por favor.

—Repito: no tengo por qué responder a eso —dice Antxón en tono chulesco mientras agita las piernas, que mantiene exageradamente abiertas—. Dicho esto, la respuesta es que no, no los conozco —añade a continuación.

—Entonces, ¿por qué publicaste en redes que «comerciar con obras de arte es otra forma de oprimir a los pobres»?

—No recuerdo haber dicho eso.

—¿Y ahora? ¿Lo recuerdas? —le pregunta Ibón enseñándole una copia de los mensajes impresos en papel.

El sospechoso los mira desinteresado y contesta lo siguiente:

—Puede ser que lo escribiera, aunque, a decir verdad, no me parece ninguna amenaza.

Desafortunadamente, tiene razón, se dice Berta.

—¿Dónde estabas ayer?

—Con la misma gente con la que hablasteis la última vez —responde él—, los mismos que testificarán nuevamente que estaba con ellos.

Sonríe mostrando unos dientes perfectos que a Berta le dan ganas de rompérselos. Sin embargo, ella sabe que no pueden hacer nada. También sabe que es bastante improbable que este niño rico y presuntuoso sea el asesino. Ni siquiera el colectivo antisistema al que pertenece, un grupito de niños ricos que juegan a ser malotes durante la semana, mientras que el fin de semana se van a esquiar a la privilegiada Suiza con sus padres. Lo único que convierte a este tipo en sospechoso es que tiene un ID.3. *Como muchas otras personas*, piensa Berta antes de decir:

—¿Sabes? Creo que tienes razón. De una forma u otra, los ricos siempre oprimen a los pobres. Quizás esa sea la razón de que tus papaitos hayan tenido que pagar multas millonarias por defraudar a Hacienda en varias ocasiones.

—¡Deje a mis padres fuera de esto! —les grita Antxón al tiempo que golpea la mesa con el puño—. ¡Yo no tengo nada que ver con ellos!

Ibón mira a la inspectora con cara de sorpresa.

—Por supuesto, así lo haremos —responde ella—. No obstante, antes de hacerlo me aseguraré de que la prensa escriba un artículo explicando cómo la familia de alguien tan preocupado por los demás no paga los impuestos que deben financiar las escuelas y hospitales públicos —añade luego sin poder ocultar su satisfacción.

Martes, 2 de marzo

Artur

abre los ojos lentamente, pero pronto se da cuenta de que se encuentra en una pequeña habitación a oscuras donde apenas se ve nada. Sin embargo, sabe que está desnudo. Por alguna extraña razón, es algo que, aunque no puede ver, puede sentir. *La desnudez suele ser como la debilidad, se palpa*, reflexiona el anticuario.

Al cabo de unos segundos, se percata de que hay otra persona tirada sobre el suelo, junto a él. Artur intuye que se trata de Aimara. Guiado por la respiración de la mujer, le pasa la mano por el pelo para asegurarse de que es ella.

—Aimara... —susurra en voz baja, y golpea suavemente con la mano el hombro de la mujer.

Luego le toca la espalda y percibe que ella también está desnuda. La mujer continúa dormida, en silencio. Artur percibe un extraño olor en el interior del cuarto oscuro, como si alguien lo hubiera bañado en colonia de bebé. Nota cómo se le acelera el corazón y gotas de sudor comienzan a perlar su frente. No recuerda demasiado bien lo que ha sucedido para que Aimara y él hayan terminado en esta habitación, solo que habían ido a Zegama a visitar a una persona que tenía un jarrón chino que podría estar valorado en varios millones de euros. Después recuerda vagamente a una mujer campechana que les ha ofrecido una taza caliente de café para protegerse del frío. Y luego, nada más.

—¿Qué pasa? ¿Dónde... estamos? —murmura la mujer, que se ha despertado.

—No lo sé. Parece una habitación —responde él mirando a su alrededor sin ver nada todavía.

—¿Qué nos han hecho? —pregunta ella con un tono de voz asustado—. Me duele terriblemente la cabeza —añade luego.

A Artur también le duele la cabeza, como si tuviera una resaca de mil demonios. No obstante, está mucho más preocupado por otra cosa. Por un ruido en concreto, un molesto zumbido que, de momento, solo se oye al otro lado de las paredes de la habitación.

—Te dije que era una mala idea venir aquí —se queja la mujer.

—Aimara, no creo que este sea el momento... —trata de defenderse él.

—Ese es el problema, que contigo nunca nada es el momento. ¡Ahhhh! —grita de repente la mujer.

—¿¿Qué ha pasado?! —inquire él, que siente cómo empiezan a latirle las sienes y se le seca la boca.

—No lo sé, es como..., como si me hubiera picado una abeja —dice ella, y empieza a sollozar.

Artur se lleva la mano al pecho instintivamente. *Dios mío*, piensa. Ni siquiera le han dejado la gruesa cruz de oro que siempre lleva colgada del cuello, un recuerdo de sus amados padres. Pronto se da cuenta de que el zumbido es cada vez más intenso, como si centenares de abejas estuvieran chocando una y otra vez contra las paredes de la habitación con el único afán de entrar y clavarles sus aguijones afilados.

—No te preocupes, seguro que no es nada —miente Artur, que, en realidad, teme que lo que les vaya a picar en unos minutos no sea solo una abeja, sino varios enjambres que están empezando a entrar en el cuarto colándose por unos agujeros que alguien ha practicado en las paredes.

Martes, 2 de marzo
Berta

lee en el ordenador de Chloe el artículo sobre el desafortunado incendio durante los campamentos de la Fundación Orkestra. Acompañando el texto hay una vieja fotografía en la que aparecen los monitores junto a los chicos que ese fin de semana estaban juntos. Todos ellos van elegantemente vestidos con camisa blanca de manga corta y pantalones anchos de pinzas, mostrando un cierto aire retrógrado. Posan sonrientes frente a la entrada de la granja donde solían tener lugar los campamentos. Estaba situada en Astigarraga, cerca de la parroquia de Santa María de la Asunción, según explica la nota al pie de la fotografía.

En la imagen, todos los chicos que fallecieron en el incendio están numerados, y en una de las esquinas del artículo hay una lista rodeada por un borde rectangular que relaciona cada número con el nombre del niño. Berta mira la lista y luego observa la fotografía detenidamente. Hay algo que le llama la atención, pero todavía no sabe qué es. A tenor de lo que dice el artículo, los chavales que murieron tenían entre diez y dieciséis años. Su inesperada muerte debió destrozar la vida de muchas personas, alguna de las cuales podría estar buscando ahora venganza, según la teoría de la inspectora. *El problema es saber cuál de ellas*, se dice mientras escucha las detalladas explicaciones de Chloe.

—Apareció en todos los periódicos de la época —está diciendo la mujer—. La mayoría de los familiares de las víctimas dijeron que había sido culpa de los mandamases de la Fundación. Según ellos, no prestaban la debida atención al mantenimiento de la granja, lo que hizo que la estufa estuviera en malas condiciones.

—Eso no coincide con lo que me dijo Gaia Aguirre —replica Berta—. Según ella, se debió a que un monitor se emborrachó y se dejó una estufa encendida por la noche justo al lado de la cama.

—Pues debe tener razón, porque eso es lo que se concluyó. Pedro Linares, veinte años, fue condenado a tres años y cuatro meses de prisión por homicidio involuntario —explica Chloe—. La propia Fundación se convirtió en acusación particular. Cuando ese chico llevaba solo dos semanas en la cárcel se suicidó ahorcándose.

—¿Y la familia de ese tal Linares? ¿Alguno de ellos tiene un ID.3? —pregunta Ibón.

—No —contesta Chloe—. Ya lo he mirado.

—Habría sido demasiada suerte —dice Berta—. Debemos investigar a los familiares de los críos muertos en el incendio. Todo ellos tienen *a priori* un motivo claro para vengarse de los patronos de la Fundación.

—También lo he hecho —sentencia Chloe—. Ninguno de ellos tiene un coche como el que utilizaron para secuestrar a Alicia Ortega.

De repente, Berta se da cuenta de qué es lo que ha llamado previamente su atención en la fotografía. Son dos de los chavales, que deben tener unos catorce años. Dos hermanos gemelos, prácticamente idénticos, de pelo corto y moreno y semblante serio. *Me recuerdan a alguien*, se dice la inspectora sin dejar de mirar la pantalla del ordenador. Las sienes le laten con fuerza, como siempre le sucede cuando está a punto de descubrir algo relevante.

—No sé, quizás le estamos dando demasiada importancia a la pista del coche —sugiere Ibón—. Quizás el asesino simplemente alquiló el ID.3.

—En cualquier caso, no creo que tengamos tiempo de interrogar a todos esos familiares antes

de que Hamlet mate a los Echanove... —dice Chloe.

Berta sigue mirando a los hermanos. El que murió en el incendio está numerado con el número ocho.

—¿Quién es este chico? —pregunta.

—Dani Góngora. Su hermano, el que aparece junto a él en la foto, fue uno de los chavales que sobrevivió al incendio.

De repente, Berta lo ve. *No puede ser*, piensa mientras siente cómo el corazón da un tremendo vuelco.

§§§

Berta e Ibón entran apresuradamente en la distinguida recepción de la oficina del bufete de Jon Goytisolo. Desde las alturas se aprecia a la gente desplazándose como hormigas con paraguas sobre las aceras completamente mojadas. Ellos dos se acercan hasta el mostrador de recepción, donde los espera la misma chica que la última vez, que muestra la misma actitud altiva y presuntuosa.

—¿Qué hacen? —les pregunta la mujer ahuecándose el pelo—. ¡No pueden pasar! —grita a continuación, histérica.

Berta saca la placa del bolsillo y se la planta delante de la cara con brusquedad. *La verdad es que estaba deseando hacerlo*, piensa antes de ordenar:

—Vaya a buscar al señor Goytisolo. ¡Ahora mismo!

—¿Pero qué se ha creído? ¡Seguridad, seguridad! —grita la recepcionista.

Al cabo de unos segundos, aparece corriendo un guardia robusto con aspecto despistado y con la mano apoyada en la funda de la pistola. Cuando ve la placa de Berta, se detiene y se queda pensativo, como si no supiera muy bien qué debe hacer.

—Vaya a buscar al señor Goytisolo ahora mismo o mi compañero la detendrá por obstrucción a la justicia —repite la inspectora.

Por el tono de voz y la actitud de Berta, la recepcionista empieza a pensar que quizás se está metiendo en un lío. Se queda mirando al guardia de seguridad, que le hace un gesto con la cabeza para indicarle que haga lo que le están pidiendo.

—El señor Goytisolo no está —dice finalmente la recepcionista haciendo un puchero.

—¿Dónde está? —le pregunta Berta mientras guarda la placa en el bolsillo.

—Fue a visitar una casa que se compró hace unos meses en Zegama —les explica la mujer—. Según me dijo, hoy venían los arquitectos a empezar las obras y debía atenderlos personalmente.

La mujer no ha terminado de hablar cuando Berta e Ibón salen corriendo del edificio.

§§§

El Citroën Xsara Picasso está aparcado en un lateral de la calle empedrada. Se encuentra a unos pasos de la puerta de entrada de un viejo caserón situado en Zegama, en medio de la montaña, rodeado por imperturbables cimas cubiertas de nieve. Berta reconoce enseguida que se

trata de un coche de policía tan destartado como el suyo. En su interior no hay nadie. La inspectora apoya la mano sobre el capó del vehículo y se da cuenta de que está frío. *Tampoco hay rastro del ID.3*, piensa, empezando a dar por cierta la teoría de que el modelo de coche es una pista falsa. Porque todo apunta a que el agente de policía y los Echanove se encuentran hoy aquí y están en manos del asesino. *La cuestión es si todavía siguen vivos*, se dice apretando los dientes con fuerza.

—Vamos allá —susurra luego de camino hacia la puerta de entrada.

—¿No esperamos a los de la Ertzaintza? —pregunta el detective. Al salir de las oficinas de Goytisolo, han llamado pidiendo refuerzos y les han asignado dos coches de la policía autonómica.

—No tenemos tiempo. Además, teniendo en cuenta lo que pasó la última vez, mejor empecemos sin ellos... —contesta Berta, que se detiene frente al pesado portón.

A continuación, lo empuja con la mano y este se abre lentamente. Lo que ven en el interior de la casa deja atónitos a los policías. Centenares de abejas sobrevuelan el espacioso salón produciendo un estremecedor zumbido. Decenas de ellas se han amontonado sobre una esquina de la pared formando una inquietante mancha de color negro que parece estar viva. Ibón alza las cejas y abre los ojos exageradamente antes de preguntar:

—¿Qué demonios es esto?

—Me temo que primero fueron los cerdos, luego, el tiburón, y ahora son abejas —contesta Berta.

De repente, ven una sombra que cruza apresurada la puerta de una habitación situada en la otra parte de la casa.

—¡Alto! —grita Ibón al tiempo que saca la pistola de la funda sobaquera—. ¡Deténgase!

—¡Vamos! —exclama Berta, que hace lo propio.

La sombra sigue corriendo mientras Ibón y Berta comienzan a perseguirla. En ese instante, se oye el grito estremecedor de un hombre pidiendo ayuda:

—¡Socorro! ¡Por favor! ¡Abran la puerta o vamos a morir!

Berta señala hacia el lugar del que parece proceder el grito: unas escaleras de granito que bajan a un sótano debajo de la planta principal en la que se encuentran ellos.

—Tú ve hacia allí —le ordena a Ibón sin dejar de correr—. Yo voy a detener a ese hijo de puta —afirma luego.

Todavía se oyen los pasos apresurados del asesino mientras escapa. *Eso quiere decir que aún estás cerca*, piensa Berta mientras atraviesa prácticamente volando un largo pasillo hasta llegar a una puerta entreabierta que parece dar al jardín posterior de la casa. Una vez allí, se detiene y la abre. Cuando cruza el umbral de la puerta, espera encontrar al asesino alejándose de la casa, pero lo que ve la deja sin palabras. Jon Goytisolo se encuentra solo a unos metros delante de ella, mostrando una sonrisa relajada en su rostro. El hombre sostiene en una mano el teléfono móvil y en la otra una especie de pluma estilográfica. *Parece como si no pasara nada, como si esto no fuera más que una continuación de la conversación que mantuvimos la última vez en su despacho*, piensa Berta.

—¿Qué les has hecho? —pregunta tras detenerse mientras resopla agotada por el esfuerzo.

Berta sabe que Jon Goytisolo, el elegante abogado de la Fundación Orkestra, es Hamlet. ¿El móvil? Vengarse por la muerte de su hermano de solo catorce años en el desdichado incendio que se declaró en los campamentos de la Fundación que tuvieron lugar en 1999, una muerte que, como la mayoría de los familiares de las víctimas, él achacaba a una mala gestión de los

patronos.

—¿A quiénes? —pregunta Jon.

—A los Echanove —replica la inspectora—. Y al policía que los vigilaba.

—Ahhhh, a esos —responde Jon aparentemente tranquilo—. Los primeros han tenido lo que se merecían. Me temo que el segundo es una víctima colateral. Por cierto, ¿cómo supiste que Hamlet era yo?

—Por la marca en el antebrazo, el punto en la letra i del tatuaje. Lo vi en una foto que mostraba a todos los niños que aquel día estabais en los campamentos.

—¡Muy lista! —exclama Jon—. Me quito el sombrero, inspectora —añade moviendo la cabeza.

—¿Por qué lo hiciste? —inquire Berta—. Me refiero a que eres un abogado rico: si creías que esas personas eran culpables de la muerte de tu hermano, solo tenías que llevarlas a juicio.

—Ya sabes, Berta, en la venganza, el débil es siempre el más feroz.

De repente, comienza a llover con fuerza. Gruesas gotas de lluvia caen sobre el rostro de Berta, que agradece sentir cómo el agua fría moja su piel.

—Jon Goytisolo, tiene derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga puede ser utilizado en su contra en un tribunal... —dice la inspectora, que no está dispuesta a tardar un segundo más en detener a Hamlet.

—No te preocupes por mis derechos, Berta. Soy abogado y los conozco perfectamente. También sé que no he actuado bien y que tienes el deber de detenerme —afirma Jon, que se guarda el móvil en el bolsillo y se acerca hacia ella con las muñecas juntas, sosteniendo todavía la pluma con una de ellas.

Cuando se encuentra a un metro de Berta, ella saca las esposas de una funda en la parte lateral de los vaqueros. Sabe que para colocárselas tendrá que guardar la pistola, pero está dispuesta a asumir el riesgo porque el hombre no va armado.

—Está bien —le dice al abogado—. Creo que se acabó. Recuerda que fui yo quien se entregó —añade luego tras quedarse quieto frente a ella todavía con las muñecas juntas.

Es listo, seguramente sabe que, si actúa así, el juez le rebajará la condena, piensa la inspectora. Sin embargo, cuando la mujer se dispone a guardar el arma y esposarlo, se da cuenta del engaño. El hombre separa las muñecas y extrae con extrema rapidez el capuchón de la pluma. Entonces aparece una hoja de acero larga y tremendamente afilada que clava a la inspectora en el pecho sin mediar palabra. Ella grita asustada, da un par de pasos hacia atrás y cae al suelo de espaldas.

—¿De verdad creías que esto iba a ser tan fácil? —pregunta él mostrando una sonrisa de demente—. ¿De verdad creías que he llegado hasta aquí para que una estúpida como tú me atrape?

El abogado se acerca caminando lentamente hacia donde está la mujer. El pelo, habitualmente engominado, le cae mojado sobre la frente. Tiene los ojos completamente abiertos, con las pupilas dilatadas mirándola prácticamente sin parpadear. Berta siente cómo la sangre brota con fuerza de la herida, mezclándose con el agua de la lluvia y manchándole la camiseta. *Maldita sea, se dice, cómo he podido ser tan tonta.*

—Nadie va a detenerme ahora —sentencia Goytisolo.

El hombre se agacha frente a ella sujetando la estilográfica manchada de sangre con la mano. *Se acabó*, piensa Berta, que ha perdido la esperanza de que Ibón llegue a tiempo de evitar que la mate. No en vano, aunque ya no se oyen los gritos del hombre pidiendo ayuda, sabe que hay una

posibilidad elevada de que Jon cuente con un peligroso cómplice al que deba enfrentarse el detective.

Hemos perdido, se dice manteniendo los ojos abiertos con dificultades, pues la herida es demasiado profunda y está perdiendo mucha sangre. Entonces el abogado se agacha y se acerca a ella.

—Nadie va a detenerme ahora —repite hablándole al oído, como si recitara una verdad inalterable.

Berta siente cómo el corazón le da un vuelco y un intenso escalofrío le recorre todo el cuerpo. Jon coloca la punta afilada de la pluma sobre el cuello de la mujer. Ella sabe que va a morir, pero no tiene miedo. Si acaso, siente tristeza, una tristeza inmensa por no haber sabido arreglar las cosas con Marcos. De hecho, si pudiera volver atrás, no cambiaría nada de lo que hizo, pero trataría de recuperarlo. Nota cómo la punta de la estilográfica empieza a atravesarle la piel y cierra los ojos resignada. De repente, se oye el ruido de varios disparos y percibe que la presión en su cuello desaparece. Jon Goytisolo cae al suelo, y ella se desmaya a tiempo de oír los gritos de Ibón llamándola.

Viernes, 5 de marzo
Berta

se pasa la mano por encima del jersey de cuello alto que tapa un apósito que le cubre la herida en el pecho, un agujero estrecho pero de varios centímetros de profundidad que siempre le recordará lo que ha vivido estos últimos días. Aunque todavía le duele, piensa que fue muy afortunada de que Ibón llegara a tiempo de salvarla de una muerte segura.

—La Ertzaintza todavía está quejándose de que no los esperarais —le explica con sorna el inspector jefe. Está tan contento que, a diferencia de otros días, hoy va vestido con un llamativo polo de color rojo y pantalones vaqueros ligeramente desgastados.

—¿Para qué íbamos a esperarlos?, ¿para que la cagaran otra vez? —replica Berta, siguiéndole el juego.

Hoy es el primer día que no llueve desde hace semanas. Parece que la gota fría se ha ido para no volver. De hecho, luce un sol primaveral en San Sebastián que ha provocado que la inspectora haya salido de casa sin su habitual cazadora de cuero. *También es el primer viernes desde hace mucho tiempo que me levanto sin tener resaca*, piensa Berta antes de escuchar a Gonzalo preguntarle:

—Por cierto, ¿cómo supiste que Jon era el asesino?

—Por la marca en el antebrazo —contesta Berta—. Jon Goytisolo, o mejor deberíamos decir Jon Góngora, porque ese era su nombre antes de que se lo cambiara para que nadie lo reconociera, tenía un extraño tatuaje en el antebrazo que decía: «En esta vida o en la otra». Lo curioso es que el punto de la i no estaba hecho de tinta, sino que era una extraña marca de nacimiento del abogado. Cuando vi la fotografía en el artículo que me enseñó Chloe sobre el incendio, me di cuenta de que era él.

—¿Qué le pasó a su hermano? —inquire Gonzalo mientras se acomoda satisfecho en la silla del despacho.

—Dani Góngora fue uno de los niños que murió en el desafortunado incendio de Astigarraga. Después de que su hermano falleciera, Jon marchó a estudiar Derecho a Estados Unidos, becado por la propia Fundación Orkestra, que encontró en esa beca la forma de compensarlo por lo que había sucedido. Sin embargo, Jon ni perdonó ni olvidó. Él seguía creyendo que su hermano había muerto a causa del mal hacer de los mandamases de la Fundación. Por esta razón, regresó a España y planeó su venganza. Primero se convirtió en el abogado de la Fundación. Después, de sus patronos. A partir de ahí, consiguió toda la información que necesitaba y los fue matando uno a uno.

—Me temo que ese criminal no solo mató a todas esas personas —dice Gonzalo—. Desafortunadamente, también asesinó a uno de nuestros hombres.

—Tienes razón —replica ella en tono compungido—. Esa fue otra muerte que no pudimos evitar.

—Pero sí evitasteis la de los Echanove —afirma Gonzalo mostrando una sonrisa en el rostro.

Aunque los anticuarios debieron sufrir enormemente con las terribles picaduras de abeja, máxime porque los encerraron en una habitación a oscuras, Ibón llegó a tiempo de evitar que padecieran un envenenamiento tan importante como para producirles la muerte. Según les explicó López, para morir a causa de las picaduras de abeja melífera se necesitan más de quinientas picadas, y, aunque los anticuarios estuvieron cerca, no llegaron a esa cifra.

—De lo que también me alegro es de que trabajara solo —afirma el inspector jefe—. De esta forma, podemos estar seguros de que esto se ha acabado y los periodistas tendrán que ir a buscar carnaza a otra parte.

—Así es —replica Berta—. Aunque hubo momentos que pudimos pensar lo contrario, no hemos encontrado indicios sólidos de que Jon Goytisoló tuviera un cómplice. Trabajaba solo y siempre se aseguraba de que las cámaras a su alrededor no funcionaran, inhabilitándolas mediante un sistema móvil de inhibición. Tenía dinero y, por lo tanto, podía acceder a la tecnología necesaria para hacer eso y falsificar los vídeos que colgaba en internet.

—Sin embargo —dice Gonzalo frunciendo el ceño—, hay cosas que todavía no entiendo. ¿Por qué los acicalaba? ¿Por qué se puso en riesgo matándolos de una forma tan complicada? Le hubiera resultado más fácil pegarles un tiro.

—Los perfiladores creen que los acicalaba como a niños para que, mientras sufrían, se sintieran tan indefensos como los críos que murieron en el incendio —explica la inspectora—. Con respecto a usar animales para matarlos, opinan que era la forma que Jon encontró de hacerlos sufrir tanto como él creía que había sufrido Dani a causa del fuego.

Al final, piensa Berta, la parte inferior del iceberg era tan renegrida y putrefacta como los propios asesinatos.

—¿Perfiladores? —pregunta Gonzalo frunciendo el ceño.

—Ya ves —contesta Berta alzando los hombros—, las cosas cambian —añade sonriendo.

—¿Y ese otro hombre, Heiko Arizkun?

—Cuando analizamos el móvil de Jon Goytisoló, vimos que lo había llamado en dos ocasiones. En realidad, creemos que contactó con él con el propósito de confundirnos. Jon tenía previsto que su última víctima fuera la madre de Heiko, la presidenta de la Fundación Orkestra, a la que consideraba la principal culpable de la muerte de su hermano. Como Goytisoló conocía a Heiko, seguramente intuía que nos explicaría lo de las llamadas y que nosotros pensaríamos que había una conexión entre los asesinatos y la desaparición de Mikel Arizkun, y Jon esperaba que eso desviara la atención sobre él.

Algo que, al menos al principio, sucedió, piensa Berta.

—No obstante —continúa la inspectora—, es cierto que Goytisoló tenía algunos datos desconocidos sobre el hermano de Heiko que merece la pena que investiguemos —dice Berta, pensando en la Filósofa—. ¿Quién sabe? —pregunta la mujer en voz alta—, quizás resolvamos el caso de Mikel Arizkun Aguirre gracias a este.

—Está bien, pero, antes de que te vuelvas a liar, tengo que decirte algo —le dice Gonzalo poniéndose serio.

—¿De qué se trata?

—De la nueva unidad, la NUPCO.

—¿Qué pasa con eso?

—Los jefazos te han propuesto para que la dirijas.

—¿Yo? —le pregunta Berta sorprendida, señalándose con el dedo.

—Así es —le contesta Gonzalo—. Has hecho un trabajo excepcional atrapando a Hamlet y quieren que tú lleves la unidad. La verdad es que no se me ocurre nadie mejor para hacerlo. Además, podrás contar con tu propio equipo. Quien tú quieras.

—Ummm..., suena bien —dice Berta—. Pero no te contestaré hoy. Hoy tengo que arreglar un asunto que lleva demasiado tiempo pendiente —añade luego, tras lo que se da la vuelta y sale del despacho.

§§§

Desde que conoció a Heiko y vio lo que era capaz de hacer por su hermano, Berta ha estado pensando en intentar cambiar las cosas con Marcos. Sin embargo, el hecho de haber estado tan cerca de la muerte ha llevado a que por fin haya tomado la decisión. Como la última vez, se queda mirando al hombre desde el interior del coche. Sin embargo, hoy no está dispuesta a quedarse quieta.

Marcos camina acompañado por sus dos hijas, que hablan entre ellas con la mochila repleta de libros colgada a la espalda. Berta las observa orgullosa, en silencio. *Mis sobrinas*, se dice mientras abre la puerta del vehículo, decidida a intentar reconciliarse con su hermano.

Viernes, 5 de marzo
Heiko y Berta

Heiko está sentado, tomando un café largo de civeta en el sofá individual de la terraza de su habitación, situada en la planta superior de la casa unifamiliar de Comillas. Desde donde está se aprecia una vista espectacular del extenso arenal de más de quinientos metros acariciado por las olas. A Heiko le encanta la playa en invierno, especialmente por la noche. Es hermosa e imponente, a la par que silenciosa y tranquila; justo lo que necesita ahora.

Después de que Berta impidiera hace unos días que Jon matara a los Echanove, Heiko decidió venir a pasar un fin de semana a Comillas con su madre. El lugar le traía gratos recuerdos y era un sitio donde estaba seguro de que ambos podrían relajarse después de todo lo que había ocurrido. Incluso había convencido a la mujer para que diera descanso al ama de llaves y al resto de los empleados de la casa para que así pudieran estar ellos dos solos. Ella lo había aceptado y había propuesto que invitaran también a Berta a pasar el fin de semana en Comillas para poder agradecerle que se jugara la vida capturando al asesino que también pretendía matarla a ella.

Y así lo habían hecho, aunque la realidad es que él también necesita tiempo y un espacio para reflexionar. Y para conversar con Berta Sanders. Porque todavía no acaba de asimilar que Jon Goytisolo fuera Hamlet, el sádico asesino que los había mantenido en vilo durante varias semanas, el mismo con el que él cenaba asiduamente y que se refirió a Fermín Echevarría como «el empresario al que se han merendado unos cerdos». Heiko no puede entender cómo pudo hacerse amigo de alguien capaz de mostrar tal desprecio por la vida humana. Aunque sabía que Jon había perdido a su hermano, nunca supo cómo. Y, mucho menos, que el abogado quisiera vengarse de una forma tan cruel de los que consideraba culpables de esa terrible muerte.

Sin embargo, a pesar de que las pruebas en contra de Jon son contundentes, sigue habiendo cosas que no encajan. Porque, ¿cómo había conseguido este el número de teléfono seguro de Heiko? ¿Por qué tenía información sobre Mikel que ni siquiera conocía la policía? Según Berta, Jon solo conocía el nombre de Jamal, pero no sabía nada más sobre lo que le pudo suceder a Mikel. La inspectora cree que supo del traficante porque era un abogado rico y todos los abogados ricos tienen informantes mejores que los de la policía. Por lo tanto, la teoría de Berta es que el abogado jugó con Heiko porque quería confundir a los investigadores y que asociaran los crímenes con la desaparición de Mikel. No obstante, Heiko no está de acuerdo, y todas esas incógnitas martillean su cerebro desde que las balas de un policía terminaron con la vida de Jon Goytisolo.

De repente, suena el timbre. *Debe ser ella*, piensa Heiko, y se pone en pie.

—¡Cariño! ¿Puedes abrir, por favor? —le pide la madre, que no está acostumbrada a hacer lo que suele hacer el servicio.

—Voy —contesta Heiko sonriendo mientras se acerca hacia las escaleras.

Tarda un rato hasta llegar a la puerta de entrada. Una vez delante de ella, la abre y se encuentra con alguien a quien nunca habría esperado encontrarse.

Berta aparca el coche frente a la entrada del imponente caserón, una majestuosa casa unifamiliar con tejado a dos aguas y un extenso jardín formado por amplios arriates decorados con preciosas flores de colores. Después de casi tres horas conduciendo desde San Sebastián, no está dispuesta a esperar a que Heiko o uno de los empleados de la casa le abra la puerta del aparcamiento, como él le ha propuesto. Lo único que le apetece es tomar un té y acostarse, mañana ya tendrán tiempo de hablar.

Apaga el motor y se queda un rato mirando el coche con cristales tintados que se encuentra aparcado delante del suyo. *Qué extraño*, piensa cuando se da cuenta de que se trata de un Volkswagen ID.3.

§§§

—¡Celeste! ¡Que sorpresa! —exclama Heiko—. ¿Qué haces aquí?

La mujer baja la vista y le contesta en voz baja:

—He venido a hablar con usted. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, claro —contesta él, sorprendido por la actitud de ella—. Adelante, por favor.

Celeste entra en la casa todavía con la mirada baja. Parece triste. No lleva maquillaje y va vestida con un abrigo negro largo y una camisa del mismo color. La mujer camina unos pasos, se detiene, se da media vuelta y le pregunta:

—¿Y su madre? Está aquí con usted, ¿no?

—Sí —replica él—. ¿Cómo lo sabes?

El ama de llaves se quita despaciosamente el abrigo y lo cuelga con cuidado en un perchero anticuado que está a la izquierda del vestíbulo.

—Lo he supuesto —responde luego—. Hace demasiado tiempo que tengo que hablar con ella. ¿Puede llamarla, por favor?

Heiko se sorprende por la extraña respuesta del ama de llaves. Durante unos segundos, no sabe muy bien cómo actuar. De repente, Gaia cruza decidida el umbral de la puerta del vestíbulo y se muestra frente a ellos. La verdad es que, a pesar de la muerte reciente de su marido, presenta un aspecto impecable, vestida con un exquisito traje rosa saturado con un discreto escote en uve.

—Hola, querido —dice mirando a Heiko mientras muestra una amplia sonrisa—. No sabes las ganas que tengo de darle las gracias a la inspectora Sanders por capturar a ese hombre.

Heiko se da cuenta de que su madre se ha referido a Jon sin utilizar su nombre, como hacen los políticos con los compañeros a los que han acusado de corrupción. De repente, la madre parece darse percatarse de que no es Berta quien ha venido. Entonces se detiene y pregunta en tono serio:

—¿Qué demonios hace ella aquí?

El rostro de la mujer ha cambiado sustancialmente. La sonrisa ha desaparecido como por arte de magia y muestra una expresión de enfado mayúsculo. *Si no fuera porque la conozco*, piensa Heiko, *diría que está furiosa*.

—¿Ella? Es mi ama de llaves. ¿Os conocéis? —pregunta a sabiendas de que, hasta dónde él sabe, nunca se han visto.

—¿Tu ama de llaves? ¡Si esta mujer está loca! —grita la madre.

—¿De qué estás hablando? —inquire él.

—Ella fue la persona que nos quiso llevar a juicio después del desafortunado incendio en los campamentos de Astigarraga.

—¿Cómo? —pregunta Heiko, que no termina de creerse lo que está diciendo su madre.

—Sí, así es —le aclara Celeste—. Aunque, si llego a saber lo que supe más tarde por mi hijo, os habría acusado de otras cosas peores, no solo de negligencia.

—¿Tu hijo? ¿Cuál de ellos, el que murió en el incendio o el que murió hace unos días a manos de la policía? —le espeta Gaia, que se muestra insensible al posible dolor de la otra mujer.

Este se sorprende, no en vano nunca se habría imaginado que Celeste fuera la madre de Jon. ¿*Qué demonios está pasando aquí?*, piensa, incapaz de moverse del sitio.

—Me sorprende que te hayas acordado de mí pero no reconocieras a Jon todos estos años —le espeta el ama de llaves.

—Eso es porque las ratas sabéis esconderos como tales —replica la madre—. Aunque supongo que eso ahora ya no importa... —añade perfilando una inquietante sonrisa—. Tu hijo, al que te recuerdo que fuimos nosotros quienes le financiamos los estudios en Estados Unidos, no era más que un psicópata que pretendía vengarse por un incendio que provocó un borracho.

—¡Mientes, como siempre! —grita Celeste—. Le pagasteis los estudios porque queríais alejarlo de mí, porque queríais que no hablara. En cualquier caso, hoy estoy aquí para evitar que la muerte de Jon haya sido en vano.

De repente, a Heiko se le enciende una luz. Primero, Celeste convirtiéndose en su ama de llaves, y luego, recomendándole los servicios de Jon. ¿Lo han tenido controlado todo este tiempo? Al fin y al cabo, ella podría haberle pirateado el móvil aprovechando alguno de los momentos que estaba sola en casa. Además, Jon tenía dinero suficiente como para pagar a un tercero que les explicara cómo hacerlo y les proporcionara el *software* necesario.

—¡Vete de aquí! —grita su madre, completamente desquiciada—. ¡Heiko, llama a la policía! ¡Esta mujer está desquiciada! ¡Seguro que ayudó a su hijo a matar a todas esas personas!

—¿De qué tienes miedo, Gaia? —le pregunta Celeste, sin inmutarse por la acusación de la madre—, ¿de que cuente la verdad?

—¿Qué verdad? —le pregunta Gaia en tono amenazador, sin poder evitar que unas gotas de saliva escapen de sus labios.

—Que fuisteis los patronos y tú quienes provocasteis el incendio para matar a todos esos niños. Que fuisteis vosotros quienes fabricasteis luego las pruebas para inculpar a Pedro Linares, el mismo que fue incapaz de resistir vuestra presión y terminó suicidándose en la cárcel.

—¿Por qué se supone que ellos harían algo así? —pregunta Heiko, que no termina de comprender lo que está sucediendo.

—Para evitar que ninguno de esos críos pudiera hablar. Porque la mayoría morirían en el incendio, y los que no lo hicieran tendrían tanto miedo que ocultarían la verdad el resto de su vida. Excepto Jon, que cuando regresó de Estados Unidos me lo contó todo.

—¿El qué? ¿Qué te contó? —inquire Heiko expectante.

—Que cuando los niños de la Fundación Orkestra cumplían los diez años empezaban a abusar de ellos. Cuando había campamentos, por la noche, los llevaban a un sótano que estaba alejado de los dormitorios, un lugar siniestro y frío. Una vez allí, los desnudaban, los acicalaban y los violaban. Lo hacían a oscuras. Todos ellos, tan religiosos y tan rectos... Fermín Echevarría, Alicia Ortega, Artur y Aimara Echanove. Cuando oímos que los medios se escandalizaban porque Echevarría tenía como amante una joven estudiante universitaria, no supimos si llorar o

reír. ¡Si ese hombre era un cerdo pederasta! ¡¿Y ella?! —grita señalando a Gaia con el dedo—. ¡Ella era la que lo organizaba todo!

Los desnudaban y los acicalaban, piensa Heiko, que recuerda a las víctimas de Hamlet y nota cómo se le eriza el vello de la nuca.

—Mamá, dime que no es verdad —le pide luego a Gaia—. Necesito que me mires a los ojos y me digas que todo esto es mentira.

—Pues claro, hijo —afirma la madre con la mirada altiva—. ¿Cómo puedes pensar que es cierto?

—Hay algo más —anuncia Celeste.

Heiko enarca las cejas. Gaia aguanta la respiración mientras le echa una mirada furibunda al ama de llaves. Sin embargo, ella no se amilana y continúa diciendo:

—Ellos provocaron el incendio porque se habían dado cuenta de que no podían continuar abusando de los críos de la Fundación. La sociedad había cambiado y ya no había impunidad para los pederastas, aunque estos fueran ricos o pertenecieran a la Iglesia. Por esa razón, idearon un plan para minimizar el riesgo de que alguno de esos niños los delatara, y ciertamente lo lograron. Aunque tu madre cometió un error: el fin de semana del incendio pidió a tu hermano Mikel que no fuera a los campamentos. Seguramente, creía que su hijo nunca la delataría. Porque tu madre y sus amigos abusaron también de él desde que cumplió los diez años, algo que no hicieron con tu hermana y contigo porque eráis demasiado pequeños. Durante muchos años, Mikel se mantuvo en silencio, como Jon. Sin embargo, cuando ya era un adulto, llegó un día en que estaba tan descontrolado por el consumo de drogas que amenazó con contar todo. Y entonces lo mataron, pero esta vez no provocaron un incendio, sino que su propia madre lo asesinó y lo enterró aquí mismo, en el jardín de esta casa —añade Celeste señalando al exterior.

No puede ser, piensa Heiko, aunque una parte de su cerebro empieza a tener dudas: patronos que ocultan sus nombres detrás de sociedades *offshore* para evitar que nadie pueda vincularlos con la Fundación, y Mikel, estudiante aplicado de Filosofía, refiriéndose a aquel que sabe que quiere matarlo como «la Filósofa». O, lo que es lo mismo, la madre de todas las ciencias, su propia madre, en este caso. *Todo este tiempo ha estado delante de tus ojos*, se dice sintiendo cómo el peso de esa revelación le oprime el corazón.

—¿Y mi padre? ¿Sabía algo de todo esto? —inquire Heiko.

—Sí, aunque nunca participó en las violaciones —replica Celeste—. De hecho, se casó con ella a los pocos meses de conocerse porque las familias querían ocultar que Gaia había tenido un problema con un menor —añade luego.

Heiko recuerda que su madre le había explicado que los medios de la época habían especulado sobre la posibilidad de que ella se hubiera quedado embarazada y de que esa había sido la razón de que se hubieran casado tan pronto. Sin embargo, ella aseguraba que eso era mentira, que se había casado con su padre porque estaban enamorados y deseosos de vivir juntos.

—¿Sorprendido? —pregunta Celeste—. Tu padre sabía todo lo que sucedía en los campamentos de la Fundación. Y creo que, en el fondo, también intuía lo de tu hermano. Esa es la razón de que pasara página tan rápido, no le interesaba investigar lo sucedido. Sin embargo, esta vez no pudo hacer lo mismo. Me temo que saber que alguien estaba acorralando a tu madre le provocó el ataque cardíaco. Un hombre tan religioso como él no habría podido soportar que la gente supiera que se había casado con una asesina violadora de niños, a pesar de que no tuvo reparos en convivir con ella durante años.

—Heiko, no le hagas caso —se defiende Gaia—. Esta mujer es venenosa y miente. Siempre

ha sido una mentirosa.

—¿Quieres saber cómo sé lo de tu hermano, Heiko? —pregunta el ama de llaves, sin hacer caso de las palabras de la madre. Él se la queda mirando sin decir nada—. Porque yo también estoy en deuda con Atenea —sentencia.

Las palabras de Celeste se clavan como un doloroso puñal en el corazón de Heiko, que aprieta los dientes con fuerza. *Era ella, piensa, ella fue la mujer que le pidió a Atenea encontrar a Mikel.*

—¿Por qué? —pregunta a continuación—. ¿Por qué me disteis las pistas sobre el paradero de mi hermano?

—Teóricamente, era un plan sencillo —explica Celeste—. Nosotros debíamos vengarnos de los patronos. Sin embargo, teníamos reservado algo especial para tu madre. Queríamos ayudarte para que averiguaras por ti mismo lo que le sucedió a Mikel. Si eras capaz de encontrar a los hijos de todas esas familias ricas, seguro que podrías seguir las pistas que nosotros te íbamos a dar. Así te darías cuenta de quién era realmente ella —afirma señalándola con el dedo— y podrías decidir el castigo que se merecía. Aunque, si te digo la verdad, nunca habríamos esperado que fueras a pedir ayuda a la policía después de lo poco que hicieron por encontrar a Mikel. Si no llega a ser por esa estúpida inspectora, las cosas habrían salido como nosotros esperábamos.

Heiko siente que el corazón está a punto de estallarle. Una serie de pensamientos tan negros como el alquitrán caliente se abren paso en el interior de su cabeza, pensamientos que le dicen que todo lo que cuenta Celeste es cierto, que primero fue Jamal y luego Bombón, y que, cuando estaban perdidos buscando a la Filósofa, se produjo la llamada de Jon para hablarle de Atenea, para ayudarlo a conocer la verdad.

—En cualquier caso —continúa Celeste—, sabíamos que, después de tantos años buscando a tu hermano, actuarías en consecuencia cuando supieras lo que había hecho Gaia. Y, si tú no hacías lo correcto, lo habríamos hecho nosotros —sentencia finalmente.

—¡Cállate, zorra! —grita de repente Gaia, y se abalanza sobre el ama de llaves cayendo las dos al suelo.

Entonces, Gaia se coloca encima de Celeste, agarra la cabeza del ama de llaves y la golpea con fuerza contra las baldosas de mármol. Lo hace una y otra vez, sin parar. Heiko trata de sujetarla, pero le resulta imposible. La mujer ha perdido completamente el juicio y parece que tiene una fuerza sobrehumana.

—¡Mamá! —grita Heiko—. ¡Detente!

Sin embargo, Gaia hace caso omiso de las palabras de su hijo. Sigue golpeando la cabeza de Celeste a pesar de que esta ya ha perdido el conocimiento. Y sigue haciéndolo cuando un charco de sangre moja completamente el suelo y el ama de llaves ha dejado de respirar.

Al cabo de unos segundos, Gaia se queda quieta, con la mirada perdida observando el cadáver de Celeste. Luego se pone en pie, se frota las manos manchadas de sangre contra el vestido rosa y dice:

—Heiko, ayúdame a limpiar todo esto, por favor. A tu padre no le va a gustar ver el vestíbulo tan sucio cuando llegue a casa.

No obstante, este no la escucha. No puede dejar de pensar en todos los años que ha estado buscando a su hermano Mikel, pensando que estaba vivo. Nunca se habría imaginado que su propia madre le podría haber hecho eso a uno de sus hijos. Tanto tiempo pensando que su padre había traicionado a Mikel cuando, en realidad, se había traicionado a sí mismo por carecer del

valor de enfrentarse a su esposa. *Maldito seas, papá. Maldito seas por haber mirado hacia otro lado*, piensa Heiko.

—¿Es que no me oyes? —insiste la madre—. ¡Ayúdame a limpiar todo este desaguisado!

Heiko mira a Celeste, que descansa muerta sobre el suelo. Tiene la parte posterior de la cabeza completamente destrozada. Él oye una voz en el interior de su cabeza, como si el ama de llaves le estuviera hablando: «Sabíamos que, después de tantos años buscando desesperadamente a tu hermano, actuarías en consecuencia cuando supieras lo que había hecho Gaia». Por extraño que parezca, Heiko cree que la afirmación de la mujer tiene ahora todo el sentido del mundo.

§§§

Berta escucha los gritos en el interior de la casa. Llama varias veces al timbre, pero nadie contesta. Finalmente, da una patada desesperada a la puerta, que se abre violentamente. Lo que ve la deja sin respiración: Heiko está estrangulando con sus propias manos a su madre, que parece a punto de desmayarse. Mientras, una mujer se encuentra tirada sobre el suelo con la parte posterior de la cabeza bañada en sangre. La inspectora se da cuenta enseguida de que se trata del ama de llaves de Heiko.

—¿Qué estás haciendo?! —grita Berta—. ¡Detente o la matarás!

Sin embargo, él no parece oírla, porque continúa asfixiando a la mujer.

—¡Detente! —repite la inspectora.

De repente, Heiko parece escucharla, porque susurra lo siguiente sin dejar de apretar:

—No fue «un designio del Señor», como dijo todos esos años. Ella lo mató, Berta; y a todos esos críos.

—¿De qué estás hablando? —inquire la inspectora.

—Fue ella quien mató a Mikel —afirma Heiko, que se mantiene de espaldas a Berta.

La inspectora no es capaz de procesar esas palabras tan trágicas. Para ella, el asesino era Jon Goytisolo, está muerto y ya no debería morir nadie más. Sin embargo, el cuerpo ensangrentado del ama de llaves en el suelo y la visión de Heiko tratando de matar a su madre contradicen sus pensamientos.

—Está bien —dice—, pero, aunque eso pueda ser cierto, déjame detenerla. No tienes por qué matarla —añade luego.

—No tengo otra opción —responde él.

Sí la tienes. Siempre hay otra opción, como la hubo con mi padre, piensa ella.

—Heiko, detente, por favor. Esto no va a servir de nada.

—No tienes ni idea, Berta —replica él.

—¡Te equivocas! —grita ella, sobrepasada por lo que está sucediendo y por los recuerdos del pasado—. Tengo toda la jodida idea del mundo.

Las palabras de Berta tienen un efecto sobre Heiko, porque este parece aflojar la presión que ejerce sobre el cuello de la madre.

—Mi padre tampoco era ningún santo —se sincera la inspectora—. Nos maltrataba a mi madre y a mí. Nos insultaba y nos pegaba cada puto día cuando llegaba a casa borracho. De hecho, el año que ingresé en el cuerpo de policía le dio tal paliza a mi madre que la mandó al hospital. Cuando me enteré, se lo expliqué a Gonzalo, el que todavía hoy es mi jefe. Apenas

podía controlarme, solo podía pensar en vengarme. Al llegar la noche, fui a casa de mis padres dispuesta a matarlo a él. Sin embargo, cuando le estaba apuntando con la pistola, apareció Gonzalo y me convenció para que no lo hiciera. Me había seguido durante todo el día porque, después de hablar conmigo, sabía que podía hacer alguna locura.

El hecho de haberse reconciliado con su hermano hace que Berta pueda hablar en voz alta sobre todo aquello que la ha estado atormentando desde que se enfrentó a su violento padre. Le permite vencer al dolor que durante tanto tiempo le ha impedido ser feliz.

Pese a que Heiko parece escucharla y que ha dejado de apretar, todavía mantiene las manos rodeando el cuello de su madre. Ella tiene la cara completamente colorada y mira a Berta con ojos llorosos y suplicantes, como si fuera plenamente consciente de que su vida depende de ella.

—Mi madre murió unos días más tarde a causa de la brutal paliza que le dio mi padre —continúa la inspectora—. Él fue juzgado y encerrado en prisión, donde también murió al cabo de unos años. A pesar de todo, y de que mi hermano nunca me perdonó porque creía que no debería haber denunciado a mi propio padre, creo que hice lo correcto. ¡Así que no me vuelvas a decir que no tengo ni idea! ¡Porque sí la tengo, maldita sea! Y ahora, suéltala. Si es culpable, deja que yo me encargue de ella.

Cuando Berta termina de hablar, Heiko todavía parece dudar unos segundos hasta que finalmente separa las manos del cuello de su madre.

Jueves, 11 de marzo
Heiko

se encuentra frente al mausoleo del cementerio de Polloe, donde ahora descansan su padre y su hermano. Mira a su alrededor para asegurarse de que no hay ningún periodista entrometido tratando de captar una exclusiva. Desafortunadamente, estos últimos días su familia ha ocupado las portadas de demasiados periódicos y ha abierto demasiados telediarios. Mentiras, asesinatos, pederastia, venganza... La fundación que dirigía su madre se ha convertido en el centro de un tenebroso tornado de maldad y depravación cuyo centro, por fin, parece haber dejado de girar.

Lee atentamente los apellidos escritos sobre el mármol que cubre el distinguido nicho de su padre: «Arizkun Barrenengoa». Tanto tiempo creyendo que el culpable de todo era él cuando, en realidad, era su esposa. *Mi madre*, piensa Heiko, al que todavía le cuesta asimilar todo lo sucedido en Comillas. Allí, en la casa donde fue tan feliz de pequeño, él conoció la verdad y perdió la cabeza. Sin embargo, la providencial intervención de la inspectora evitó que matara a su propia madre, como pretendían Celeste y Jon. *Siempre estaré en deuda con Berta*, se dice Heiko.

Gaia fue detenida, y, con inusual diligencia, el juez la acusó de varios crímenes y ordenó su ingreso en prisión sin fianza. Algunos de los niños que habían sobrevivido al incendio como Jon, ya convertidos en adultos, decidieron confirmar las acusaciones del ama de llaves. Heiko todavía se pregunta por qué callaron durante todos estos años, aunque los expertos se han hartado de repetir en televisión que eso es algo que siempre sucede, que el silencio suele ser el mejor aliado de las víctimas de pederastia. *Quizás es cierto*, piensa Heiko, *aunque el miedo a que te maten también es una buena razón para estar callado*.

Por otro lado, un equipo de la policía encontró el cadáver de Mikel enterrado en el jardín de la parte posterior de la casa de Comillas, tal y como había dicho la malograda Celeste. Tanto tiempo buscándolo infructuosamente, y estaba en su propia casa. Ese descubrimiento permitió responder todas las preguntas que todavía quedaban pendientes en relación con Hamlet y Mikel. Aun así, todavía había una cuestión que no dejaba dormir a Heiko: ¿por qué Mikel no había compartido con sus hermanos que estaban abusando de él? Después de darle muchas vueltas, ha llegado a una conclusión que hace que todo lo que ha sucedido le duela todavía más: Mikel prefirió compartirlo con las drogas.

Cuando se dispone a dar la vuelta y regresar a casa, oye el ruido del Rockphone que le indica que alguien le ha hecho un ingreso en el monedero secreto. *Qué demonios*, se dice, agarra el teléfono y mira la pantalla. Un intenso escalofrío recorre su cuerpo cuando lee el extraño concepto asociado esta vez a los veintiocho bitcoins: «Cumpliré mi venganza». Sin embargo, al cabo de unos segundos, lo entiende, entiende quién le ha pagado ese dinero y lo que pretende decirle con esa expresión.

En esta vida o en la otra, cumpliré mi venganza, piensa Heiko, completando la frase que formaba el tatuaje de Jon.

—En esta vida estuviste a punto de conseguirlo —dice en voz alta.

Luego se da la vuelta y se aleja del mausoleo mientras reflexiona sobre a quién va a donar el dinero que ha recibido del abogado por encontrar finalmente a Mikel.

Mientras sube las distinguidas escaleras que llevan a la puerta de su casa de Aiete, Heiko piensa que, después de todo lo que ha sucedido, deberá hacer un esfuerzo enorme para seguir adelante. La muerte de su padre, el descubrimiento del cuerpo sin vida de Mikel, el ingreso en la cárcel de su madre... Es como si un violento tsunami hubiera barrido lo que hasta ese momento había sido su ya de por sí complicada vida. Además, están Atenea y la supuesta deuda que, en cualquier momento, él deberá saldar con esa extraña mujer.

Se acerca caminando abrumado hasta la puerta de entrada, pero, cuando se dispone a abrirla, se da cuenta de que ya está abierta. *Qué raro*, piensa. Entonces ve que hay una pequeña nota de papel que descansa sobre el suelo de la entrada. Se agacha, la coge y la lee en voz alta:

—Me he ido unos días. Después de todo lo que ha pasado, necesito estar sola y reflexionar.

La nota está escrita con la letra de Idoia y parece llevar incluso su firma. Sin embargo, Heiko la relee extrañado varias veces. Su corazón palpita a toda velocidad porque sabe que es muy difícil que su hermana se haya acercado hasta la casa para dejarle un mensaje. Siete gatos se lo impiden.

La parte en la que necesito tu ayuda

¡Muchas gracias por descargar o comprar mi libro!

Si te ha gustado, me gustaría conocer tu opinión. Para ello, puedes escribir una reseña en Amazon (por favor, te ruego que seas amable).

La realidad es que las reseñas ayudan a otras personas a encontrar mis libros y a poder llegar a más gente.

Por otro lado, si quieres saber algo más sobre mí o mis novelas, puedes probar a enviarme un correo electrónico: peterlanga1968@gmail.com

¡Muchas gracias por todo!

Peter

Otros libros de Peter

El turco que jugaba al ajedrez

En un futuro cercano, la todopoderosa corporación tecnológica Deus Ex Machina (DEM) pretende poner en marcha el Programa Decimotercero, que inundará las calles de Estados Unidos de robots de aspecto humano. Para ello, solo le resta conseguir el apoyo de los gobernantes de Georgia, el único estado que se niega a poner en marcha dicho programa.

Roy es un ingeniero superdotado y librepensador que trabaja en una ONG. En el pasado, tuvo problemas con la justicia por utilizar sus altas capacidades para ayudar a los demás. Ahora, una crisis interminable pone en riesgo la financiación que necesita para ejecutar un proyecto que permitirá salvar la vida de miles de niños.

La única opción de Roy: exponerse nuevamente y convertirse en miembro de la adorable clase política del estado de Georgia. Sin embargo, lo que empieza siendo una forma de salvar a la ONG terminará convirtiéndose en una trepidante aventura del ingeniero para evitar que la peligrosa DEM domine el mundo.

Acompañado por su perro robot Escualo, un fiero *bulldog* que tiene miedo de las moscas, su madre adoptiva, una ejecutiva ultraconservadora que cocina albóndigas como nadie, y unos asesores que se expresan con letras de míticas canciones punk de los ochenta, Roy se enfrentará al sistema para defender aquello en lo que cree. Lo que no sabe el ingeniero es que ese aventurado enfrentamiento lo llevará a descubrir algo para lo que no estaba preparado, algo que cambiará su vida para siempre.

Al más puro estilo del gran Kurt Vonnegut, la ópera prima de Peter Langa es un *thriller* distópico con grandes dosis de humor que ironiza sobre la clase política actual y reflexiona sobre la importancia de ser auténtico para poder cambiar las cosas.

Soldados de Hades

Aarón va a abandonar el ejército de Herodes. No quiere seguir asesinando inocentes por orden del rey.

El dios del inframundo, Hades, quiere someter a la humanidad. Para ello, debe matar al hijo del dios de dioses, del que solo sabe que ha nacido en Belén.

La orden: matar a todos los niños de Belén. Si la cumple, Aarón se convertirá en un poderoso soldado de Hades. Si no lo hace, será encerrado en una jaula del inframundo por toda la eternidad.

Mentiras, venganza, amistad, amor y redención. Un alucinante viaje a través del tiempo, una batalla de dimensiones épicas donde el bien y el mal no siempre podrán diferenciarse.

Lo que dice la crítica:

«Contiene uno de los ingredientes que más me hacen disfrutar como lector: el de la ficción que se entrelaza con lo conocido o, al menos, aceptado como posible de nuestro pasado.... La lectura de *Soldados de Hades: Redención* recuerda el aroma de los relatos épicos que cobran vida en las sagas de una estirpe atemporal. Disfrútenla» (*elibrodurmiente.org*).

«Una historia muy original que te mantendrá enganchado y que te llevará desde el inframundo al Upper East Side a través de unos personajes exquisitamente elaborados con los que es fácil conectar. Muy recomendable *Soldados de Hades: Redención* para lectores sin miedo a nada, dispuestos a pasar un buen rato disfrutando de la imaginación de Peter Langa» (*librosyliteratura.es*).

«La verdad es que hacía mucho tiempo que no leía una novela así, diferente, que combina de forma excepcional varios géneros. Una obra que permite al lector sentir la excitación que producen las aventuras bien narradas, la fascinación que se esconde tras nuevos mundos de fantasía y la felicidad derivada de una bonita historia de amor» (*recomendamoslibros.com*).